

PRINCIPIOS ELEMENTALES DE FILOSOFÍA

Georges Politzer

Prefacio

El manual elemental de filosofía que publicamos aquí, reproduce las notas tomadas por uno de sus alumnos en los cursos dictados por Georges Politzer en la Universidad Obrera durante el año escolar 1935-1936. Para que se comprenda su carácter y alcances es necesario precisar en primer término el objetivo y el método de nuestro camarada.

La Universidad Obrera había sido fundada en 1932 por un pequeño grupo de profesores para enseñar la ciencia marxista a los trabajadores manuales y darles un método de razonamiento que les permitiera comprender nuestra época y orientar su acción, tanto en su técnica como en el terreno político y social.

Desde el comienzo, Georges Politzer se encargó de enseñar en la Universidad Obrera la filosofía marxista, el materialismo dialéctico, tarea tanto más necesaria por cuanto la enseñanza oficial continúa ignorando o desnaturalizando esta filosofía.

Ninguno de aquéllos que tuvieron el privilegio de asistir a esos cursos -año tras año él hablaba a un numeroso auditorio en el que se mezclaban todas las edades y profesiones, pero donde predominaban los jóvenes obreros-podrá olvidar la profunda impresión que sentían ante ese muchachón pelirrojo, tan entusiasta y tan sabio, tan concienzudo y tan fraternal, tan interesado en poner al alcance de un público inexperto una materia árida e ingrata.

Su autoridad imponía a su curso una disciplina agradable, que sabía ser severa pero manteniéndose siempre justa, y de su persona se desprendía una tal potencia vital, una tal irradiación, que era admirado y amado por todos sus alumnos.

Para hacerse comprender bien, Politzer comenzaba por suprimir de su vocabulario toda jerga filosófica, todos los términos técnicos que sólo pueden entender los iniciados. Únicamente quería emplear palabras sencillas y conocidas por todos. Cuando se veía obligado a servirse de un término raro, no dejaba de explicarlo ampliamente mediante ejemplos familiares. Si durante las discusiones alguno de sus alumnos empleaba palabras sabias, lo reprendía y se burlaba de él con esa ironía mordaz que le conocían bien todos los que se le han acercado.

Quería ser sencillo y claro y siempre apelaba al sentido común, sin sacrificar nunca, sin embargo, ni un ápice de la exactitud y de la verdad de las ideas y teorías que exponía. Sabía dar a sus cursos un carácter extremadamente vivaz haciendo participar al auditorio en las discusiones antes y después de la lección. Procedía así: al final de cada lección, daba lo que él denominaba una

o dos preguntas de control; tenían por objeto resumir la lección o aplicar su contenido a algún tema particular. Los alumnos no estaban obligados a tratar el tema, pero eran numerosos los que se dedicaban a ello y aportaban un deber escrito al comienzo del curso siguiente. Él preguntaba entonces quién había hecho el deber; se levantaba la mano y él escogía a algunos de nosotros para leer nuestro texto y completarlo si era necesario con explicaciones orales. Politzer criticaba o felicitaba y provocaba entre los alumnos una breve discusión; después concluía extrayendo las enseñanzas de la discusión. Esto duraba alrededor de media hora y permitía a los que habían faltado al curso precedente colmar la laguna y establecer la vinculación con lo que habían aprendido antes; también permitía al profesor comprobar

en qué medida había sido comprendido. Cuando hacía faltar insistía sobre los puntos delicados u oscuros.

Comenzaba entonces la lección del día, que duraba alrededor de una hora; después los alumnos planteaban preguntas sobre lo que acababa de ser dicho. Estas preguntas eran generalmente interesantes y juiciosas. Politzer las aprovechaba para aportar precisiones y retomar lo esencial del curso bajo un ángulo diferente.

Georges Politzer, que tenía un profundo conocimiento de su tema y una inteligencia de admirable flexibilidad, se preocupaba ante todo de las reacciones de su auditorio: en cada ocasión tomaba la “temperatura” general y verificaba constantemente el grado de asimilación de sus alumnos. Por consiguiente, era seguido por ellos con apasionado interés. Él contribuyó a formar millares de militantes y de ellos son numerosos los que hoy ocupan puestos “responsables”.

Nosotros, que comprendíamos el valor de esta enseñanza y que pensábamos en los que no podían escucharla, y particularmente en nuestros camaradas de las provincias, anhelábamos la publicación de sus cursos. Él prometía pensar en ello, pero, en medio de su inmenso trabajo, nunca encontraba tiempo para realizar este proyecto.

Fue entonces que durante mi segundo año de filosofía en la Universidad Obrera, donde se había creado un curso superior, tuve ocasión, de pedir a Politzer que me corrigiera algunos deberes, y le entregué a pedido suyo mis cuadernos del curso. Los encontró bien hechos y yo le propuse redactar, de acuerdo a mis notas, las lecciones del curso elemental. Me alentó a hacerlo, prometiéndome revisadas y corregirlas. Desgraciadamente no encontró tiempo para ello. Sus ocupaciones eran cada vez más pesadas y dejó el curso superior de filosofía a nuestro amigo René Maublanc. Yo puse a éste al corriente de nuestros proyectos y le pedí que revisara las primeras lecciones que yo había redactado. Él aceptó diligentemente y me alentó a terminar ese trabajo que luego debíamos presentar a Georges Politzer. Pero llegó la guerra; Politzer debía encontrar una muerte heroica en la lucha contra el ocupante hitleriano.

Aunque ya no contemos con nuestro camarada para completar un trabajo que él había aprobado y alentado, hemos creído útil publicarlo. Nuestro amigo Jean Kanapa, profesor de filosofía, ha tenido la bondad de leerlo y corregir en sus detalles el texto que yo había redactado antes de 1939 de acuerdo a mis notas del curso.

Georges Politzer, que todos los años comenzaba su curso de filosofía en la Universidad Obrera fijando el verdadero sentido de la palabra materialismo y protestando contra las deformaciones calumniosas a que algunos la someten, recordaba enérgicamente que el filósofo materialista tiene ideales y para hacerlos triunfar está dispuesto a la lucha. Después, él supo probarlo con su sacrificio, y su muerte heroica ilustra ese curso inicial en el que afirmaba la unión de la teoría y de la práctica en el marxismo. No es inútil insistir sobre esa devoción a un ideal, esa abnegación y ese alto valor moral, en una época en que nuevamente se osa presentar al marxismo como “una doctrina que transforma al hombre en una máquina o en un animal apenas superior al gorila o al chimpancé”. (Sermón de Cuaresma en Nôtre-Dame de París, pronunciado el 18 de febrero de 1945, por el Rev. P. Panici.)

Nunca protestamos suficientemente contra tales ultrajes a la memoria de nuestros camaradas. Limitámonos a recordar a aquellos que tienen la audacia de proferirlos, el ejemplo de Georges Politzer, de Gabriel Peri, de Jacques Solomon, de Jacques Decour,¹ que eran marxistas y profesores de la Universidad Obrera de París: todos buenos camaradas, sencillos, generosos, fraternales, que no hesitaban en consagrar una buena parte de su tiempo para ir a un barrio perdido a enseñar a los obreros la filosofía, la economía política, la historia y las ciencias.

La Universidad Obrera fue disuelta en 1939. Reapareció poco después de la Liberación con el nombre de Universidad Nueva. Un nuevo equipo de abnegados profesores que reemplazaba a los fusilados fue a reiniciar la obra interrumpida.

Nada puede alentarnos más en esta tarea esencial, que rendir homenaje a uno de los fundadores y animadores de la Universidad Obrera, y ningún homenaje nos parece más justo y más útil que publicar ahora los Principios Elementales de Filosofía de Georges Politzer.

MAURICE LE GOAS

Todos ellos muertos por los ocupantes nazis a causa de su valerosa actuación en la Resistencia. (N. del T.)

Advertencia de los editores franceses

Esta nueva edición de los Principios Elementales de Filosofía de Georges Politzer ha sido completamente revisada, aumentada en ciertos pasajes y cuidadosamente corregida. En momentos en que la lucha ideológica, traducción y expresión de la lucha política, se vuelve cada vez más aguda, en momentos en que es preciso que todo espíritu honesto se halle intelectualmente armado para hacer frente a las tentativas de mistificación, nos ha parecido efectivamente indispensable presentar al lector un instrumento de trabajo aún más perfecto que el que le habíamos, presentado anteriormente. En honor a la verdad, debemos decir que nuestra primera edición contenía ciertos defectos de presentación, debidos además a nuestra prisa por publicar lo más rápidamente posible esta preciosa herramienta intelectual. Por lo tanto hemos corregido línea por línea la presentación de las exposiciones de Politzer, mejorándola cada vez que resultó necesario. Queda entendido que no hemos aportado ninguna modificación a lo que, se llama “el fondo”; las únicas correcciones se refieren a la forma. Pensamos que de este modo hemos vuelto más claros ciertos parágrafos, otros más actuales y otros, finalmente, “mejor escritos”.

Hemos agregado también cierto número de Deberes Escritos y de Lecturas (encontrados en las notas de nuestro amigo Le Goas e indicados por Politzer), y revisamos completamente el índice de tal modo que ahora constituye un rápido diccionario de historia de la filosofía.

Nuestro gran camarada Paul Langevin había corregido con su propia mano y en el ejemplar de Principios que poseía, dos errores de detalle sobre una cuestión científica que conocía muy bien. Langevin deseaba que esas correcciones fueran efectuadas cuando se hiciera una reedición. Es lo que se ha cumplido ahora.

Tal como ahora se presenta, la obra de Politzer constituye, y en mayor medida que antes, una introducción indispensable para el conocimiento del materialismo dialéctico, fundamento del marxismo. Servirá útilmente tanto al militante obrero como al estudiante, al espíritu curioso como al intelectual ya especializado.

Poltzer sabía mejor que nadie que la obra contiene lagunas, que ciertos desarrollos requerirían precisiones, que ciertas afirmaciones necesitan ser profundizadas con explicaciones complementarias. Pero sabía también que en la filosofía como en cualquier otra cosa, hay que comenzar por el comienzo. Por lo tanto, hay que considerar la enseñanza que dispensan estos Principios como una enseñanza elemental.

Nos hemos preocupado de colocar a continuación de cada curso la lista de lecturas recomendadas por Politzer, así como las preguntas de control que él proponía al final de cada lección.

Pensamos que estas preguntas presentan el mayor interés para dos categorías de lectores:

Para los alumnos, es decir, para aquellos que no quieren contentarse con leer el libro, sino que quieren estudiarlo. A éstos les aconsejamos que cuando hayan completado cada lección con las lecturas recomendadas, cierren el libro y reflexionen sobre la o las preguntas planteadas, contestándolas mentalmente o, mejor aún, por escrito. El alumno controlará luego por sí mismo, basándose en el libro, lo que ha retenido de la lección.

Para los maestros, es decir, para aquellos que querrán servirse de este libro como base de enseñanza en un círculo de estudios marxistas. A éstos, las preguntas les permitirán animar la enseñanza y suscitar discusiones fecundas.

A todos, finalmente, este libro proporcionará así, con las indicaciones de su prefacio y con sus preguntas de control, un método pedagógico que ha demostrado ser excelente.

PRIMERA PARTE

LOS PROBLEMAS FILOSÓFICOS. INTRODUCCIÓN

I. ¿POR QUÉ DEBEMOS ESTUDIAR LA FILOSOFÍA?

En el curso de esta obra, nos proponemos presentar y explicar los principios elementales de la filosofía materialista.

¿Por qué? Porque el marxismo está íntimamente unido a una filosofía y a un método: los del materialismo dialéctico. Por lo tanto, es indispensable estudiar esta filosofía y este método para comprender bien el marxismo y para refutar los argumentos de las teorías burguesas, tanto como para emprender una lucha política eficaz.

En efecto, Lenin ha dicho: “Sin teoría revolucionaria, no hay movimiento revolucionario”². Ante todo, esto quiere decir: hay que unir la teoría con la práctica.

¿Qué es la práctica? Es el hecho de realizar. Por ejemplo, la industria, la agricultura, realizan (es decir, convierten en realidad) ciertas teorías (teorías químicas, físicas, o biológicas).

¿Qué es la teoría? Es el conocimiento de las cosas que queremos realizar.

Se puede ser únicamente práctico -pero entonces se realiza por rutina. Se puede ser únicamente teórico -pero entonces lo que se concibe es a menudo irrealizable. Por consiguiente, es preciso que haya conexión entre la teoría y la práctica. Toda la cuestión consiste en saber cuál debe ser esta teoría y cuál debe ser su conexión con la práctica.

Pensamos que el militante obrero necesita un método de análisis y de razonamiento correcto para poder realizar una acción revolucionaria correcta. Necesita un método que no sea un dogma que le proporcione soluciones ya confeccionadas, sino un método que tenga en cuenta hechos y circunstancias que nunca son los mismos, un método que no separe jamás la teoría de la práctica, el razonamiento de la vida. Y bien: este método está contenido en la filosofía del materialismo dialéctico, base del marxismo, que nos proponemos explicar.

II. ¿ES DIFÍCIL EL ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA?

Generalmente se piensa que el estudio de la filosofía es para los obreros una cosa llena de dificultades, que exige conocimientos especiales. Hay que confesar que la manera en que son redactados los manuales burgueses sirve precisamente para confirmarlos en esas ideas y tiene que desanimarlos.

No tenemos la intención de negar las dificultades que implica el estudio en general y el de la filosofía en particular; pero esas dificultades son perfectamente superables y provienen, sobre todo, del hecho de que se trata de cosas nuevas para muchos de nuestros lectores.

Por otra parte, desde el principio, al explicar las cosas con precisión, vamos a pedirles que revisen ciertas definiciones de palabras que son falseadas en el lenguaje corriente.

III. ¿QUÉ ES LA FILOSOFÍA?

Vulgarmente, se entiende por filósofo: o bien aquel que vive en las nubes o bien el que toma las cosas por el lado bueno, que “no se hace mala sangre”. Y bien: muy al contrario, el filósofo es aquel que quiere aportar a ciertas preguntas respuestas precisas, y, si se considera que la filosofía quiere dar una explicación de los problemas del universo (¿de dónde viene el mundo?, ¿adónde vamos?, etc.), se vé en consecuencia, que el filósofo se ocupa de muchas cosas y, a la inversa de lo que se dice, “se preocupa mucho”.

Diremos, por consiguiente, para definir la filosofía, que quiere explicar el universo, la naturaleza, que es el estudio de los problemas generales. Los problemas menos generales, son estudiados por las ciencias. Por lo tanto, la filosofía es una prolongación de las ciencias, en el sentido de que se apoya en las ciencias y depende de ellas.

Agreguemos de inmediato que la filosofía marxista aporta un método para resolver todos los problemas y que este método deriva de lo que se llama: el materialismo.

IV. ¿QUE ES LA FILOSOFIA MATERIALISTA?

También aquí existe una confusión que debemos denunciar inmediatamente; vulgarmente, se entiende por materialista aquél que no piensa más que en gozar de los placeres materiales. Jugando con la palabra materialismo -que contiene la palabra materia-se ha llegado así a darle un sentido completamente falso.

Estudiando el materialismo -en el sentido científico de la palabra- vamos a devolverle su verdadera significación, dado que ser materialista no impide, como vamos a verlo, tener un ideal y ser capaz de combatir para hacerlo triunfar.

Hemos dicho que la filosofía quiere dar una explicación de los problemas más generales del mundo. Pero en el transcurso de la historia de la humanidad, esta explicación no ha sido siempre la misma.

Los primeros hombres trataron de explicar la naturaleza, el mundo, pero no lo consiguieron. En efecto, lo que permite explicar el mundo y los fenómenos que nos rodean, son las ciencias; pero los descubrimientos que han permitido a las ciencias progresar son muy recientes.

La ignorancia de los primeros hombres era, pues, un obstáculo para sus investigaciones. Es por eso que en el curso de la Historia, a causa de esta ignorancia, vemos surgir las religiones, que también quieren explicar el mundo, pero a través de fuerzas sobrenaturales. Esta es una explicación anticientífica. Pero como poco a poco, en el transcurso de los siglos, la ciencia va desarrollándose, los hombres van a intentar explicar el mundo por los hechos materiales a partir de experiencias científicas, y de ahí, de esta voluntad de explicar las cosas mediante las ciencias, nace la filosofía materialista.

En las páginas siguientes, vamos a estudiar qué es el materialismo, pero desde ya debemos retener que el materialismo no es sino la explicación científica del universo.

Estudiando la historia de la filosofía materialista, veremos qué áspera y difícil ha sido la lucha contra la ignorancia. Hay que destacar, por otra parte, que en nuestros días esta lucha no ha terminado aún, puesto que el materialismo y la ignorancia continúan subsistiendo juntos, codo con codo.

Marx y Engels han intervenido en plena entraña de esta lucha. Comprendiendo la importancia de los grandes descubrimientos del siglo XIX, permitieron a la filosofía materialista hacer enormes progresos en la explicación científica del universo. Así nació el materialismo dialéctico. Además, fueron los

primeros en comprender que las leyes que rigen al mundo permiten también explicar la marcha de las sociedades; de ese modo formularon la célebre teoría del materialismo histórico.

Nos proponemos estudiar en esta obra el materialismo en primer lugar, luego el materialismo dialéctico y finalmente el materialismo histórico. Pero ante todo, queremos establecer las relaciones entre el materialismo y el marxismo.

V. ¿CUÁLES SON LAS RELACIONES ENTRE EL MATERIALISMO Y EL MARXISMO?

Podemos resumirlas de la siguiente manera:

1. La filosofía del materialismo constituye la base del marxismo.

Esta filosofía materialista que quiere aportar una explicación científica a los problemas del mundo, progresa, en el curso de la Historia, al mismo tiempo que las ciencias. En consecuencia, el marxismo ha surgido de las ciencias, se apoya en ellas y evoluciona con ellas.

Antes de Marx y Engels hubo en varias ocasiones y bajo formas diferentes, filósofos materialistas. Pero en el siglo XIX, cuando las ciencias dieron un gran paso adelante, Marx y Engels renovaron ese materialismo antiguo partiendo de las ciencias modernas y nos dieron el materialismo moderno, que se llama materialismo dialéctico, y que constituye la base del marxismo.

Por estas breves explicaciones vemos que la filosofía del materialismo, contrariamente a lo que suele decirse, tiene una historia. Esta historia está íntimamente vinculada a la historia de las ciencias. El marxismo basado en el materialismo no ha salido de la cabeza de un solo hombre. Es la culminación, la continuación del materialismo antiguo, que ya había avanzado mucho con Diderot. El marxismo es el florecimiento del materialismo desarrollado por los enciclopedistas del siglo XVIII, enriquecido por los grandes descubrimientos del siglo XIX. El marxismo es una teoría viva, y para mostrar de inmediato de qué modo encara los problemas, vamos a tomar un ejemplo que todo el mundo conoce: el problema de la lucha de clases.

¿Qué piensa la gente sobre esta cuestión? Unos creen que la defensa del pan dispensa de la lucha política. Otros piensan que basta con batirse en las calles, negando la necesidad, de la organización. Y hay quienes pretenden que sólo la lucha política aportará una solución a este problema.

Para el marxista, la lucha de clases comprende:

- a) Una lucha económica.
- b) Una lucha política.
- c) Una lucha ideológica.

El problema, pues, debe ser planteado simultáneamente en estos tres terrenos.

a) No se puede luchar por el pan (lucha económica) sin luchar por la paz (lucha política) y sin defender la libertad (lucha ideológica).

b) Lo mismo ocurre en la lucha política que, a partir de Marx, se ha convertido en una verdadera ciencia: para llevar a cabo tal lucha, estamos obligados a tener en cuenta a la vez la situación económica y las corrientes ideológicas.

c) En cuanto a la lucha ideológica, que se manifiesta mediante la propaganda, para que sea eficaz se debe tener en cuenta la situación económica y política.

Por consiguiente, vemos que todos estos problemas están íntimamente ligados y, en consecuencia, que no se puede tomar una decisión ante no importa qué aspecto de este gran problema que es la lucha de clases -en una huelga, por ejemplo- sin tomar en consideración cada dato del problema y el conjunto del problema mismo.

Por lo tanto, aquel que sea capaz de luchar en todos los terrenos es el que dará al movimiento la mejor dirección.

Así es como un marxista comprende este problema. de la lucha de clases. Luego, en la lucha ideológica, que debemos afrontar todos los días, nos encontramos ante problemas difíciles de resolver: inmortalidad del alma, existencia de Dios, orígenes del mundo, etc. Es el materialismo dialéctico el que nos dará un método de razonamiento que permita resolver todos esos problemas y, del mismo modo, desenmascarar todas las campañas de falsificación del marxismo que pretenden completarlo y renovarlo.

VI. CAMPAÑAS DE LA BURGUESÍA CONTRA EL MARXISMO.

Esas tentativas de falsificación se apoyan en bases muy variadas. Se busca levantar contra el marxismo a los autores socialistas del período pre-marxista (antes de Marx). Es así que muy a menudo se vé utilizar contra Marx a los “utopistas”. Otros utilizan a Proudhon; otros se inspiran en los revisionistas anteriores a 1914 (magistralmente refutados, sin embargo, por Lenin). Pero lo que sobre todo hay que subrayar, es la campaña de silencio que realiza la burguesía contra el marxismo. Particularmente, ha hecho todo lo posible para impedir que sea conocida la filosofía materialista bajo su forma marxista. A este respecto, es impresionante el conjunto de la enseñanza filosófica tal como es impartida en Francia.

En los establecimientos de enseñanza secundaria, se enseña la filosofía. Pero se puede seguir toda esta enseñanza sin aprender jamás que existe una filosofía materialista elaborada por Marx y Engels. Cuando se habla de materialismo en los manuales de filosofía (porque no hay más remedio que hablar), siempre se trata del marxismo y del materialismo en forma separada. Se presenta el marxismo, en general, únicamente como una doctrina política, y cuando se habla del materialismo histórico, no se habla a este respecto de la filosofía del materialismo; por último, se ignora todo lo que se refiere al materialismo dialéctico.

Esta situación no existe únicamente en las escuelas y en los liceos; es exactamente la misma en todas las Universidades. El hecho más característico, es que en Francia se puede ser un “especialista” de la filosofía, munido de los diplomas más importantes que confieren las Universidades francesas, sin saber que el marxismo tiene una filosofía, que es el materialismo, y sin saber que el materialismo tradicional tiene una forma moderna, que es el marxismo o materialismo dialéctico. .

Nosotros queremos demostrar que el marxismo implica una concepción general no sólo de la sociedad sino también del mismo universo. Por lo tanto es inútil, contrariamente a lo que algunos pretenden, lamentar que el gran defecto del marxismo sea su falta de filosofía, y querer, como algunos teóricos del movimiento obrero ir en busca de esta filosofía que faltaría al marxismo. Porque el marxismo tiene una filosofía, que es el materialismo dialéctico.

Por otra parte, y pese a esta campaña de silencio y a todas las falsificaciones y a las precauciones tomadas por las clases dirigentes, queda en pie el hecho de que el marxismo y su filosofía comienzan a ser cada vez más conocidos.

CAPITULO PRIMERO EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA FILOSOFIA

I. ¿COMO DEBEMOS COMENZAR EL ESTUDIO DE LA FILOSOFIA?

II.

En nuestra introducción hemos dicho en varias ocasiones que la filosofía del materialismo dialéctico es la base del marxismo.

El fin que nos proponemos es el estudio de esta filosofía. Pero para llegar a ese fin, necesitamos avanzar por etapas.

Cuando hablamos del materialismo dialéctico, tenemos ante nosotros dos palabras: materialismo y dialéctico, lo que quiere decir que el materialismo es dialéctico. Sabemos que antes de Marx y Engels el materialismo ya existía, pero que son ellos los que, con ayuda de los descubrimientos del siglo XIX, han transformado ese materialismo y han creado el materialismo “dialéctico”.

Luego examinaremos el sentido de la palabra “dialéctico”, que designa la forma moderna del materialismo.

Pero puesto que, antes de Marx y Engels, ha habido filósofos materialistas (por ejemplo, Diderot en el siglo XVIII), y puesto que hay puntos comunes a todos los materialistas, necesitamos por consiguiente, estudiar la historia del materialismo antes de abordar el materialismo dialéctico. Necesitamos conocer igualmente cuáles son las concepciones que se oponen al materialismo.

II. DOS MANERAS DE EXPLICAR EL MUNDO

Hemos visto que la filosofía es “el estudio de los problemas más generales” y que tiene por objetivo explicar el mundo, la naturaleza, el hombre.

Si abrimos un manual de filosofía burguesa, quedamos azorados por la cantidad de filosofías diversas que ahí se encuentran. Son designadas por múltiples palabras más o menos complicadas y que terminan en “ismo”: el criticismo, el evolucionismo, el intelectualismo, etc., y esta multitud crea la confusión. Por otra parte, la burguesía nada ha hecho para aclarar la situación, sino todo lo contrario. Pero nosotros ya podemos analizar todos esos sistemas y distinguir dos grandes corrientes, dos concepciones netamente opuestas:

- a) La concepción científica.
- b) La concepción no científica del mundo.

III. LA MATERIA Y EL ESPÍRITU

Cuando los filósofos emprendieron la tarea de explicar las cosas del mundo, de la naturaleza, del hombre, y en fin, todo lo que nos rodea, sintieron la necesidad de establecer distinciones. Nosotros mismos comprobamos que hay cosas, objetos, que son materiales, que vemos y tocamos. Además, otras cosas que no vemos y que no podemos tocar ni medir, como nuestras ideas.

Por consiguiente, clasificamos las cosas así: por una parte, las que son materiales; por otra parte, las que no son materiales y que corresponden al dominio del espíritu, del pensamiento, de las ideas.

Es así que los filósofos se han encontrado en presencia de la materia y del espíritu.

IV. ¿QUÉ ES LA MATERIA? ¿QUÉ ES EL ESPÍRITU?

Acabamos de ver de manera general cómo el hombre ha sentido la necesidad de clasificar las cosas como materia o espíritu.

Pero debemos precisar que esta distinción se efectúa en diferentes formas y con palabras diferentes.

Es así que en lugar de hablar del espíritu hablamos igualmente del pensamiento, de nuestras ideas, de nuestra conciencia, del alma, del mismo modo que hablando de la naturaleza, del mundo, de la tierra, del ser, nos referimos a la materia.

De la misma manera, cuando Engels, en su libro Ludwig Feuerbach, habla del ser y del pensamiento, el ser es la materia; el pensamiento es el espíritu.

Para definir lo que es el pensamiento o el espíritu, y el ser o la materia, diremos:

El pensamiento es la idea que nos hacemos de las cosas; algunas de esas ideas nos llegan ordinariamente de nuestras sensaciones y corresponden a objetos materiales; otras ideas, como las de Dios, de la filosofía, del infinito, del mismo pensamiento, no corresponden a objetos materiales. Lo esencial que debemos retener aquí es que tenemos ideas, pensamientos, sentimientos, porque vemos y sentimos.

La materia o el ser es lo que nuestras sensaciones y nuestras percepciones nos muestran y nos presentan; es, de manera general, todo lo que nos rodea, lo que se llama “el mundo exterior”, Ejemplo: Mi hoja de papel es blanca. Saber que es blanca es una idea, y son mis sentidos los que me dan esta idea. Pero la materia es la misma hoja.

Por eso, cuando los filósofos hablan de las relaciones entre el ser y el pensamiento, o entre el espíritu y la materia, o entre la conciencia y el cerebro, etc., todo esto concierne a la misma cuestión y significa: entre materia o espíritu, ser o pensamiento, ¿cuál es el más importante, el que domina al otro, y en fin, el que apareció primero? Esto es lo que se llama:

V. LA CUESTIÓN O EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA FILOSOFÍA

Cada uno de nosotros se ha preguntado en qué nos convertimos al morir, de dónde viene el mundo, cómo se ha formado la Tierra. Y no es difícil admitir que siempre ha existido algo. Se tiene tendencia a pensar que en cierto momento no había nada. Por eso es más fácil creer lo que enseña la religión: “El espíritu planeaba por encima de las tinieblas... después fue la materia.” Del mismo modo, uno se pregunta dónde están nuestros pensamientos, y así se nos plantea el problema de las relaciones que existen entre el espíritu y la materia, entre el cerebro y el pensamiento. Por otra parte, hay otras muchas maneras de plantear la cuestión. Por ejemplo, ¿cuáles son las relaciones entre la voluntad y el poder? La voluntad es, aquí, el espíritu, el pensamiento; y el poder es lo posible, es el ser, la materia. También encontramos con la misma frecuencia la cuestión de las relaciones entre la “conciencia social” y la “existencia social”.

La cuestión fundamental de la filosofía se presenta, pues, bajo diferentes aspectos, y puede verse qué importante es reconocer siempre la manera en que se plantea ese problema de las relaciones de la materia y del espíritu, porque sabemos que no puede haber más que dos respuestas para esta cuestión:

1. Una respuesta científica.
2. Una respuesta no científica.

VI. IDEALISMO O MATERIALISMO

De este modo, los filósofos se han visto en la necesidad de tomar posición en tan importante cuestión.

Los primeros hombres, completamente ignorantes, sin ningún conocimiento del hombre y de sí mismos y ningún medio técnico para actuar sobre el mundo, atribuían a seres sobrenaturales la responsabilidad de todo lo que los sorprendía. En su imaginación, excitada, por los sueños en los que veían vivir a sus amigos y a sí mismos, llegaron a la concepción de que cada uno tiene una existencia doble. Turbados por la idea de ese “doble”, llegaron a figurarse que sus pensamientos y sus sensaciones eran producidos no por su

"propio cuerpo, sino por un alma particular que habitaba en ese cuerpo abandonándolo en el momento de la muerte.³

A continuación nació la idea de la inmortalidad del alma y de una vida posible del espíritu fuera de la materia.

Del mismo modo, su debilidad, su inquietud ante las fuerzas de la naturaleza, ante todos esos fenómenos que no comprendían y que el estado de la técnica no les permitía dominar (germinación, tormentas, inundaciones, etcétera) los condujo a suponer que detrás de esas fuerzas hay seres todopoderosos, “espíritus” o “dioses”, benefactores o dañinos, pero en todo caso caprichosos.

Igualmente, creían en los dioses; en seres más poderosos que los hombres, pero los imaginaban bajo la forma de hombres o de animales, como cuerpos materiales. Sólo más tarde las almas y los dioses (y después el Dios único que reemplazó a los dioses) fueron concebidos como puros espíritus.

Se llegó entonces a la idea de que en la realidad hay espíritus que tienen una vida completamente específica, completamente independiente de la del cuerpo y que no necesitan cuerpos para existir.

Posteriormente, esta cuestión se planteó de manera más precisa en función de la religión bajo esta forma:

¿El mundo ha sido creado por Dios o existe desde toda la eternidad?

Según respondieran de tal o cual manera a esta cuestión, los filósofos se dividían en dos

grandes campos.⁴

Aquellos que, adoptando la explicación no científica, admitían la creación del mundo por Dios, es decir, afirmaban que, el espíritu había creado la materia, formaban el campo del idealismo.

Los otros, aquellos que trataban de dar una explicación científica del mundo y pensaban que la naturaleza, la materia, era el elemento principal, pertenecían a las diferentes escuelas del materialismo.

Originariamente, esas dos expresiones, idealismo y materialismo, no significaban más que eso.

El idealismo y el materialismo son, por lo tanto, dos respuestas opuestas y contradictorias al problema fundamental de la filosofía.

El idealismo es la concepción no científica. El materialismo es la concepción científica del mundo.

Más adelante se verán las pruebas de esta afirmación, pero podemos decir desde ya que si bien se comprueba en la experiencia que hay cuerpos sin pensamiento, como las piedras, los metales, la tierra, no se comprueba nunca, por el contrario, la existencia de espíritu sin cuerpo.

Para terminar este capítulo por una conclusión, sin equívocos, vemos que para responder a esta cuestión: ¿por qué piensa el hombre?, no puede haber más que dos respuestas completamente diferentes y totalmente opuestas:

1ª respuesta: El hombre piensa porque tiene un alma.

2ª respuesta: El hombre piensa porque tiene un cerebro.

Según demos una u otra respuesta, tendremos qué aportar soluciones diferentes a los problemas que derivan de esta cuestión.

De acuerdo a nuestra respuesta, seremos idealistas o materialistas.

LECTURA

F. Engels, Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana, capítulo II, “idealismo y materialismo”.

CAPITULO SEGUNDO EL IDEALISMO

I. IDEALISMO MORAL E IDEALISMO FILOSÓFICO

Hemos denunciado ya la confusión creada por el lenguaje corriente en lo que concierne al materialismo. La misma confusión se reproduce a propósito del idealismo.

En efecto, no hay que confundir el idealismo moral y el idealismo filosófico.

El idealismo moral consiste en consagrarse a una causa, a un ideal. La historia del movimiento obrero internacional nos enseña que un número incalculable de revolucionarios, de marxistas, se han consagrado hasta el sacrificio de sus vidas a un ideal moral, y sin embargo eran adversarios de ese otro idealismo que se llama idealismo filosófico.

Idealismo filosófico

El idealismo filosófico es una doctrina que tiene por base la explicación del mundo por el espíritu.

Es la doctrina que responde a la cuestión fundamental de la filosofía diciendo: “el pensamiento es el elemento principal, el más importante, el primero”. Y el idealismo, afirmando la importancia primera del pensamiento, afirma que es el que produce el ser o, dicho de otra manera, “es el espíritu el que produce la materia”.

Tal es la primera forma del idealismo; ha encontrado su pleno desarrollo en las religiones afirmando que Dios, “puro espíritu”, era el creador de la materia.

La religión, que ha pretendido y pretende aún estar fuera de las discusiones filosóficas, es en realidad, por el contrario, la representación directa y lógica de la filosofía idealista.

Pero con la intervención de la ciencia en el curso de los siglos, muy pronto se volvió necesario explicar la materia, el mundo, las cosas, de otro modo que por Dios únicamente. Porque desde el siglo XVI, la ciencia comenzó a explicar los fenómenos de la naturaleza sin tener en cuenta a Dios y prescindiendo de la hipótesis de la creación.

Para combatir mejor esas explicaciones científicas materialistas y ateas, se hizo necesario, pues, llevar más lejos el idealismo y negar la misma existencia de la materia.

A ello se dedicó, a comienzos del siglo XVIII, un obispo inglés, Berkeley, al que se ha podido llamar el padre del idealismo.

II. ¿POR QUÉ DEBEMOS ESTUDIAR EL IDEALISMO DE BERKELEY?

El objetivo de su sistema filosófico será, pues, destruir al materialismo, tratar de demostrarnos que la sustancia material no existe. Escribió en el prefacio de su libro *Diálogo de Hylas y de Filón*.

Si estos principios son aceptados y considerados como verdaderos, se desprende que el ateísmo y el escepticismo quedan completamente demolidos de un mismo golpe, las cuestiones oscuras aclaradas,

dificultades casi insolubles resueltas, y los hombres que se complacían en paradojas devueltos al sentido común.

Por consiguiente, para Berkeley lo verdadero es que la materia no existe y que es paradójico pretender lo contrario.

Vamos a ver cómo se maneja para demostrarnos esto. Pero pienso que no es inútil insistir en que aquellos que quieren estudiar la filosofía deben tomar la teoría de Berkeley en gran consideración.

Bien sé que las tesis de Berkeley harán sonreír a algunos, pero no hay que olvidar que vivimos en el siglo XX y nos beneficiamos con todos los estudios del pasado. Y por otra parte, cuando estudiemos el materialismo y su historia, veremos que los filósofos materialistas de otras épocas también hacen sonreír a veces.

Sin embargo, es preciso saber que Diderot, quien fue antes de Marx y Engels el más grande de los pensadores materialistas, atribuía cierta importancia al sistema de Berkeley, puesto que lo describió como un sistema que, para vergüenza del espíritu humano y de la filosofía es el más difícil de combatir, ¡aunque sea el más absurdo de todos!⁵

El mismo Lenin ha dedicado numerosas páginas a la filosofía de Berkeley y escribió:

Los más modernos filósofos idealistas no han producido contra los materialistas ningún... argumento que no pueda encontrarse en el obispo Berkeley.⁶

Finalmente, he aquí la apreciación del inmaterialismo de Berkeley en un manual de historia de la filosofía difundido todavía hoy en los liceos franceses:

Teoría aún imperfecta, sin duda, pero admirable, y que debe destruir para siempre, en los espíritus filosóficos, la creencia en la existencia de una substancia material.⁷

Está dicho, pues, la importancia que tiene para todo el mundo -aunque por razones diferentes, como estas citas acaban de demostrarlo- este razonamiento filosófico.

III. EL IDEALISMO DE BERKELEY

La finalidad, de este sistema consiste, pues, en demostrar que la materia no existe.

Berkeley decía:

La materia no es lo que nosotros creemos, pensando que existe fuera de nuestro espíritu. Pensamos que las cosas existen porque las vemos, porque las tocamos; es porque nos dan esas sensaciones que creemos en su existencia.

Pero nuestras sensaciones no son sino ideas que tenemos en nuestro espíritu. Por consiguiente, los objetos que percibimos por nuestros sentidos no son otra cosa que ideas, y las ideas no pueden existir fuera de nuestro espíritu.

Para Berkeley, las cosas existen; él no niega su naturaleza y su existencia, pero afirma que sólo existen bajo la forma de sensaciones que nos las hacen conocer y saca en conclusión que nuestras sensaciones y los objetos no son sino una sola y misma cosa.

Las cosas existen, por cierto, pero en nosotros -dice él-, en nuestro espíritu, y no tienen ninguna sustancia fuera del espíritu.

Concebimos las cosas con ayuda de la vista; las percibimos con la ayuda del tacto; el olfato nos informa sobre el olor; el gusto sobre el sabor; el oído sobre los sonidos. Esas diferentes sensaciones nos dan ideas, que, combinadas unas con otras, hacen que les demos un nombre común y las consideremos como objetos.

Se observa, por ejemplo, un color, un sabor, un olor, una forma, una consistencia determinadas... Se reconoce este conjunto como un objeto que se designa con el nombre manzana.

(Otras combinaciones de sensaciones nos dan) otras colecciones de ideas (que) constituyen lo que se llama la piedra, el árbol, el libro y los otros objetos sensibles.

Somos víctimas de ilusiones cuando pensamos conocer como exteriores el mundo y las cosas, puesto que todo eso no existe más que en nuestro espíritu.

En su libro Diálogos de Hylas y Filón, Berkeley nos demuestra esta tesis de la manera siguiente:

¿No es absurdo creer que una misma cosa en el mismo momento pueda ser diferente? ¿Caliente y fría, por ejemplo, en el mismo instante? Imaginad, pues, que una de vuestras manos esté caliente y la otra fría y ambas estén sumergidas al mismo tiempo en una jarra llena de agua a una temperatura intermedia: ¿el agua no parecerá caliente a una mano, fría a la otra?

Como es absurdo creer que una cosa en el mismo momento pueda ser, en sí misma, diferente, debemos sacar la conclusión de que esta cosa no existe más que en nuestro espíritu.

¿Qué hace Berkeley, pues, en su método de razonamiento y de discusión? Despoja a los objetos, a las cosas, de todas sus propiedades:

“¿Ustedes dicen que los objetos existen porque tienen un color, un olor, un sabor, porque son grandes o pequeños, livianos o pesados? Voy a demostrarles que eso no existe en los objetos, sino en nuestro espíritu.

“He aquí un retazo de tejido: ustedes me dicen que es rojo. ¿Es eso completamente seguro? Piensan que el rojo está en el mismo tejido. ¿Es cierto? Ustedes saben que hay animales que tienen ojos diferentes de los nuestros y que nunca verán rojo este tejido; ¡del mismo modo, un hombre con ictericia lo verá amarillo! Entonces, ¿de qué color es? ¿Eso depende, dicen? Por lo tanto, el rojo no está en el tejido, sino en el ojo, en nosotros.

“¿Dicen que el tejido es liviano? Déjenlo caer sobre una hormiga y seguramente ella lo encontrará pesado. ¿Quién tiene razón, pues? ¿Ustedes piensan que es caliente? ¡Si estuvieran afiebrados, lo encontrarían frío! Entonces, ¿es caliente o frío?

“En una palabra, si las mismas cosas pueden ser en el mismo instante rojas, pesadas, calientes para unos, y para otros exactamente lo contrario, es que somos víctimas de ilusiones y que las cosas no existen más que en nuestro espíritu.”

Despojando de todas sus propiedades a los objetos, se llega así a decir que éstos no existen más que en nuestro pensamiento, es decir, que la materia es una idea.

Ya antes de Berkeley, los filósofos griegos decían, y eso era justo, que ciertas cualidades como el sabor o el sonido no estaban en las cosas mismas, sino en nosotros.

Pero lo que hay de nuevo en la teoría de Berkeley es precisamente que él extiende esta observación a todas las cualidades de los objetos.

En efecto, los filósofos griegos habían establecido entre las cualidades de las cosas la distinción siguiente:

Por una parte, las cualidades primarias, es decir, las que están en los objetos, como el peso, el tamaño, la resistencia, etc.

Por otra, las cualidades secundarias, es decir, aquellas que están en nosotros, como olor, sabor, calor, etc.

Pero Berkeley aplica a las cualidades primarias la misma tesis que a las cualidades secundarias, a saber, que todas las cualidades, todas las propiedades, no están en los objetos sino

en nosotros.

Si miramos el sol, lo vemos redondo, chato, rojo. La ciencia nos enseña que nos engañamos, que el sol no es chato, no es rojo. Por consiguiente, con ayuda de la ciencia haremos abstracción de ciertas falsas propiedades que damos al sol, ¡pero sin por ello llegar a la conclusión de que no existe! Y sin embargo, a esa conclusión llega Berkeley.

Berkeley no se ha equivocado, por cierto, al mostrar, que la distinción de los antiguos no resistía al análisis científico, pero incurre en una falta de razonamiento, en un sofisma, extrayendo de esas observaciones consecuencias no implicadas en ellas. Él demuestra, en efecto, que las cualidades de las cosas no son tales como nos las muestran nuestros sentidos, es decir, que nuestros sentidos nos engañan y deforman la realidad material, ¡y llega inmediatamente a la conclusión de que la realidad material no existe!

IV. CONSECUENCIAS DE LOS RAZONAMIENTOS “IDEALISTAS”

Siendo la tesis: “Todo no existe más que en nuestro espíritu”, hay que llegar a la conclusión de que el mundo exterior no existe.

Llevando este razonamiento al extremo, llegaríamos a decir: “Soy el único que existe, puesto que no conozco a los demás hombres más que por mis ideas, y que los demás hombres sólo son para mí, como los objetos materiales, colecciones de ideas.” Es eso lo que en filosofía se llama el solipsismo (que quiere decir solo yo).

Berkeley -nos dice Lenin en su libro ya citado-se defiende instintivamente contra la acusación de sostener tal teoría. Hasta se comprueba que el solipsismo, forma extrema del idealismo, no ha sido sostenido por ningún filósofo.

Es por eso que, al discutir con los idealistas, debemos aplicarnos a poner de relieve que los razonamientos que niegan efectivamente la materia, deberían arribar, para ser lógicos y consecuentes, a ese extremo absurdo que es el solipsismo.

V. LOS ARGUMENTOS IDEALISTAS

Nos hemos aplicado a resumir lo más sencillamente posible la teoría de Berkeley, porque es él quien ha expuesto con mayor franqueza lo que es el idealismo filosófico.

Pero es seguro que, para comprender bien esos razonamientos, nuevos para nosotros, ahora resulta indispensable tomarlos muy en serio y hacer un esfuerzo intelectual. ¿Por qué?

Porque como veremos a continuación, aunque el idealismo se presenta de una manera más oculta y cubriéndose con palabras y expresiones nuevas, todas las filosofías idealistas no hacen más que retomar los argumentos del “viejo Berkeley” (Lenin).

Porque veremos también hasta qué punto la filosofía idealista que ha dominado y domina todavía la historia oficial de la filosofía, llevando consigo un método de pensamiento del que estamos impregnados, ha sabido penetrar en nosotros a pesar de una educación completamente laica.

Como la base de los argumentos de todas las filosofías idealistas se encuentra en los razonamientos de Berkeley, vamos a tratar, pues, para resumir este capítulo, de deducir cuáles son esos principales argumentos y lo que tratan de demostrarnos.

1. El espíritu crea la materia.

Sabemos que ésta es la respuesta idealista a la cuestión fundamental de la filosofía; es la primera forma del idealismo que se refleja en las diferentes religiones, en las que se afirma que el espíritu ha creado el mundo.

Esta afirmación puede tener dos sentidos:

O bien Dios ha creado el mundo, y éste existe realmente, fuera de nosotros. Este es el idealismo común de las teologías.⁸

O bien Dios ha creado la ilusión del mundo en nosotros dándonos ideas que no corresponden a nada. Este es el “idealismo inmaterialista” del obispo Berkeley, que quiere probarnos que el espíritu es la única realidad, mientras que la materia es un producto fabricado por nuestro espíritu.

Por eso los idealistas afirman qué:

2. El mundo no existe fuera de nuestro pensamiento.

Esto es lo que Berkeley quiere demostrarnos al afirmar que cometemos un error atribuyendo a las cosas propiedades y cualidades que les serían propias, mientras que no existen más que en nuestro espíritu.

Para los idealistas, los bancos y las mesas existen, pero solamente en nuestro pensamiento y no fuera de nosotros, porque

3. Son nuestras ideas las que crean las cosas.

Dicho de otra manera, las cosas son el reflejo de nuestro pensamiento. En efecto, puesto que es el espíritu el que crea la ilusión de la materia, puesto que las sensaciones que experimentamos ante las cosas no provienen de las cosas mismas sino únicamente de nuestro pensamiento, la causa de la realidad del mundo y de las cosas es nuestro pensamiento, y, en consecuencia, todo lo que nos rodea no existe fuera de nuestro espíritu y no puede ser más que el reflejo de nuestro pensamiento. Pero como para Berkeley nuestro espíritu sería incapaz de crear por sí solo esas ideas, y como por otra parte no hace lo que quiere (como ocurriría si las creara por sí mismo), es preciso admitir que el creador es otro espíritu más poderoso. Por consiguiente, es Dios quien crea nuestro espíritu y nos impone todas las ideas del mundo que encontramos en él.

He aquí las principales tesis sobre las cuales se apoyan las doctrinas idealistas y las respuestas que aportan a la cuestión fundamental de la filosofía. Ya es tiempo de ver ahora cuál es la respuesta de la filosofía materialista a esta cuestión y a los problemas suscitados por esas tesis.

LECTURAS

Berkeley, Diálogos de Hylas y Filón.

Lenin, Materialismo y Empiricriticismo.

La teología es la “ciencia” (!!!) que trata de Dios y de las cosas divinas.

CAPITULO TERCERO EL MATERIALISMO

I. ¿POR QUÉ DEBEMOS ESTUDIAR EL MATERIALISMO?

Ya hemos visto que al problema: “¿Cuáles son las relaciones entre el ser y el pensamiento?”, no puede haber más que dos respuestas opuestas y contradictorias.

En el capítulo precedente hemos estudiado la respuesta idealista y los argumentos presentados para defender a la filosofía idealista.

Ahora debemos examinar la segunda respuesta a ese problema fundamental (problema, repitémoslo, que se encuentra en la base de toda filosofía) y ver cuáles son los argumentos que el materialismo aporta en su defensa. Tanto más cuanto que el materialismo es para nosotros una filosofía muy importante, puesto que es la del marxismo.

En consecuencia es indispensable, pues, conocer bien el materialismo. Indispensable sobre todo porque las concepciones de esta filosofía son muy mal conocidas y han sido falsificadas. Indispensable también porque, a causa de nuestra educación, de la instrucción que hemos recibido -sea primaria o más desarrollada-, de nuestros hábitos de vivir y razonar, estamos todos, sin darnos cuenta, impregnados en mayor o menor medida de las concepciones idealistas. (Por otra parte, ya veremos en otros capítulos varios ejemplos de esta afirmación, y por qué ocurre esto.)

Por consiguiente, es una necesidad absoluta para aquellos que quieren estudiar el marxismo conocer la base: el materialismo.

II. ¿DE DÓNDE PROCEDE EL MATERIALISMO?

Hemos definido la filosofía, de manera general, como un esfuerzo para explicar el mundo, el universo. Pero sabemos que sus explicaciones han cambiado de acuerdo al estado de los conocimientos humanos, y que en el curso de la historia de la humanidad dos actitudes han tratado de explicar el mundo: una, anticientífica, que recurre a uno o múltiples espíritus superiores, a fuerzas sobrenaturales; otra, científica, que se funda sobre hechos y experiencias.

Una de esas concepciones es defendida por los filósofos idealistas; la otra, por los materialistas.

Por eso, desde el comienzo de este libro hemos dicho que la primera idea que es preciso hacerse del materialismo, es que esta filosofía representa “la explicación científica del universo”.

Si el idealismo ha nacido de la ignorancia de los hombres -y ya veremos cómo la ignorancia fue mantenida, conservada en la historia de las sociedades por fuerzas culturales y políticas que compartían las concepciones idealistas-, el materialismo nació de la lucha de las ciencias contra la ignorancia u obscurantismo.

Por eso esta filosofía fue tan combatida y aún en nuestros días, bajo su forma moderna (el materialismo dialéctico), es poco conocida cuando no ignorada o negada por el mundo universitario oficial.

III. ¿CÓMO Y POR QUÉ HA EVOLUCIONADO EL MATERIALISMO?

Contrariamente a lo que pretenden aquellos que combaten esta filosofía y que dicen que esta doctrina no ha evolucionado desde hace veinte siglos, la historia del materialismo nos muestra que esta filosofía es algo vivo y siempre en movimiento.

En el curso de los siglos, los conocimientos científicos del hombre han progresado. Al comienzo de la historia del pensamiento, en la antigüedad griega, los conocimientos científicos eran casi nulos, y los primeros sabios eran al mismo tiempo filósofos, porque en esta época la filosofía y las ciencias nacientes formaban un todo, siendo aquélla la prolongación de éstas.

Posteriormente, y a medida que las ciencias aportaban precisiones en la explicación de los fenómenos del mundo, precisiones que estorbaban a los dogmas de los filósofos idealistas e incluso hallábanse en contradicción con ellos, surgió un conflicto entre la filosofía y las ciencias.

Como las ciencias se hallaban en contradicción con la filosofía oficial de esta época, se hizo necesario que se separasen. Por eso

ellas se apresuran a desembarazarse del fárrago filosófico y a dejar a los filósofos las vastas hipótesis, para tomar contacto con problemas restringidos, aquellos que están maduros para una solución próxima. Entonces se crea esa distinción entre las ciencias... y la filosofía.⁹

Pero el materialismo, nacido con las ciencias, unido a ellas y dependiendo de ellas, ha progresado y evolucionado con ellas para llegar, con el materialismo moderno, el de Marx y Engels, a reunir nuevamente la ciencia y la filosofía en el materialismo dialéctico.

Más adelante estudiaremos esta historia y esta evolución, que están vinculadas al progreso de la humanidad, pero ya comprobamos, y es importante retenerlo, que el materialismo y las ciencias están unidos entre sí y que el materialismo es absolutamente dependiente de la ciencia.

Nos falta establecer y definir las bases del materialismo, bases comunes a todas las filosofías que, bajo diferentes aspectos, se declaran materialistas.

IV. ¿CUÁLES SON LOS PRINCIPIOS Y LOS ARGUMENTOS DE LOS MATERIALISTAS?

Para contestar esto, nos es preciso volver a la cuestión fundamental de la filosofía, la de las relaciones entre el ser y el pensamiento: ¿cuál de los dos es el principal?

Los materialistas afirman, desde luego, que hay una relación determinada entre el ser y el pensamiento, entre la materia y el espíritu. Para ellos, el ser, la materia, es el elemento primordial, la cosa primera, y el espíritu la cosa secundaria, posterior, dependiente de la materia.

Por consiguiente, para los materialistas no son el espíritu o Dios los que han creado el mundo y la materia, sino que el mundo, la materia, la naturaleza, han creado el espíritu:

El mismo espíritu no es más que el producto superior de la materia.¹⁰

Por eso, si retomamos la pregunta que hemos planteado en el primer capítulo: “¿Por qué piensa el hombre?”, los materialistas responden que el hombre piensa porque tiene un cerebro y el pensamiento es un producto del cerebro. Para ellos no puede haber pensamiento sin materia, sin cuerpo.

Nuestra conciencia y nuestro pensamiento, por trascendentales que nos parezcan, no son sino productos de un órgano material, corporal, el cerebro.¹¹

En consecuencia, la materia, el ser, son para los materialistas algo real, existente fuera de nuestro pensamiento, y no necesitan del pensamiento o del espíritu para existir. De igual modo, y como el espíritu no puede existir sin materia, no hay alma inmortal e independiente del cuerpo.

Contrariamente a lo que dicen los idealistas, las cosas que nos rodean existen independientemente de nosotros: son ellas las que nos dan nuestros pensamientos; y nuestras ideas no son más que el reflejo de las cosas en nuestro cerebro.

Es por eso que ante el segundo aspecto de la cuestión de las relaciones entre el ser y el pensamiento:

¿Qué relación hay entre nuestras ideas sobre el mundo que nos rodea y ese mismo mundo? ¿Nuestro pensamiento está en condiciones de conocer el mundo real? ¿Podemos, en nuestras concepciones del mundo real, reproducir una imagen fiel de la realidad? Esta cuestión es llamada en lenguaje filosófico la cuestión de la identidad del pensamiento y del ser.¹²

los materialistas afirman: ¡sí!, podemos conocer el mundo, y las ideas que nos hacemos de ese mundo son cada vez más justas, puesto que podemos estudiar con ayuda de las ciencias, que éstas nos prueban continuamente mediante la experiencia que las cosas que nos rodean tienen efectivamente una vida que les es propia, independiente de nosotros, y que los hombres ya pueden reproducir en parte esas cosas, crearlas artificialmente.

Para resumir, diremos que ante el problema fundamental de la filosofía los materialistas afirman:

Que es la materia la que produce el espíritu y que, científicamente, nunca se ha visto espíritu sin materia. Que la materia existe fuera de todo espíritu y que no tiene necesidad del espíritu para existir, puesto que tiene una existencia que le es particular y que, en consecuencia, contrariamente a lo que dicen los idealistas, no son nuestras ideas las que crean las cosas, sino, por el contrario, son las cosas las que nos dan nuestras ideas.

Que somos capaces de conocer el mundo, que las ideas que nos hacemos de la materia y del mundo son cada vez más correctas puesto que, con ayuda de las ciencias, podemos determinar con precisión lo que ya conocemos y descubrir lo que ignoramos.

Friedrich Engels, L. Feuerbach.

CAPITULO CUARTO ¿QUIÉN TIENE RAZÓN: EL IDEALISTA O EL MATERIALISTA?

I. CÓMO DEBEMOS PLANTEARNOS EL PROBLEMA

Ahora que conocemos las tesis de los idealistas y de los materialistas, vamos a tratar de saber quién tiene razón.

Recordemos que ante todo necesitamos comprobar, por una parte, que estas tesis son absolutamente opuestas y contradictorias; por otra parte que, ya sea que se defienda una u otra teoría, ello nos lleva a conclusiones que, por sus consecuencias, son muy importantes.

Para saber quiénes tiene razón, debemos referirnos a los tres puntos en los cuales hemos resumido cada argumentación.

Los idealistas afirman:

Que es el espíritu el que crea la materia.

Que la materia no existe fuera de nuestro pensamiento, y que por consiguiente no es para nosotros más que una ilusión.

Que son nuestras ideas las que crean las cosas. Por su parte, los materialistas afirman exactamente lo contrario. Para facilitar nuestro trabajo, debemos comenzar por lo que pertenece al dominio del sentido común y que más nos asombra.

¿Es cierto que el mundo no existe más que en nuestro pensamiento?

¿Es cierto que son nuestras ideas las que crean las cosas?

He aquí dos argumentos defendidos por el idealismo “inmaterialista” de Berkeley, cuyas conclusiones conducen, como en todas las teologías, a nuestra tercera pregunta:

3. ¿Es cierto que el espíritu crea la materia?

Se trata de cuestiones muy importantes, puesto que se relacionan con el problema fundamental de la filosofía. En consecuencia, al discutir las vamos a saber quién tiene razón, y ellas son particularmente interesantes para los materialistas, dado que las respuestas materialistas a estas preguntas son comunes a todas las filosofías materialistas -y por lo tanto, al materialismo dialéctico.

II. ¿ES VERDAD QUE EL MUNDO NO EXISTE MÁS QUE EN NUESTRO PENSAMIENTO?

Antes de estudiar esta cuestión, debemos ubicar dos términos filosóficos que nos es preciso utilizar y que encontramos a menudo en nuestras lecturas.

Realidad subjetiva (que quiere decir: realidad que existe solamente en nuestro pensamiento).

Realidad objetiva (realidad que existe fuera de nuestro pensamiento).

Los idealistas dicen que el mundo no es una realidad objetiva, sino subjetiva.

Los materialistas dicen que es una realidad objetiva.

Para demostrarnos que el mundo y las cosas no existen más que en nuestro pensamiento, el obispo Berkeley los descompone en sus propiedades (color, tamaño, densidad, etc.). Nos demuestra

que esas propiedades, que varían según los individuos, no están en las mismas cosas sino en el espíritu de cada uno de nosotros. De ello deduce que la materia es un conjunto de propiedades no objetivas sino subjetivas y que, en consecuencia, no existe.

Si retornamos el ejemplo del sol, Berkeley nos pregunta si creemos en la realidad objetiva del disco rojo, y nos demuestra, con su método de discusión de las propiedades, que el sol no es rojo y no es un disco. Por consiguiente, el sol no es una realidad objetiva, porque no existe por sí mismo, sino que es una simple realidad subjetiva, puesto que no existe más que en nuestro pensamiento.

Los materialistas afirman que el sol existe de todos modos, no porque lo veamos como un disco chato y rojo -porque esto corresponde al realismo ingenuo, el de los niños y de los primeros hombres que no contaban más que con sus sentidos para controlar la realidad-, sino que afirman que existe invocando la ciencia. En efecto, ésta nos permite rectificar los errores que nuestros sentidos nos hacen cometer.

Pero ante este ejemplo del sol debemos plantear claramente el problema.

Diremos, con Berkeley, que el sol no es un disco ni es rojo, pero no aceptamos sus conclusiones: la negación del sol como realidad objetiva.

No discutimos las propiedades de las cosas sino su existencia.

No discutimos para saber si nuestros sentidos nos engañan y deforman la realidad material, sino si esta realidad existe fuera de nuestros sentidos.

¡Y bien!: los materialistas afirman la existencia de esta realidad fuera de nosotros y nos proporcionan argumentos que son la ciencia misma.

¿Qué hacen los idealistas para demostrarnos que tienen razón? Discuten sobre palabras, hacen grandes discursos, escriben numerosas páginas.

Supongamos por un instante que tuvieran razón. Si el mundo no existe más que en nuestro pensamiento, ¿entonces el mundo no ha existido antes que los hombres? Sabemos que esto es falso, porque la ciencia nos demuestra que el hombre ha aparecido muy tardíamente sobre la tierra. Ciertos idealistas nos dirán entonces que antes del hombre había los animales y que podía alojarse en ellos el pensamiento. Pero sabemos que antes de los animales existía una tierra inhabitable sobre la cual no era posible ninguna vida orgánica. Otros nos dirán que incluso si sólo existía el sistema solar sin que existiera el hombre, de todos modos el pensamiento, el espíritu, existían en Dios. De este modo llegamos a la forma suprema del idealismo. Debemos elegir entre Dios y la ciencia. El idealismo no puede sostenerse sin Dios y Dios no puede existir sin el idealismo.

He aquí, pues, cómo plantear exactamente el problema del idealismo y del materialismo: ¿Quién tiene razón? ¿Dios o la ciencia?

Dios es un puro espíritu creador de la materia: una afirmación sin prueba.

La ciencia va a demostrar, mediante la práctica y la experiencia, que el mundo es una realidad objetiva, y va a permitirnos responder a la pregunta:

III. ¿ES VERDAD QUE SON NUESTRAS IDEAS LAS QUE CREAN LAS COSAS?

Tomemos, por ejemplo, un ómnibus que pasa en el momento en que atravesamos la calzada en compañía de un idealista con el cual discutimos para saber si las cosas tienen una realidad objetiva o subjetiva y si es cierto que son nuestras ideas las que crean las cosas. No cabe duda de que si no queremos ser aplastados, pondremos mucha atención. Por consiguiente, en la práctica el idealista está obligado a reconocer la existencia del ómnibus. Para él, prácticamente, no hay diferencia entre un ómnibus objetivo y un ómnibus subjetivo, y esto es tan justo que la práctica proporciona la prueba de que los idealistas, en la vida, son materialistas.

A este respecto, podríamos citar numerosos ejemplos en que veríamos que los filósofos idealistas y aquellos que sostienen esta filosofía, no desdeñan ciertas bajezas “objetivas” para obtener lo que para ellos no es más que realidad subjetiva...

Es por eso, además, que ya no se ve a nadie afirmar, como Berkeley, que el mundo no existe. Los argumentos son mucho más sutiles y disimulados. (Consulten, como ejemplo de la manera en que argumentan los idealistas, el capítulo titulado “El descubrimiento de los elementos del mundo”, en el libro de Lenin *Materialismo y Empiriocriticismo*.)

Por consiguiente, “el criterio de la práctica” -según el término de Lenin- es el que nos permitirá confundir a los idealistas.

Por otra parte, éstos no dejarán de decir que la teoría y la práctica no son lo mismo, que son dos cosas completamente diferentes. Esto no es cierto. Únicamente la práctica nos demostrará, mediante la experiencia, si una concepción es justa o falsa.

El ejemplo del ómnibus demuestra que el mundo tiene, pues, una realidad objetiva, y que no es una ilusión creada por nuestro espíritu.

Nos falta ver ahora -dado que la teoría del inmaterialismo de Berkeley no puede sostenerse ante las ciencias ni resistir al criterio de la práctica- si, como afirman todas las conclusiones de los filósofos idealistas, de las religiones y de las teologías, el espíritu crea la materia.

IV. ¿ES VERDAD QUE EL ESPÍRITU CREA LA MATERIA?

Tal como lo hemos visto antes, para los idealistas el espíritu tiene su forma suprema en Dios. Él es la respuesta final, la conclusión de su teoría, y es por eso que el problema espíritu-materia se plantea en último análisis (para saber si tiene razón el idealista o el materialista), bajo la forma del problema: “Dios o la ciencia”.

Los idealistas afirman que Dios ha existido desde toda la eternidad y que, no habiendo experimentado ningún cambio, es siempre el mismo. Es el espíritu puro, para el cual no existen ni el tiempo ni el espacio. Es el creador de la materia.

Para sostener su afirmación de Dios, tampoco aquí presentan los idealistas ningún argumento.

Para defender al creador de la materia han recurrido a un montón de misterios que un espíritu científico no puede aceptar.

Al remontarse a los orígenes de la ciencia y observar que los hombres primitivos forjaron en su espíritu la idea de Dios instintivamente y a causa de su gran ignorancia, se comprueba que los idealistas del siglo XX continúan ignorando, como los primeros hombres, todo lo que un trabajo paciente y perseverante ha permitido conocer. Porque al fin de cuentas, Dios, para los idealistas, no puede explicarse, y sigue siendo para ellos una creencia sin ninguna prueba. Cuando los idealistas quieren “probarlos” la necesidad de una creación del mundo diciendo que la materia no ha podido existir siempre; que necesariamente ha debido tener un nacimiento, recurren a un Dios, el cual, por su parte, nunca tuvo comienzo. ¿Acaso resulta más clara esta explicación?

Por el contrario, para sostener sus argumentos los materialistas se servirán de la ciencia, que los hombres han desarrollado a medida que hacían retroceder “los límites de su ignorancia”.

Ahora bien: ¿la ciencia nos permite pensar que el espíritu haya creado la materia? No.

La idea de una creación por un espíritu puro es incomprensible, porque no conocemos nada semejante en la experiencia. Para que esto fuera posible, hubiera sido necesario, como dicen los idealistas, que el espíritu existiera solo, antes que la materia, mientras que la ciencia nos demuestra que esto no es posible y que jamás hubo espíritu sin materia. Por el contrario, el espíritu está siempre unido a la materia, y en particular comprobamos que el espíritu del hombre está unido al cerebro, que es la fuente de nuestras ideas y de nuestro pensamiento. La ciencia no nos permite concebir que las ideas existan en el vacío...

Por lo tanto, para que el espíritu-Dios pudiera existir sería necesario que tuviera un cerebro. Por eso podemos decir que no es Dios quien ha creado la materia y por lo tanto el hombre, sino que es la materia, bajo la forma del cerebro humano, la que ha creado al espíritu-Dios.

Más adelante veremos si la ciencia nos da la posibilidad de creer en un Dios o en algo sobre lo cual el tiempo no tuviera efecto y para quien el espacio, el movimiento y el cambio no existieran.

Desde ya podemos llegar a una conclusión. En su respuesta al problema fundamental de la filosofía:

V. LOS MATERIALISTAS TIENEN RAZÓN Y LA CIENCIA PRUEBA SUS AFIRMACIONES

Los materialistas tienen razón al afirmar:

Contra el idealismo de Berkeley y contra los filósofos que se ocultan tras su inmaterialismo: que el mundo y las cosas, por una parte, existen fuera de nuestro pensamiento y no tienen necesidad de nuestro pensamiento para existir; por otra parte, que no son nuestras ideas las que crean las cosas sino que, por el contrario, son las cosas que nos dan nuestras ideas.

Contra todas las filosofías idealistas, porque sus conclusiones conducen a afirmar la creación de la materia por el espíritu, o sea, en última instancia, a afirmar la existencia de Dios y a sostener las teologías, los materialistas, apoyándose en las ciencias, afirman y prueban que es la materia la que crea el espíritu y que no necesitan la “hipótesis-Dios” para explicar la creación de la materia.

Observación. - Debemos prestar atención a la manera en que los idealistas plantean los problemas. Nos afirman que Dios ha creado al hombre cuando ya hemos visto que es el hombre el que ha creado a Dios.

Por otra parte, afirman también que es el espíritu el que ha creado la materia, cuando vemos que en verdad es exactamente lo contrario. Debemos destacar esta manera de invertir las perspectivas.

LECTURAS

Lenin, Materialismo y Empiriocriticismo, pág. 71: “¿Existía la naturaleza antes que el hombre?”; p. 85 a 89: “¿Piensa el hombre con el cerebro?” Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.

Engels, Ludwig Feuerbach, “Idealismo y Materialismo”.

CAPITULO QUINTO ¿HAY UNA TERCERA FILOSOFÍA? EL AGNOSTICISMO

I. ¿POR QUÉ UNA TERCERA FILOSOFÍA?

Después de estos primeros capítulos puede parecernos que al fin de cuentas debe ser bastante fácil ubicarnos en medio de todos los razonamientos filosóficos, puesto que únicamente dos grandes corrientes se reparten todas las teorías: el idealismo y el materialismo. Y que, además, los argumentos que militan en favor del materialismo convencen en forma definitiva.

Parece ser, pues, que después de algún examen hemos encontrado el camino que lleva hacia la filosofía de la razón: el materialismo.

Pero las cosas no son tan simples. Tal como ya lo hemos señalado, los idealistas modernos no tienen la franqueza del obispo Berkeley. Presentan sus ideas

con mucho más artificio, bajo una forma oscurecida por el empleo de una terminología “nueva” destinada a conseguir que la gente ingenua las tome por la filosofía “más moderna”.¹³

Ya hemos visto que a la cuestión fundamental de la filosofía se pueden dar dos respuestas, que son totalmente opuestas, contradictorias e inconciliables. Estas dos respuestas son muy claras y no permiten ninguna confusión.

Y efectivamente, hasta más o menos 1710 el problema era planteado así: de un lado, los que afirmaban la existencia de la materia fuera de nuestro pensamiento -eran los materialistas-; del otro, aquellos que, con Berkeley, negaban la existencia de la materia y pretendían que ésta sólo existía en nosotros, en nuestro espíritu -eran los idealistas.

Pero en esta época, y con el progreso de la ciencia, intervinieron entonces otros filósofos que trataron de superar a los idealistas y los materialistas creando una corriente filosófica que sembrara la confusión entre estas dos teorías, y esta confusión tiene su fuente en la búsqueda de una tercera filosofía.

II. RAZONAMIENTO DE ESTA TERCERA FILOSOFÍA

La base de esta filosofía, que fue elaborada después de Berkeley, es que resulta inútil tratar de conocer la naturaleza real de las cosas y que nunca podremos conocer más que las apariencias.

Por eso es que esta filosofía se llama el agnosticismo (del griego a, negación, y gnosticos, capaz de conocer; es decir, “incapaz de conocer”).

Según los agnósticos, no se puede saber si el mundo es, en el fondo, espíritu o naturaleza. Nos es posible conocer la apariencia de las cosas, pero no podemos conocer la realidad.

Por ese motivo, considerando que los idealistas y los materialistas, discuten para saber si las cosas son materia o espíritu, si estas cosas existen o no fuera de nuestro pensamiento, si nos es posible conocerlas o no, los agnósticos dicen que bien se puede conocer la apariencia, pero nunca la realidad.

Nuestros sentidos -dicen ellos- nos permiten ver y sentir las cosas, conocer sus aspectos exteriores, las apariencias; por lo tanto, esas apariencias existen para nosotros; constituyen lo que en lenguaje filosófico se llama “la cosa para nosotros”. Pero no podemos conocer la cosa, independiente de nosotros, con su realidad que le es propia, lo que se llama “la cosa en sí”.

Lenin, Materialismo y Empiriocriticismo.

Los idealistas y los materialistas, que discuten continuamente sobre estos temas, son comparables a dos hombres que se pasearan por la nieve, uno con anteojos azules y el otro rosados, disputando acerca del verdadero color de aquélla. Supongamos que nunca pudieran quitarse sus anteojos. ¿Podrán llegar a conocer un día el verdadero color de la nieve?... No. ¡Y bien!: los idealistas y los materialistas que discuten para saber quiénes, de unos u otros, tiene razón, llevan anteojos azules o rosados. Nunca conocerán la realidad. Tendrán un conocimiento de la nieve “para ellos”; cada uno la verá a su modo, pero jamás conocerán la nieve “en sí misma”. Tal es el razonamiento de los agnósticos.

III. ¿DE DÓNDE PROCEDE ESTA FILOSOFÍA?

Los fundadores de esta filosofía son Hume (1711-1776), que era inglés, y Kant (1724-1804), un alemán. Ambos han tratado de conciliar el idealismo y el materialismo.

He aquí un pasaje de los razonamientos de Hume citados por Lenin en su libro Materialismo y Empiriocriticismo:

Se puede considerar evidente que los hombres son propensos, por instinto o predisposición natural, a fiarse de sus sentidos, y que sin el menor razonamiento, o incluso antes de recurrir al razonamiento, siempre suponemos la existencia de un mundo exterior, que no depende de nuestra percepción y que existiría aun cuando desapareciésemos o fuésemos destruidos nosotros y todos los otros seres dotados de sensibilidad...

Pero esta opinión universal y primaria de todos los hombres es prontamente rebatida por la más superficial filosofía, que nos enseña que a nuestra mente no puede ser nunca accesible nada más que la imagen o la percepción y que las sensaciones son tan sólo canales por los que estas imágenes son transportadas, no siendo capaces de establecer por sí mismas una relación directa entre la mente y el objeto. La mesa que vemos parece más pequeña si nos alejamos de ella, pero la mesa real, que existe independientemente de nosotros, no cambia; por consiguiente, nuestra mente no ha percibido otra cosa que la imagen de la mesa. Tales son las indicaciones evidentes de la razón.¹⁴

Vemos que Hume admite para comenzar lo que es evidente para el sentido común: la “existencia de un universo exterior” que no depende de nosotros. Pero al instante se rehusa a admitir esta existencia como una realidad objetiva. Para él, esta existencia no es nada más que una imagen, y nuestros sentidos, que comprueban esta existencia, esta imagen, son incapaces de establecer una relación cualquiera entre la mente y el objeto.

En una palabra, vivimos en medio de las cosas como en el cinematógrafo, en la pantalla del cual vemos la imagen de los objetos, su existencia, pero donde tras las mismas imágenes, es decir, detrás de la pantalla, no hay nada.

Ahora, para saber cómo tiene nuestra mente conocimiento de los objetos, esto puede ser debido

a la energía de nuestra misma inteligencia o a la acción de algún espíritu invisible y desconocido o también a alguna causa menos conocida todavía.¹⁵

IV. SUS CONSECUENCIAS

He aquí una teoría seductora que, por otra parte, se halla muy extendida. La encontramos bajo diferentes aspectos en el curso de la Historia, entre las teorías filosóficas, y en nuestros días, entre todos aquellos que pretenden “permanecer neutrales y mantenerse en una reserva científica”.

Nos es preciso, por lo tanto, examinar si esos razonamientos son justos y qué consecuencias se derivan de ello.

Si verdaderamente nos es imposible, como afirman los agnósticos, conocer la verdadera naturaleza de las cosas, y si nuestro conocimiento se limita a sus apariencias, no podemos afirmar, entonces, la existencia de la realidad objetiva y no podemos saber si las cosas existen por sí mismas. Para nosotros, por ejemplo, el ómnibus es una realidad objetiva; pero el agnóstico nos dice que eso no es seguro, que no se puede saber si ese ómnibus es un pensamiento o una realidad. Por consiguiente, él nos prohíbe sostener que nuestro pensamiento es el reflejo de las cosas. Vemos que de este modo estamos en pleno razonamiento idealista, porque, entre afirmar que las cosas no existen o bien que sencillamente no se puede saber si existen, la diferencia no es grande...

Ya hemos visto que el agnóstico distingue las “cosas para nosotros” y las “cosas en sí”. El estudio de las cosas para nosotros es por lo tanto posible: es la ciencia; pero el estudio de las cosas en sí es imposible, porque no podemos conocer lo que existe fuera de nosotros.

El resultado de este razonamiento es el siguiente: el agnóstico acepta la ciencia; cree en ella y quiere practicarla y, como no se puede hacer ciencia sino a condición de expulsar de la naturaleza toda fuerza sobrenatural, ante la ciencia él es materialista.

Pero se apresura a agregar que, como la ciencia no nos da más que apariencias, nada prueba, por otra parte, que no haya en la realidad otra cosa además de la materia, o incluso que exista la materia o que Dios no exista. La razón humana no puede saber nada y por consiguiente no tiene por qué mezclarse en eso. Si hay otros medios de conocer las “cosas en sí”, como la fe religiosa, el agnóstico no quiere saberlo tampoco y no se reconoce el derecho de discutirlo.

En cuanto a la conducción de la vida y a la construcción de la ciencia, el agnóstico es, pues, un materialista, pero un materialista que no se atreve a afirmar su materialismo y que trata ante todo de no atraerse dificultades con los idealistas, de no entrar en conflicto con las religiones. Es “un materialista vergonzante”.¹⁶

La consecuencia es que, al dudar del valor profundo de la ciencia y al no ver en ella más que ilusiones, esta tercera filosofía nos propone no atribuir ninguna veracidad a la ciencia y considerar como perfectamente inútil tratar de saber algo, de hacer avanzar el progreso.

Los agnósticos dicen: “En otra época, los hombres veían el sol como un disco chato y creían que tal era la realidad: se engañaban. Hoy, la ciencia nos dice que el sol no es tal como lo vemos y pretende explicar todo. Sin embargo, sabemos que se engaña a menudo, destruyendo un día lo que construyera la víspera. Error ayer, verdad hoy, pero error mañana. De este modo, sostienen los agnósticos, nosotros no

podemos saber, la razón no nos aporta ninguna certidumbre. Y si fuera de la razón hay otros medios que, como la fe religiosa, pretenden darnos certidumbres absolutas, ni siquiera la ciencia puede impedirnos creer en ello. Al disminuir la confianza en la ciencia, el agnosticismo prepara así el retorno de las religiones.

V. CÓMO PODEMOS REFUTAR ESTA “TERCERA” FILOSOFÍA

Hemos visto que, para probar sus afirmaciones, los materialistas se sirven no solamente de la ciencia sino también de la experiencia, que permite controlar las ciencias. Gracias al “criterio de la práctica”, se puede saber, se puede conocer las cosas.

Los agnósticos nos dicen que es imposible afirmar que el mundo exterior existe o no existe.

Pero mediante la práctica nosotros sabemos que el mundo y las cosas existen. Sabemos que las ideas que nos hacemos de las cosas son justas, que las relaciones que hemos establecido entre las cosas y nosotros son reales.

Desde el momento que sometemos esos objetos a nuestro uso, de acuerdo a las cualidades que percibimos en ellos, sometemos a una prueba infalible la corrección o la falsedad de nuestras percepciones sensibles. Si esas percepciones fueran falsas, nuestra apreciación del uso que se puede hacer de un objeto debería serlo igualmente, y nuestra tentativa debería fracasar. Pero si logramos alcanzar nuestro objetivo, si advertimos que el objeto concuerda con la idea que teníamos de él y responde al designio en el que lo hacemos entrar, ésa es una prueba positiva de que nuestras percepciones del objeto y de sus cualidades están de acuerdo con una realidad exterior a nosotros mismos, y cada vez que sufrimos un fracaso empleamos generalmente poco tiempo para descubrir la razón que nos ha hecho fracasar; nos damos cuenta de que la percepción sobre la cual nos habíamos basado para actuar era o incompleta o superficial o combinada con los resultados de otras percepciones, de manera tal que no garantizaban lo que llamamos razonamiento verdadero. En la medida en que tenemos cuidado de conducir y de utilizar convenientemente nuestros sentidos y de mantener nuestra acción de los límites prescritos por percepciones convenientemente obtenidas y convenientemente utilizadas, notamos que el resultado de nuestra acción prueba la conformidad de nuestras percepciones con la naturaleza objetiva de las cosas percibidas. En ningún caso todavía hemos debido sacar la conclusión de que nuestras percepciones sensibles científicamente controladas produzcan en nuestros espíritus ideas sobre el mundo exterior que se hallen, por su misma naturaleza, en desacuerdo con la realidad, o que haya una incompatibilidad inherente entre el mundo y las percepciones sensibles que de él tenemos.¹⁷

Retomando la frase de Engels, diremos: “la prueba del pudding, es que se lo come” (proverbio inglés). Si no existiera o no fuera más que una idea, después de haberlo comido nuestra hambre no estaría saciada en absoluto.

De este modo nos es perfectamente posible conocer las cosas, ver si nuestras ideas corresponden a la realidad. Nos es posible controlar los datos de la ciencia por la experiencia y la industria, que traducen en aplicaciones prácticas los resultados teóricos de las ciencias. Si podemos hacer caucho sintético, es porque la ciencia conoce la “cosa en sí” que es el caucho.

Por consiguiente, vemos que no es inútil tratar de saber quién tiene razón, puesto que a pesar de los errores teóricos que la ciencia puede cometer, la experiencia nos proporciona en cada ocasión la prueba de que indudablemente es la ciencia la que tiene razón.

VI. CONCLUSIÓN

Desde el siglo XVIII, entre los diferentes pensadores que han sido influenciados en mayor o menor medida por el agnosticismo, vemos que esta filosofía es atraída tanto por el idealismo como por el materialismo. Cubriéndose con palabras nuevas, como dice Lenin, pretendiendo incluso servirse de la ciencia para apuntalar sus razonamientos, no hacen más que crear la confusión entre las dos teorías, permitiendo así a algunos tener una filosofía cómoda, que les da la posibilidad de declarar que no son idealistas porque se sirven de la ciencia, pero que no son tampoco materialistas, porque no se atreven a ir hasta el fin de sus argumentos, porque no son consecuentes:

¿Qué es el agnosticismo, entonces -dice Engels-sino... un materialismo “vergonzante”? La concepción agnóstica de la naturaleza es completamente materialista. El mundo natural es regido enteramente por leyes y excluye absolutamente toda intervención exterior. Pero, agrega aquélla, nosotros no tenemos ningún medio para afirmar o negar la existencia de algún ser supremo más allá del universo conocido.¹⁸

Por lo tanto, esta filosofía hace el juego del idealismo y, al fin de cuentas, puesto que son inconsecuentes en sus razonamientos, los agnósticos desembocan en el idealismo. “Rasquen al agnóstico, dice Lenin, y encontrarán al idealista.”

Hemos visto que se puede saber quién tiene razón: si el idealismo o el materialismo.

Vemos ahora que las teorías que pretenden conciliar esas dos filosofías no pueden, de hecho, sino sostener al idealismo, que no aportan una tercera respuesta a la cuestión fundamental de la filosofía y que, en consecuencia, no hay tercera filosofía.

LECTURAS

Lenin, Materialismo y Empiriocriticismo.

Friedrich Engels, Ludwig Feuerbach.

Friedrich Engels, Estudios filosóficos.

Friedrich Engels, Estudios filosóficos.

PREGUNTAS DE CONTROL

Introducción

¿Qué importancia presenta el estudio de la filosofía para el militante obrero?

¿Qué importancia más particular presenta para él el estudio del materialismo dialéctico?

Capítulo primero

¿Cuál es el problema fundamental de la filosofía?

Explicar y corregir la confusión corriente a la que dan lugar las palabras idealismo y materialismo.

Capítulo segundo

¿Cuáles son los principales argumentos idealistas?

Capítulo tercero

¿Cuáles son los puntos de oposición entre el idealismo y el materialismo?

Capítulo cuarto

¿Qué hay que responder a los que pretenden que el mundo no existe más que en nuestro pensamiento?

Capítulo quinto

¿Entre el materialismo y el idealismo hay sitio para una tercera filosofía?

SEGUNDA PARTE EL MATERIALISMO FILOSÓFICO CAPITULO PRIMERO LA MATERIA Y LOS MATERIALISTAS

Después de haber definido:

Ante todo, las ideas comunes a todos los materialistas, luego los argumentos de todos los materialistas contra los filósofos idealistas y, finalmente, el error del agnosticismo, vamos a extraer las consecuencias de estas enseñanzas y a reforzar los argumentos materialistas aportando nuestras respuestas a las dos preguntas siguientes:

1° ¿Qué es la materia?

2° ¿Qué significa ser materialista?

I. ¿QUÉ ES LA MATERIA?

Importancia de la cuestión. - Cada vez que tenemos un problema a resolver, debemos plantear las cuestiones muy claramente. De hecho, en este caso no es tan sencillo dar una respuesta satisfactoria. Para conseguirlo, debemos hacer una teoría de la materia.

En general, la gente piensa que la materia es lo que se puede tocar, lo que es resistente y duro. En la antigüedad griega, así era como se definía la materia.

Hoy, gracias a las ciencias, sabemos que esto no es exacto.

II. TEORÍAS SUCESIVAS DE LA MATERIA

(Nuestro objetivo es pasar revista lo más sencillamente posible a las diversas teorías relativas a la materia, sin entrar en explicaciones científicas.)

En Grecia, se creía que la materia era algo duro, que no podía dividirse infinitamente. Llegó un momento -se decía- en que los trozos ya no son divisibles; y se llamó a esas partículas los átomos (lo que quiere decir indivisibles). Por lo tanto, una mesa es un conglomerado de átomos. Se pensaba también que estos átomos eran diferentes unos de otros: había átomos lisos y redondos, como los del aceite, otros rugosos y encorvados como los del vinagre.

Demócrito, un materialista de la antigüedad, fundamentó esta teoría: él fue el primero que trató de dar una explicación materialista del mundo. Pensaba, por ejemplo, que el cuerpo humano estaba compuesto por átomos groseros, que el alma era un conglomerado de átomos más finos y, como admitía la existencia de los dioses y sin embargo quería explicar todo como un materialista, afirmaba que los mismos dioses estaban compuestos por átomos extra finos.

Desde la antigüedad, pues, los hombres han tratado de explicar qué es la materia.

La Edad Media no aportó nada verdaderamente nuevo a la teoría de los átomos elaborada por los griegos. Recién en el siglo XIX se modifica profundamente esta teoría.

Se continuaba pensando que la materia se dividía en átomos, que estos últimos eran partículas muy duras que se atraían unas a otras. Se había abandonado la teoría de los griegos, y esos átomos ya no eran encorvados o lisos, pero se continuaba sosteniendo que eran duros, indivisibles y experimentaban un movimiento de atracción los unos hacia los otros.

Posteriormente; el progreso permitió a las ciencias aportar precisiones e ir más adelante en la explicación de la materia. Hoy se demuestra que el átomo es aproximadamente un centro alrededor del cual gravita un pequeño sistema de planetas que llevan pequeñas cargas eléctricas. El mismo centro o núcleo del átomo es complejo y de estructura muy variada. La materia es un conglomerado de esos átomos y si nuestra mano posada sobre la mesa siente una resistencia, es que la mano recibe un número incalculable de choques, procedentes de esos pequeños sistemas que son los átomos.

A esta nueva teoría moderna de explicación de la materia, teoría confirmada por experiencias científicas, los idealistas le han reprochado: ¡Ya no hay materia dura! ¡En consecuencia, ya no hay materia! ¡Los materialistas que basan su filosofía en la existencia de la materia ya no tienen pruebas! ¡ La materia se ha desvanecido!

Hay que reconocer que esta manera de argumentar ha tenido cierto éxito, puesto que incluso ciertos marxistas, lo que es decir materialistas, han sido sacudidos en sus convicciones. Pero hablar de la supresión de la materia es oscurecer el problema, cuando en realidad se están aportando precisiones sobre su composición.

Lo que importa, lo necesario, es ver

III. QUÉ ES LA MATERIA PARA LOS MATERIALISTAS

A este respecto, es indispensable hacer una distinción: se trata de ver ante todo

¿Qué es la materia?

y después

¿Cómo es la materia?

La respuesta que dan los materialistas a la primera pregunta es que la materia es una realidad exterior, independiente del espíritu, y que no necesita del espíritu para existir. Lenin dice a este respecto:

La noción de materia sólo expresa la realidad objetiva que nos es dada en la sensación.¹⁹

Ahora, a la segunda pregunta: “¿Cómo es la materia?”, los materialistas dicen: “No nos corresponde contestar a nosotros, sino a la ciencia.”

La primera respuesta es invariable desde la antigüedad hasta nuestros días.

La segunda respuesta ha variado y debe variar porque depende de las ciencias, del estado de los conocimientos humanos. No es una respuesta definitiva.

Vemos que es absolutamente indispensable plantear bien el problema y no dejar que los idealistas mezclen las dos cuestiones. Es preciso separarlas bien, mostrar que la primera es la principal y que nuestra respuesta a ese respecto es desde siempre invariable.

Porque la única “propiedad” de la materia cuya admisión define el materialismo filosófico es la de ser una realidad objetiva, de existir fuera de nuestra conciencia.²⁰

IV. EL ESPACIO, EL TIEMPO, EL MOVIMIENTO Y LA MATERIA

Si afirmamos, porque lo comprobamos, que la materia existe fuera de nosotros, precisamos

también:

Que la materia existe en el tiempo y en el espacio.

Que la materia está en movimiento.

Los idealistas piensan que el espacio y el tiempo son ideas en nuestro espíritu (Kant fue el primero en sostenerlo). Para ellos, el espacio es una forma que nosotros damos a las cosas, el espacio nace del espíritu del hombre. Lo mismo ocurre con el tiempo.

Los materialistas afirman, por el contrario, que el espacio no está en nosotros, sino que nosotros estamos en el espacio. Afirman también que el tiempo es una condición indispensable al desarrollo de nuestra vida; y que en consecuencia, es en el tiempo y en el espacio que lo que existe fuera de nuestro pensamiento -la materia- existe.

...Las formas esenciales de todo ser son el espacio y el tiempo, y un ser fuera del tiempo es un absurdo tan grande como un ser fuera del espacio.²¹

Por consiguiente, pensamos que hay una realidad independiente de la conciencia. Creemos que el mundo ha existido antes de nosotros y que continuará existiendo después de nosotros. Creemos que para existir el mundo no tiene necesidad de nosotros. Estamos persuadidos de que París ha existido antes de nuestro nacimiento y que a menos de ser definitivamente arrasado existirá después de nuestra muerte. Estamos seguros de que París existe, incluso aunque no pensemos en él, del mismo modo que hay decenas de millones de ciudades que no hemos visitado nunca, de las que ni siquiera conocemos el nombre y que sin embargo existen. Tal es la convicción general de la humanidad. Las ciencias han permitido dar a este argumento una precisión y una solidez que reducen a nada todas las triquiñuelas idealistas.

Las ciencias naturales afirman positivamente que la tierra existió en estados tales que ni el hombre ni ningún ser viviente la habitaban ni podían habitarla. La materia orgánica es un fenómeno tardío, el producto de una evolución muy larga.²²

Si las ciencias nos proporcionan, pues, la prueba de que la materia existe en el tiempo y en el espacio, al mismo tiempo nos enseñan que la materia está en movimiento. Esta última precisión, proporcionada por las ciencias modernas, es muy importante, porque destruye la vieja teoría según la cual la materia sería incapaz de movimiento, inerte.

El movimiento es el modo de existencia, la manera de ser de la materia... La materia sin movimiento es tan inconcebible como el movimiento sin materia.²³

Sabemos que en su estado actual el mundo es el resultado, en todos los terrenos, de una larga evolución y, en consecuencia, el resultado de un movimiento lento pero continuo. Establecemos pues, luego de haber demostrado la existencia de la materia, que

el universo no es más que materia en movimiento, y esta materia en movimiento no puede moverse de otro modo que en el espacio y en el tiempo.²⁴

V. CONCLUSIÓN

De estas comprobaciones resulta que la idea de Dios, la idea de un “puro espíritu” creador del universo no tiene sentido, porque: un Dios fuera del espacio y del tiempo es algo que no puede existir.

Hay que albergar la mística idealista y en consecuencia no admitir ningún control científico, para creer en un Dios existente fuera del tiempo, es decir, no existente en ningún momento y existente fuera del espacio, es decir, no existente en ninguna parte.

Fortalecidos por las conclusiones de las ciencias, los materialistas afirman que la materia existe en el espacio y en un cierto momento (en el tiempo). En consecuencia, el universo no ha podido ser creado, porque para poder crear el mundo Dios hubiera necesitado un momento que no ha sido en ningún momento (puesto que para Dios el tiempo no existe) y hubiera sido necesario también que el mundo surgiera de la nada.

Para admitir la creación, por consiguiente, es preciso admitir ante todo que hay un momento en que el universo no existía, luego que de nada ha surgido algo, lo que la ciencia no puede admitir.

Vemos que al ser confrontados con las ciencias, los argumentos idealistas no pueden mantenerse, mientras que los de los filósofos materialistas no pueden ser separados de las mismas ciencias. Subrayamos así, una vez más, las relaciones íntimas que unen al materialismo y las ciencias.

LECTURAS

Friedrich Engels, Anti-Dühring.

Lenin, Materialismo y Empiriocriticismo, cap. III.

CAPITULO SEGUNDO ¿QUÉ SIGNIFICA SER MATERIALISTA?

I. UNIÓN DE LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA

El estudio que realizamos tiene por fin hacer conocer lo que es el marxismo, ver cómo la filosofía del materialismo, al volverse dialéctica, se identifica con el marxismo. Ya sabemos que uno de los fundamentos de esta filosofía es la relación estrecha entre la teoría y la práctica.

Por eso, después de haber visto qué es la materia para los materialistas y luego cómo es la materia, es indispensable decir, tras estas dos cuestiones teóricas, qué significa ser materialista, es decir, cómo actúa el materialista. Es el lado práctico de estos problemas.

La base del materialismo es el reconocimiento del ser como creador del pensamiento. ¿Pero basta con repetir continuamente esto? Para ser un verdadero partidario del materialismo hay que serlo: 1) en el campo del pensamiento; 2) en el campo de la acción.

II. ¿QUÉ SIGNIFICA SER PARTIDARIO DEL MATERIALISMO EN EL CAMPO DEL PENSAMIENTO?

Ser partidario del materialismo en el campo del pensamiento es -conociendo la fórmula fundamental del materialismo: el ser produce el pensamiento- saber cómo se puede aplicar esta fórmula.

Cuando decimos: el ser produce el pensamiento, tenemos una fórmula abstracta, porque las palabras ser y pensamiento son palabras abstractas. Al decir el "ser", se trata del ser en general; al decir el "pensamiento", se quiere hablar del pensamiento en general. El ser, así como el pensamiento en general, constituyen una realidad subjetiva (ver en la primera parte, cap. IV, la explicación de la realidad subjetiva y la realidad objetiva); esto no existe; es lo que se llama una abstracción: Decir: "el ser produce el pensamiento" es por consiguiente una fórmula abstracta, ya que está compuesta por abstracciones.

Así, por ejemplo: conocemos bien a los caballos, pero si hablamos del caballo, queremos hablar del caballo en general; y bien: el caballo en general, es una abstracción.

Si en lugar del caballo ponemos al hombre o al ser en general, también se trata de abstracciones.

Pero si el caballo en general no existe, ¿qué existe entonces? Los caballos en particular. El veterinario que dijera: "Estoy cuidando a un caballo en general pero no a un caballo en particular", haría que se rieran de él; de igual modo el médico que dijera una cosa semejante con respecto a los hombres.

Por consiguiente, el ser en general no existe, pero existen seres particulares, que tienen cualidades particulares. Lo mismo ocurre con el pensamiento.

Por lo tanto diremos que el ser en general es algo abstracto, y que el ser en particular es algo concreto; y lo mismo con respecto al pensamiento en general y al pensamiento en particular.

El materialista es aquel que sabe reconocer en todas las situaciones, que sabe concretar, dónde está el ser y dónde está el pensamiento.

Ejemplo: el cerebro y nuestras ideas.

Debemos saber aplicar la fórmula general abstracta en una fórmula concreta. El materialista identificará al cerebro, pues, como el ser y a nuestras ideas como el pensamiento. Razonará diciendo: el cerebro (el ser) es el que produce nuestras ideas (el pensamiento). Este es un ejemplo sencillo, pero tomemos el ejemplo más complejo de la sociedad humana y veamos cómo razonará un materialista.

La vida de la sociedad está compuesta (a grandes rasgos) de una vida económica y una vida política. ¿Cuáles son las relaciones entre la vida económica y la vida política? ¿Cuál es el factor primero de esta fórmula abstracta que queremos convertir en una fórmula concreta?

Para el materialista, el factor primero, es decir, el ser, el que da vida a la sociedad, es la vida económica. El factor segundo, el pensamiento que es creado por el ser, que sólo puede vivir a causa de él, es la vida política.

Por consiguiente, el materialista dirá que la vida económica explica la vida política, puesto que la vida política es un producto de la vida económica.

Esta comprobación, hecha aquí en forma somera, está en la raíz de lo que se llama el materialismo histórico y ha sido establecida por vez primera por Marx y Engels.

He aquí otro ejemplo más delicado: es cierto que para “explicar” al poeta hay que tener en cuenta numerosos elementos, pero aquí queremos mostrar un aspecto de esta cuestión.

Generalmente se dirá que el poeta escribe porque es impulsado por la inspiración. ¿Es suficiente eso para explicar por qué el poeta escribe esto en lugar de aquello? No. Ciertamente el poeta tiene ideas en su cabeza, pero también es un ser que vive en la sociedad. Veremos que el factor primero, el que da su vida propia al poeta, es la sociedad, puesto que el factor segundo son las ideas que el poeta tiene en su cerebro. En consecuencia, uno de los elementos, el elemento fundamental, que “explica” al poeta, será la sociedad, es decir, el medio en que él vive en esta sociedad. (Volveremos a tomar al “poeta” cuando estudiemos la dialéctica, porque entonces contaremos con todos los elementos para estudiar bien este problema).

Por estos ejemplos, vemos que el materialista es aquel que sabe aplicar por doquiera y siempre, en cada momento y en todos los casos, la fórmula del materialismo. Actuar así es la única manera de ser consecuente.

III. ¿CÓMO SER MATERIALISTA EN LA PRÁCTICA?

1. Primer aspecto de la cuestión

Hemos visto que no hay tercera filosofía y que si no se es consecuente en la aplicación del materialismo, o bien se es idealista o bien se obtiene una mezcla de idealismo y de materialismo.

En sus estudios y en sus experiencias, el sabio burgués es siempre materialista. Esto es normal porque, para hacer avanzar la ciencia, hay que trabajar con la materia, y si el sabio pensara verdaderamente que la materia no existe más que en su mente, consideraría inútil hacer experiencias.

Por lo tanto, hay distintas variedades de sabios:

Los sabios que son materialistas conscientes y consecuentes, como en la U.R.S.S., y que también existen en otros países socialistas o capitalistas.

Los sabios que son materialistas sin saberlo: es decir, casi todos, porque es imposible dedicarse a la ciencia sin plantearse la existencia de la materia. Pero entre estos últimos, hay que distinguir:

a) Los que comienzan a seguir al materialismo, pero que se detienen, porque no se atreven a llamarse tales: son los agnósticos, aquellos a los que Engels llama “materialistas vergonzantes”.

b) Luego, los sabios materialistas sin saberlo e inconsecuentes. Son materialistas en el laboratorio pero después, al dejar su trabajo, son idealistas, creyentes, religiosos.

De hecho, éstos últimos no han sabido o querido poner orden en sus ideas. Están en perpetua contradicción consigo mismos. Separan sus trabajos, forzosamente materialistas, de sus concepciones filosóficas. Son “sabios” y sin embargo, aunque no nieguen expresamente la existencia de la materia, piensan, lo que es poco científico, que es inútil conocer la naturaleza real de las cosas. Son “sabios” y sin embargo creen sin ninguna prueba en cosas imposibles. (Ver el caso de Pasteur, de Branly y de otros que eran creyentes, mientras que el sabio, si es consecuente, debe abandonar su creencia religiosa). Ciencia y creencia se oponen absolutamente.

2. Segundo aspecto de la cuestión

El materialismo y la acción: Si es cierto que el verdadero materialista es aquel que aplica la fórmula situada en la base de esta filosofía por doquiera y en todos los casos, debe prestar atención, para aplicarla bien.

Como acabamos de verlo, es preciso ser consecuente y, para ser un materialista consecuente, hay que trasponer el materialismo a la acción.

Ser materialista en la práctica, significa actuar de conformidad con la filosofía tomando por factor primero y más importante la realidad, y por factor segundo el pensamiento.

Vamos a ver qué actitudes toman aquellos que, sin sospecharlo, toman como factor primero al pensamiento y por lo tanto son ese momento idealistas sin saberlo.

¿Cómo se denomina a aquél que vive como si estuviera solo en el mundo?: individualista. Vive replegado sobre sí mismo: el mundo exterior no existe más que para él solo. Para él, lo importante es él, su pensamiento. Es un idealista puro, o lo que se llama un solipsista. (Ver la explicación de esta palabra en la primera parte, cap. II).

El individualista es egoísta, y ser egoísta no es una actitud materialista. El egoísta toma el mundo para él y limita el mundo a sí mismo.

El que aprende por el placer de aprender, a lo “dilettante”, para sí, que asimila bien, no tiene dificultades, pero guarda eso para sí solo. Otorga una importancia principal a sí mismo, a su pensamiento.

El idealista se cierra al mundo exterior, a la realidad. El materialista está siempre abierto a la realidad; por eso aquéllos que siguen cursos de marxismo y aprenden fácilmente deben tratar de transmitir lo que han aprendido.

Aquel que razona sobre todas las cosas con relación a sí mismo sufre una deformación idealista.

Dirá, por ejemplo, de una reunión donde se han manifestado cosas desagradables para él: “Fue una mala reunión”. No es así como se deben analizar las cosas; hay que juzgar la reunión en relación con la organización, con sus fines, y nó con relación a uno mismo.

El sectarismo tampoco es una actitud materialista. Como el sectario ha comprendido los problemas y está de acuerdo consigo mismo, pretende que los otros deben ser como él. También esto significa dar la importancia principal a uno mismo o a una secta.

El doctrinario que ha estudiado los textos y extraído definiciones, también es un idealista cuando se contenta con citar textos materialistas, cuando vive solamente con sus textos, porque entonces el mundo real desaparece. Repite esas fórmulas sin aplicarlas a la realidad. Da importancia primordial a los textos, a las ideas. La vida se desarrolla en su conciencia bajo forma de textos y, en general, se comprueba que el doctrinario es también un sectario.

Crear que la revolución es una cuestión de educación, decir que explicando “de una buena vez” a los obreros la necesidad de la revolución ellos deben comprender y que, si no quieren comprender, no vale la pena tratar de hacer la revolución, eso es sectarismo y no una actitud materialista.

Debemos comprobar los casos en que la gente no comprende; indagar por qué ocurre eso, tener en cuenta la represión, la propaganda de los diarios burgueses, radio, cine, etc., y buscar todos los medios posibles para hacer comprender lo que queremos, por medio de las octavillas o volantes, los folletos, los periódicos, las escuelas, etc.

No tener el sentido de la realidad, vivir en la luna y prácticamente, hacer proyectos sin tener absolutamente en cuenta las situaciones y las realidades, es una actitud idealista que otorga la importancia principal a hermosos proyectos sin comprobar si son o no realizables. Aquellos que critican continuamente, pero nada hacen para que las cosas vayan mejor y no proponen ningún remedio, aquellos que carecen de sentido crítico hacia sí mismos, todos ellos son materialistas no consecuentes.

IV. CONCLUSIÓN

A través de estos ejemplos, vemos que los defectos que se pueden comprobar en mayor o menor medida en cada uno de nosotros, son defectos idealistas. Se producen porque separamos la práctica de la teoría y porque la burguesía que nos ha influenciado quiere que no concedamos importancia a la realidad. Para ella, que sostiene el idealismo, la teoría y la práctica son dos cosas completamente diferentes y sin ninguna vinculación. Por consiguiente, esos defectos son perjudiciales y debemos combatirlos, porque al fin de cuentas benefician a la burguesía. En resumen, debemos comprobar que tales defectos, engendrados en nosotros por la sociedad, por las bases teóricas de nuestra educación y de nuestra cultura, arraigados en nuestra infancia, son obra de la burguesía, y que debemos desembarazarnos de ellos.

CAPÍTULO TERCERO HISTORIA DEL MATERIALISMO

Hasta aquí hemos estudiado lo que es el materialismo en general y cuáles son las ideas comunes a todos los materialistas. Ahora vamos a ver cómo ha evolucionado desde la antigüedad para culminar en el materialismo moderno. En resumen, vamos a exponer rápidamente la historia del materialismo.

No tenemos la pretensión de explicar en tan pocas páginas los 2.000 años de historia del materialismo; sencillamente queremos dar indicaciones generales que guiarán las lecturas.

Para estudiar bien esta historia, aunque sea en forma somera, es indispensable ver en cada instante por qué las cosas se desarrollaron de ese modo. Es preferible omitir ciertos nombres históricos a dejar de aplicar este método. Pero aunque no queremos atiborrar el cerebro de nuestros lectores, pensamos que es necesario nombrar en el orden histórico a los principales filósofos materialistas más o menos conocidos por ellos.

Por eso, para simplificar el trabajo, vamos a consagrar estas primeras páginas al aspecto puramente histórico, y luego, en la segunda parte de este capítulo, veremos por qué la evolución del materialismo ha debido experimentar esta forma de desarrollo.

I. NECESIDAD DE ESTUDIAR ESTA HISTORIA

A la burguesía no le gusta la historia del materialismo y por eso esta historia, enseñada en los libros burgueses, es totalmente incompleta y siempre falsa. Se emplean diversos procedimientos de falsificación.

1. No pudiendo ignorar a los grandes pensadores materialistas, se los nombra hablando de todo lo que han escrito, salvo de sus estudios materialistas, y se olvida decir que son filósofos materialistas.

Hay muchos de estos casos de olvido en la historia de la filosofía tal como se enseña en los liceos y en la Universidad, y citaremos como ejemplo a Diderot, que fue el más grande pensador materialista antes de Marx y Engels.

En el curso de la Historia hubo numerosos pensadores que fueron materialistas sin saberlo o inconsecuentes. Es decir que en algunos de sus escritos eran, materialistas pero en otros idealistas: por ejemplo, Descartes.

Pero la historia escrita por la burguesía deja en la sombra todo lo que en estos pensadores ha no solamente influenciado al materialismo, sino también dado nacimiento a toda una corriente de esta filosofía.

3. Además, si estos dos procedimientos de falsificación no consiguen tergiversar a ciertos autores, entonces se los escamotea pura y simplemente.

De este modo se enseña la historia de la literatura y de la filosofía del siglo XVIII “ignorando” a D'Holbach y a Helvetius, que fueron grandes pensadores de esta época.

¿Por qué ocurre esto? Porque la historia del materialismo es particularmente instructiva para conocer y comprender los problemas del mundo; y también porque el desarrollo del materialismo es funesto para las ideologías que sostienen los privilegios de las clases dominantes.

Estas son las razones por las cuales la burguesía presenta al materialismo como una doctrina que no ha cambiado, que no se ha renovado desde hace veinte siglos, cuando por el contrario el materialismo es una cosa viviente y siempre en movimiento.

Así como el idealismo pasó por toda una serie de fases de desarrollo, lo mismo ocurrió con el materialismo. Con cada descubrimiento que hizo época en el campo de las ciencias naturales, tuvo que modificar su forma.²⁵

Ahora comprendemos mejor la necesidad de estudiar, aunque sea en forma somera, esta historia del materialismo. Para hacerlo debemos distinguir dos períodos: 1° desde los orígenes (antigüedad griega) hasta Marx y Engels; 2° desde el materialismo de Marx y Engels hasta nuestros días. (Estudiaremos esta segunda parte con el materialismo dialéctico).

Llamamos al primer período “materialismo pre-marxista” y al segundo “materialismo dialéctico”.

II. EL MATERIALISMO PRE-MARXISTA

1. La antigüedad griega

Recordemos que el materialismo es una doctrina que estuvo siempre ligada a las ciencias, que evolucionó y progresó con las ciencias. Cuando en la antigüedad griega, en los siglos VI y V antes de nuestra era, las ciencias comienzan a manifestarse con los “físicos”, se forma en esos momentos una corriente materialista que atrae a los mejores pensadores y filósofos de la época (Tales, Anaxímenes, Heráclito). Esos primeros filósofos serán, como dijo Engels, “naturalmente dialécticos”. Sintieronse impresionados por el hecho de que por doquiera se encuentra el movimiento, el cambio, y que las cosas no están aisladas, sino íntimamente vinculadas una a otras...

Heráclito, a quien se llama el “padre de la dialéctica”, decía:

Nada está inmóvil; todo fluye; nunca nos bañamos dos veces en el mismo río, porque nunca es en dos instantes sucesivos el mismo; de un instante al otro, ha cambiado; se ha convertido en otro.

Heráclito es el primero que trata de explicar el movimiento, el cambio, y que ve en la contradicción las razones de la evolución de las cosas.

Las concepciones de esos primeros filósofos eran justas, y sin embargo han sido abandonadas porque tenían el defecto de ser formuladas a priori, es decir, porque el estado de las ciencias en esta época no permitía probar lo que ellos anticipaban. Por otra parte, no se habían realizado todavía las condiciones sociales necesarias para el florecimiento de la dialéctica (más adelante veremos cuáles son).

Sólo mucho más tarde, en el siglo XIX, se crearán las condiciones (sociales e intelectuales) que permiten a la ciencia probar la exactitud de la dialéctica.

Otros pensadores griegos han tenido concepciones materialistas: Leucipo (siglo V antes de nuestra era), que fue el maestro de Demócrito, ya había discutido el problema de los átomos, cuya teoría como ya hemos visto fue establecida por este último.

Epicuro (341-270 antes de nuestra era), discípulo de Demócrito, ha sido completamente tergiversado por la historia burguesa, que nos lo representa como a un vulgar “cerdo filosófico”; para la historia oficial, ser epicúreo es ser un vividor, mientras que por el contrario Epicuro, en la vida, era un asceta. Esta mala reputación se debe simplemente al hecho de que era materialista...

Lucrecio (siglo I antes de nuestra era), discípulo latino de Epicuro, compuso un largo poema sobre La Naturaleza. Escribió allí que si la humanidad es desgraciada, es porque la religión ha enseñado a los hombres que después de la muerte el alma vivía aún y que podía sufrir eternamente.

Friedrich Engels, L. Feuerbach.

Es este miedo, pues, lo que impide a los hombres ser felices en la tierra. Es preciso librarlos de ese terror, y la única teoría capaz de conseguirlo es el materialismo epicúreo.

Todos esos filósofos tenían conciencia de que la filosofía materialista estaba ligada a la suerte de la humanidad, y comprobamos ya entonces, de su parte, una oposición a la teoría oficial: oposición entre el idealismo y el materialismo.

Pero un gran pensador domina la Grecia antigua: es Aristóteles, que era más bien idealista. Su influencia fue considerable. Y por eso debemos citarlo muy especialmente. Él estableció el inventario de los conocimientos humanos de esa época, colmando las lagunas creadas por las ciencias nuevas. Espíritu universal, escribió numerosos libros sobre todos los temas. Por la universalidad de su saber, del cual no se ha retenido más que las tendencias idealistas descuidando sus aspectos materialistas y científicos, tuvo sobre las concepciones filosóficas una influencia considerable hasta fines de la Edad Media, es decir, durante veinte siglos.

Durante todo este período, por consiguiente, se ha seguido la tradición antigua, y solo se pensaba a través de Aristóteles. Una represión salvaje se desataba contra aquellos que pensaban de otro modo. A pesar de todo, hacia fines de la Edad Media se entabló una lucha entre los idealistas que negaban la materia y aquellos que pensaban que existía una realidad material.

En los siglos XI y XII esta disputa continuó a la vez en Francia y sobre todo en Inglaterra.

Al comienzo, el materialismo se desarrolla principalmente en este último país. Marx ha dicho:

El materialismo es el verdadero hijo de Gran Bretaña.²⁶

Un poco más tarde, es en Francia donde florecerá el materialismo. En todo caso, vemos que en los siglos XV y XVI se manifiestan dos corrientes: una, el materialismo inglés, otra el materialismo francés, cuya conjunción contribuirá al prodigioso florecimiento del materialismo en el siglo XVIII.

2. El materialismo inglés

El verdadero antepasado del materialismo inglés y de toda ciencia experimental moderna es Bacon. Las ciencias físicas y naturales constituyen a sus ojos la verdadera ciencia, y la física concreta es su parte principal.²⁷

Bacon es célebre como fundador del método experimental en el estudio de las ciencias. Para él, lo importante es estudiar la ciencia en el “gran libro de la naturaleza”, y esto es particularmente interesante en una época en que se estudia la ciencia en los libros que Aristóteles había dejado algunos siglos antes.

He aquí cómo se procedía, por ejemplo, para estudiar la física: sobre un cierto tema se tomaban los pasajes escritos por Aristóteles; luego se tomaban los libros de Santo Tomás de Aquino, que era un gran teólogo, y se leía lo que este último había escrito sobre el pasaje de Aristóteles. El profesor no hacía comentarios personales, decía aún menos de lo que pensaba, pero se refería a una tercera obra que repetía a Aristóteles y a Santo Tomás. Esta era la ciencia de la Edad Media, a la que se llama la escolástica: era una ciencia libresca.

Contra esta escolástica, contra esta ciencia estancada reaccionó Bacon llamando a estudiar en el “gran libro de la naturaleza”.

En esta época se planteaba una cuestión:

¿De dónde vienen nuestras ideas? ¿De dónde vienen nuestros conocimientos? Cada uno de nosotros tiene ideas, la idea de casa, por ejemplo. Esta idea nos viene porque hay casas, dicen los materialistas. Los idealistas piensan que es Dios quien nos da la idea de casa. Por su parte, Bacon decía justamente que la idea sólo existía porque se veían o se tocaban las cosas, pero todavía no podía demostrarlo.

Fue Locke (1632-1704) el que emprendió la tarea de demostrar cómo las ideas provienen de la experiencia. Mostró que todas las ideas vienen de la experiencia y que únicamente la experiencia nos da las ideas. La idea de la primera mesa sobrevino al hombre antes de que ésta existiera porque, por experiencia, él se servía ya de un tronco de árbol o de una piedra como mesa.

Con las ideas de Locke, el materialismo inglés pasa a Francia en la primera mitad del siglo XVIII porque, mientras esta filosofía se desarrollaba de una manera particular en Inglaterra, en aquel país se había formado una corriente materialista.

3. El materialismo en Francia

Se puede situar a partir de Descartes (1596-1650) el nacimiento en Francia de una corriente netamente materialista. Descartes ha tenido una gran influencia sobre esta filosofía, ¡pero en general no se habla de ello!

En esta época, en que la ideología feudal estaba muy viva, hasta en las ciencias, en que se estudiaba de la manera escolástica que ya hemos visto, Descartes entra en lucha contra este estado de hecho.

La expresión simple de la ideología feudal es ese razonamiento según el cual hay dos clases de gente: los nobles y los que no lo son. Los nobles tienen todos los derechos, los otros ninguno. Se aplicaba este mismo razonamiento a las ciencias, o sea, que únicamente aquellos que por su nacimiento tenían una posición privilegiada, tenían el derecho de ocuparse de las ciencias. ¡Únicamente ellos eran capaces de comprender los problemas!

Descartes luchó, pues, contra ese razonamiento y dijo a este respecto: “El buen sentido es la cosa mejor compartida en el mundo”. En consecuencia, todo el mundo tiene los mismos derechos ante la ciencia. Y si él hace, por ejemplo, una buena crítica de la medicina de su tiempo (El enfermo imaginario, de Molière, es un eco de las críticas de Descartes), es porque quiere hacer una ciencia que sea una ciencia verdadera, basada en el estudio de la naturaleza, rechazando aquella enseñada hasta entonces, en que Aristóteles y Santo Tomás eran los únicos “argumentos”.

Descartes vivió al comienzo del siglo XVII; en el siglo siguiente iba a estallar la Revolución y por eso se puede decir de él que sale de un mundo que va a desaparecer para entrar en un mundo nuevo, en aquel que va a nacer. Esta posición hace que Descartes sea un conciliador; quiere crear una ciencia materialista y, al mismo tiempo, es idealista, porque quiere salvar la religión.

Cuando en su época se preguntaba: ¿Por qué hay animales que viven?, se respondía siguiendo las respuestas ya confeccionadas de la teología: porque hay un principio que los hace vivir. Por el contrario, Descartes sostenía que si los animales viven, es porque son materia. El creía y afirmaba, por otra parte, que los animales no son más que máquinas de carne y músculos, como las otras máquinas son de hierro y madera. Incluso pensaba que las unas y las otras no tenían sensaciones, y cuando, en la Abadía de Port-Royal, durante las jornadas de estudio, hombres que invocaban su filosofía pinchaban a perros, decían: “¡Qué bien hecha está la naturaleza, se diría que sufren!...”

Para Descartes, el materialista, los animales eran, pues, máquinas. Pero el hombre es diferente, porque tiene un alma, decía Descartes, el idealista...

De las ideas desarrolladas y defendidas por Descartes van a nacer, por una parte, una corriente filosófica netamente materialista y, por otra parte, una corriente idealista.

Entre aquellos que continúan la rama cartesiana materialista, retendremos el nombre de La Mettrie (1709-1751). Retomando esa tesis del animal-máquina, él la extiende hasta el hombre. ¿Por qué no sería éste una máquina?... Él ve la misma alma humana como una mecánica en que las ideas serían movimientos mecánicos.

En esta época penetra en Francia, con las ideas de Locke, el materialismo inglés. De la conjunción de estas dos corrientes va a nacer un materialismo más evolucionado. Este será

4. El materialismo del siglo XVIII

Este materialismo fue defendido por filósofos que también supieron ser luchadores y escritores admirables; criticando continuamente las instituciones sociales y la religión, aplicando la teoría a la práctica y siempre en lucha contra el poder, fueron a veces encerrados en la Bastilla.

Son ellos los que reunieron sus trabajos en la gran Enciclopedia, en la que fijan la nueva orientación del materialismo. Por otra parte tuvieron una gran influencia, puesto que esta filosofía era, como dijo Engels, “la convicción de toda la juventud culta”.

Incluso en la historia de la filosofía en Francia, ésta fue la única época en que una filosofía que tenía un carácter francés se volvió verdaderamente popular.

Diderot, nacido en Langres en 1713, muerto en París en 1784, domina todo ese movimiento. Lo que debe decirse ante todo, y que la historia burguesa no dice, es que fue antes de Marx y Engels el más grande pensador materialista. Diderot, dijo Lenin, llega casi a las conclusiones del materialismo contemporáneo (dialéctico).

Fue un verdadero militante; siempre en batalla contra la Iglesia, contra el estado social, conoció los calabozos. La historia escrita por la burguesía lo ha escamoteado mucho. Pero hay que leer las Conversaciones de Diderot y d'Alembert, El Sobrino de Rameau, Jacques el Fatalista, para comprender la influencia enorme de Diderot sobre el materialismo.²⁸

En la primera mitad del siglo XIX, a causa de los acontecimientos históricos, comprobamos un retroceso del materialismo. La burguesía de todos los países hace una gran propaganda en favor del idealismo y de la religión, porque no solamente ya no quiere que se propaguen las ideas progresistas (materialistas), sino que además tiene necesidad de adormecer a los pensadores y a las masas para mantenerse en el poder.

Entonces vemos a Feuerbach en Alemania afirmar, en medio de todos los filósofos idealistas, sus convicciones materialistas,

volviendo a colocar decididamente al materialismo en el trono.²⁹

No es que aporte algo nuevo al materialismo, pero retoma de una manera sana y actual las bases del materialismo que habían sido olvidadas, e influencia así a los filósofos de su época.

Llegamos a ese período del siglo XIX en que se comprueba un progreso enorme en las ciencias, debido en particular a estos tres grandes descubrimientos: la célula viva, la transformación de la energía, la evolución (de Darwin)³⁰, que permitirán a Marx y Engels, influenciados por Feuerbach, hacer evolucionar el materialismo para darnos el materialismo moderno o dialéctico.

Acabamos de ver, en forma completamente somera, la historia del materialismo antes de Marx y Engels. Sabemos que éstos, si bien estaban de acuerdo en numerosos puntos comunes con los materialistas que los precedieron, han juzgado también que la obra de estos últimos presentaba en cambio numerosos defectos y numerosas lagunas.

Para comprender las transformaciones aportadas por ellos al materialismo pre-marxista, es por lo tanto absolutamente necesario establecer cuáles fueron esos defectos y esas lagunas, y por qué se produjeron.

Dicho de otro modo, nuestro estudio de la historia del materialismo sería incompleto si, después de haber enumerado los diferentes pensadores que han contribuido a hacer progresar al materialismo, no tratáramos de saber cómo y en qué sentido se ha efectuado esta progresión y por qué ha experimentado tal o cual forma de evolución.

Nos interesaremos particularmente en el materialismo del siglo XVIII, porque fue la culminación de las diferentes corrientes de esta filosofía.

Por consiguiente, vamos a estudiar cuáles eran los errores de este materialismo y cuáles sus lagunas, pero como nunca debemos ver las cosas en forma unilateral, sino por el contrario en su conjunto, subrayaremos también cuáles han sido sus méritos.

El materialismo, dialéctico en sus comienzos, no ha podido continuar desarrollándose sobre esas bases. El razonamiento dialéctico, a causa de la insuficiencia de los conocimientos científicos, ha debido ser abandonado. Ante todo era preciso crear y desarrollar las ciencias.

Primero era preciso saber lo que era tal o cual cosa antes de poder estudiar los procesos.³¹

Por consiguiente, la unión muy íntima del materialismo y de la ciencia es lo que permitirá a esta filosofía convertirse nuevamente, sobre bases más sólidas y científicas, en el materialismo dialéctico, el de Marx y Engels.

Volveremos a encontrar, pues, el acta de nacimiento del materialismo al lado del de la ciencia. Pero si bien descubrimos siempre de dónde procede el materialismo, debemos establecer también de dónde procede el idealismo.

III. ¿DE DÓNDE PROCEDE EL IDEALISMO?

Si en el curso de la historia el idealismo ha podido existir al lado de la religión, tolerado y aprobado por ella, es en verdad porque ha nacido y proviene de la religión.

Lenin ha escrito a este respecto una fórmula que debemos estudiar. “El idealismo no es nada más que una forma afinada y refinada de la religión”. ¿Qué quiere decir esto? Lo siguiente: El idealismo sabe presentar sus concepciones mucho más flexiblemente que la religión. Pretender que el universo ha sido creado por un espíritu que flotaba por encima de las tinieblas, que Dios es inmaterial, y luego, bruscamente, como lo hace la religión, declarar que él habla (por el Verbo) y que tiene un hijo (Jesús), constituye una serie de ideas presentadas brutalmente. El idealismo, al afirmar que el mundo no existe más que en nuestro pensamiento, en nuestra mente, se presenta de una manera más oculta. En el fondo,

como sabemos, viene a ser lo mismo, pero es una forma menos burda, más elegante. Por eso el idealismo es una forma afinada de la religión.

Es refinada también porque los filósofos idealistas saben, en las discusiones, prever las preguntas, tender celadas, como Filón al pobre Hylas en los diálogos de Berkeley.

Pero decir que el idealismo proviene de la religión es simplemente postergar el problema, y debemos preguntarnos inmediatamente:

IV. ¿DE DÓNDE PROCEDE LA RELIGIÓN?

Engels nos ha dado sobre este tema una respuesta muy clara: “La religión nace de las concepciones limitadas del hombre”.

Para los primeros hombres, esta ignorancia es doble: ignorancia de la naturaleza, ignorancia de sí mismos. Es preciso pensar continuamente en esta doble ignorancia cuando se estudia la historia de los hombres primitivos.

En la antigüedad griega, que sin embargo ya consideramos como una civilización avanzada, esta ignorancia nos parece infantil, por ejemplo cuando se ve que Aristóteles pensaba que la tierra era inmóvil, que era el centro del mundo y que alrededor de la tierra giraban planetas. (Estos últimos, que calculaba eran 46, estaban fijos, como clavos en un cielorraso, y el todo giraba alrededor de la tierra...)

Los griegos pensaban también que existían cuatro elementos: el agua, la tierra, el aire y el fuego, y que no era posible descomponerlos. Sabemos que todo eso es falso, puesto que ahora nosotros descomponemos el agua, la tierra y el aire y no consideramos al fuego como un elemento del mismo orden.

Los griegos eran también muy ignorantes con respecto al hombre mismo, puesto que no conocían la función de nuestros órganos y consideraban al corazón, por ejemplo, como la sede del coraje...

Si era tan grande la ignorancia de los sabios griegos, a los que consideramos ya como muy avanzados, ¿cuál debía ser entonces la ignorancia de los hombres que vivían millares de años antes de ellos? Las concepciones que los hombres primitivos tenían de la naturaleza y de sí mismos estaban limitadas por la ignorancia. Pero a pesar de todo esos hombres trataban de explicar las cosas. Todos los documentos que poseemos sobre los hombres primitivos nos dicen que esos hombres estaban muy preocupados por los sueños. Ya en el primer capítulo hemos visto cómo habían resuelto esta cuestión de los sueños mediante la creencia en la existencia de un “doble” del hombre. Al comienzo atribuían a este doble una especie de cuerpo transparente y liviano, con una consistencia todavía material. Sólo mucho más tarde nacerá en su espíritu la concepción de que el hombre tiene en sí un principio inmaterial que le sobrevive después de la muerte, un principio espiritual (la palabra viene de espíritu que en latín quiere decir soplo, el soplo que se va con el último suspiro en el momento en que se entrega el alma y en que solo el “doble” subsiste). Entonces el alma explica el pensamiento, el sueño.

En la Edad Media, se tenían concepciones extravagantes sobre el alma. Se pensaba que en un cuerpo gordo, había un alma delgada y en un cuerpo delgado, un alma grande; por eso es que en esta época los ascetas hacían largos y numerosos ayunos para dar un gran alojamiento al alma.

Habiendo admitido bajo la forma del doble transparente, luego bajo la forma del alma, principio espiritual, la supervivencia del hombre después de la muerte, los hombres primitivos crearon los dioses.

Creando al principio en seres más poderosos que los hombres y que todavía existían bajo una forma material, llegaron insensiblemente a la creencia que existían en forma de un alma superior a la nuestra. Y de ese modo, después de haber creado una multitud de dioses cada uno de los cuales tenía su función definida, como en la antigüedad griega, llegaron a la concepción de un solo Dios. Entonces fue creada la religión monoteísta³² actual. Bien vemos, así, que en el origen de la religión, aún bajo su forma actual, estuvo la ignorancia.

El idealismo nace, pues, de las concepciones limitadas del hombre, de su ignorancia; mientras que, por el contrario, el materialismo nace de la desaparición de esos límites.

En el curso de la historia de la filosofía vamos a asistir a esta lucha continua entre el idealismo y el materialismo. Este quiere hacer retroceder los límites de la ignorancia, y ello será una de sus glorias y uno de sus méritos. Por el contrario, el idealismo y la religión que lo alimenta hace los mayores esfuerzos para mantener la ignorancia y aprovechar esta ignorancia de las masas para hacerles admitir la opresión, la explotación económica y social.

Del griego, monos: uno solo, y theos: dios.

V. LOS MÉRITOS DEL MATERIALISMO PRE-MARXISTA

Hemos visto nacer el materialismo entre los griegos desde que existe un embrión de ciencia. Siguiendo el principio de que: cuando la ciencia se desarrolla, se desarrolla el materialismo, comprobamos en el curso de la historia:

En la Edad Media, un débil desarrollo de las ciencias, una paralización del materialismo.

En los siglos XVII y XVIII, a un desarrollo muy grande de las ciencias corresponde un gran desarrollo del materialismo. El materialismo francés del siglo XVIII es la consecuencia directa del desarrollo de las ciencias.

En el siglo XIX, comprobamos numerosos y grandes descubrimientos, y el materialismo experimenta una gran transformación con Marx y Engels.

Hoy, las ciencias progresan enormemente y, al mismo tiempo el materialismo. Se ve a los mejores sabios aplicar en sus trabajos el materialismo dialéctico.

Por consiguiente, el materialismo y el idealismo tienen orígenes completamente opuestos; y comprobamos en el curso de los siglos una lucha entre estas dos filosofías, lucha que dura aún en nuestros días, y que no ha sido solamente académica.

Esta lucha que atraviesa la historia de la humanidad es la lucha entre la ciencia y la ignorancia, es la lucha entre dos corrientes. Una arrastra a la humanidad hacia la ignorancia y la mantiene en esta ignorancia; la otra, por el contrario, tiende a la liberación de los hombres reemplazando la ignorancia por la ciencia.

Esta lucha ha adoptado a veces formas graves, como en el tiempo de la Inquisición en que podemos tomar, entre otros, el ejemplo de Galileo. Este último afirma que la tierra gira. Este es un conocimiento nuevo, que está en contradicción con la Biblia y también con Aristóteles: si la tierra gira entonces no es el centro del mundo sino simplemente un punto en el mundo, y entonces hay que ampliar los límites de nuestro pensamiento. ¿Qué se hace entonces ante este descubrimiento de Galileo?

Para mantener a la humanidad en la ignorancia, se instituye un tribunal religioso y se condena a Galileo a la tortura o a retractarse. He aquí un ejemplo de la lucha entre la ignorancia y la ciencia.

Por consiguiente, debemos juzgar a los filósofos y a los sabios de esta época situándolos en esta lucha de la ignorancia contra la ciencia, y comprobaremos que, defendiendo la ciencia defendían el materialismo sin saberlo. Así Descartes, con sus razonamientos, ha proporcionado ideas que hicieron progresar el materialismo.

Es preciso ver también que esta lucha en el curso de la historia no es simplemente una lucha teórica, sino una lucha social y política. Las clases dominantes están siempre en esta batalla del lado de la ignorancia. La ciencia es revolucionaria y contribuye a la liberación de la humanidad.

El caso de la burguesía es típico. En el siglo XVIII, la burguesía está dominada por la clase feudal; en este momento, ella está en favor de las ciencias; dirige la lucha contra la ignorancia y nos da la Enciclopedia. En el siglo XX, la burguesía es la clase dominante y, en esta lucha entre la ignorancia y la ciencia está en favor de la ignorancia con un salvajismo mucho más grande que el del pasado (fíjense en el hitlerismo).

Vemos, pues, que el materialismo pre-marxista ha desempeñado un papel considerable y ha tenido una importancia histórica muy grande. En el curso de esta lucha entre la ignorancia y la ciencia supo desarrollar una concepción general del mundo que ha podido ser opuesto a la religión, es decir, a la ignorancia. Es gracias también a la evolución del materialismo, a esta sucesión de sus trabajos, que han sido realizadas las condiciones indispensables para la eclosión del materialismo dialéctico.

VI. LOS DEFECTOS DEL MATERIALISMO PRE-MARXISTA

Para comprender la evolución del materialismo, para ver bien sus defectos y lagunas, no hay que olvidar nunca que ciencia y materialismo están unidos.

Al comienzo, el materialismo hallábase adelantado con relación a las ciencias, y por eso esta filosofía no pudo afirmarse de golpe. Era preciso crear y desarrollar las ciencias para probar que el materialismo dialéctico tenía razón, pero esto ha requerido más de veinte siglos. Durante este largo período, el materialismo experimentó la influencia de las ciencias y particularmente la influencia del espíritu de las ciencias, así como la de las ciencias particulares más desarrolladas.

Por eso,

el materialismo del siglo precedente (es decir, el del siglo XVIII) era ante todo mecanicista, porque en esta época, de todas las ciencias naturales, únicamente la mecánica y aún sólo la de los cuerpos sólidos, celestes y terrestres, en resumen, la mecánica de la gravedad, había llegado a cierta perfección. La química no existía aún más que en su forma infantil, flogística. La biología hallábase todavía en pañales; el organismo vegetal y animal no había sido estudiado todavía sino burdamente y sólo era explicado por causas puramente mecánicas; para los materialistas del siglo XVIII, el hombre era una máquina, tal como el animal para Descartes.³³

He aquí, pues, lo que era el materialismo surgido de una larga y lenta evolución de las ciencias después del período “invernal del medioevo cristiano”.

El gran error en este período fue el considerar al mundo cómo una gran mecánica, juzgar toda cosa según las leyes de esta ciencia que se llama la mecánica. Considerando la evolución como un simple movimiento mecánico, se consideraba que los mismos acontecimientos debían reproducirse continuamente. Se veía el lado máquina de las cosas, pero no se veía el lado viviente. Por eso se llama a este materialismo: mecánico (o mecanicista).

Veamos un ejemplo: ¿Cómo explicaban estos materialistas el pensamiento? De esta manera: “el cerebro segrega el pensamiento como el hígado segrega la bilis”. ¡Es un poco simplista! Por el contrario, el materialismo de Marx da una serie de precisiones. Nuestros pensamientos no provienen solamente del cerebro. Es preciso ver por qué tenemos ciertos pensamientos, ciertas ideas, en lugar de otros, y se percibe entonces que la sociedad, el ambiente, etc., seleccionan nuestras ideas. El materialismo mecanicista considera al pensamiento como un simple fenómeno mecánico. ¡Pero es mucho más que eso!

Esta aplicación exclusiva de la mecánica a los fenómenos de naturaleza química y orgánica, entre los cuales las leyes mecánicas actuaban seguramente también, pero eran rechazadas al último término por leyes de orden superior, constituye una estrechez específica, pero inevitable en esta época del materialismo francés clásico.³⁴

He aquí la primera gran falta del materialismo del siglo XVIII.

La consecuencia de este error era que aquél ignoraba la historia en general, es decir, el punto de vista del desarrollo histórico, del proceso: este materialismo consideraba que el mundo no evoluciona y que a intervalos regulares vuelve a estados semejantes y no concebía tampoco una evolución del hombre y de los animales.

Este materialismo... en su incapacidad para considerar el mundo en tanto que proceso, en tanto que materia comprometida en un desarrollo histórico... correspondió al nivel que habían alcanzado en esa época las ciencias naturales y a la manera metafísica,³⁵ es decir, anti-dialéctica, de filosofar que era su resultado. Se sabía que la naturaleza estaba empeñada en un movimiento perpetuo. Pero este movimiento, según la concepción de la época, describía también un círculo perpetuo y, en consecuencia, no se movía nunca de su sitio; producía siempre los mismos resultados)³⁶

He aquí el segundo defecto de este materialismo.

Su tercer error, es que era demasiado contemplativo; no veía suficientemente el papel de la acción humana en el mundo y en la sociedad. El materialismo de Marx enseña que no debemos únicamente explicar el mundo sino transformarlo. El hombre es en la historia un elemento activo que puede provocar cambios en el mundo.

La acción de los comunistas rusos es un ejemplo vivo de una acción capaz no sólo de preparar, realizar y hacer triunfar la Revolución, sino también de establecer el socialismo desde 1918 en medio de dificultades enormes.

El materialismo pre-marxista no tenía conciencia de esta concepción de la acción del hombre. En esa época se pensaba que el hombre es un producto del medio, mientras que Marx nos enseña que el medio es un producto del hombre y que el hombre es, por consiguiente, un producto de sí mismo. Si el hombre experimenta la influencia del medio, él puede transformar el medio, la sociedad; por lo tanto puede, en consecuencia transformarse a sí mismo.

El materialismo del siglo XVIII era, pues, demasiado contemplativo, porque ignoraba el desarrollo histórico de toda cosa, y esto era inevitable entonces, puesto que los conocimientos científicos no estaban suficientemente avanzados como para concebir el mundo y las cosas de otra manera que a través del viejo método de pensar: la “metafísica”.

LECTURAS

Marx y Engels, La Sagrada Familia.

Marx, Tesis sobre Feuerbach.

Plejánov, Ensayos sobre la historia del materialismo (d'Holbach, Helvetius, Marx).

36 Feuerbach.

PREGUNTAS DE CONTROL

Capítulo primero

¿Cómo podía Pasteur ser a la vez sabio y creyente?

Capítulo segundo

Mostrar cómo el estudio en los libros es a la vez necesario e insuficiente.

Capítulo tercero

¿Por qué el materialismo dialéctico no nació desde la antigüedad?

Indicar las principales corrientes materialistas desde la antigüedad griega hasta el siglo XVIII.

3. ¿Cuáles son los errores y los méritos del materialismo del siglo XVIII?

Deber escrito

Imaginar un diálogo sobre Dios entre un idealista y un materialista.

TERCERA PARTE ESTUDIO DE LA METAFÍSICA

CAPÍTULO ÚNICO EN QUÉ CONSISTE EL “MÉTODO METAFÍSICO”

Sabemos que los defectos de los materialistas del siglo XVIII provienen de su forma de razonamiento de su método particular de investigación, que hemos llamado “método metafísico”. Por consiguiente, el método metafísico traduce una concepción particular del mundo, y debemos señalar que si al materialismo pre-marxista oponemos el materialismo marxista, de igual modo oponemos al materialismo metafísico el materialismo dialéctico.

Por eso ahora necesitamos aprender qué es este “método metafísico”, para examinar enseguida qué es, por el contrario, el método dialéctico.

I. LOS CARACTERES DE ESTE MÉTODO

Lo que vamos a estudiar aquí es ese

antiguo método de investigación y de pensamiento que Hegel llama el método “metafísico”.³⁷

Haremos de inmediato una observación sencilla: ¿Qué parece más natural a la mayoría de la gente: el movimiento o la inmovilidad? ¿Cuál es, para ella, el estado normal de las cosas: el reposo o la movilidad?

En general, se piensa que el reposo existía antes que el movimiento y que para que una cosa pudiera ponerse en movimiento, estaba primero en estado de reposo.

La Biblia nos dice también que antes que el universo, que fue creado por Dios, existía la eternidad inmóvil, es decir, el reposo.

He aquí palabras que emplearemos a menudo: reposo, inmovilidad; y también movimiento y cambio. Pero estas dos últimas palabras no son sinónimos.

El movimiento, en el sentido estricto de la palabra, es el desplazamiento. Ejemplo: una piedra que cae, un tren en marcha, están en movimiento.

El cambio, en el exacto sentido de la palabra, es el paso de una forma a otra. Ejemplo: el árbol que pierde sus hojas ha cambiado de forma. Pero es también el paso de un estado a otro. Ejemplo: el aire se ha vuelto irrespirable. Es un cambio.

Por lo tanto, movimiento significa cambio de lugar, y cambio quiere decir cambio de forma

o de estado. Trataremos de respetar esta distinción para evitar confusiones. (Por otra parte, cuando estudiemos la dialéctica tendremos que examinar nuevamente el sentido de esas palabras).

Acabamos de ver que, de una manera general, se piensa que movimiento y cambio son menos normales que el reposo, y es verdad que tenemos una especie de preferencia a considerar las cosas en reposo y sin cambio.

Ejemplo: Hemos comprado un par de zapatos amarillos y al cabo de cierto tiempo, después de múltiples reparaciones en las que hemos hecho cambiar suela y tacos, e incluso añadir remiendos, seguimos diciendo: “Voy a ponerme mis zapatos amarillos”, sin darnos cuenta de que ya no son los mismos. Para nosotros son siempre los zapatos amarillos que hemos comprado en tal ocasión y por los cuales pagamos tal precio. No tenemos en cuenta el cambio que han experimentado nuestros zapatos, son siempre los mismos, son idénticos. Desdeñamos el cambio para no ver más que la identidad, como si nada importante hubiera ocurrido. Este es el

1. Primer carácter: el principio de identidad

Consiste en preferir la inmovilidad al movimiento y la identidad al cambio frente a los acontecimientos.

De esta preferencia, que constituye el primer carácter de este método, deriva toda una concepción del mundo. Se considera el universo como si estuviera inmóvil -dirá Engels. Lo mismo ocurrirá con respecto a la naturaleza, la sociedad y el hombre. Por eso se afirma a menudo: “No hay nada nuevo bajo el sol”, lo que quiere decir que desde siempre no hubo ningún cambio: el universo ha permanecido inmóvil e idéntico. A menudo también se quiere aludir así a un retorno periódico a los mismos acontecimientos. Dios ha creado el mundo produciendo los peces, los pájaros, los mamíferos, etc., y después nada ha cambiado, el mundo no se ha movido. También se dice: “Los hombres son siempre los mismos”, como si los hombres nunca hubieran cambiado.

Estas expresiones corrientes son el reflejo de esa concepción que se halla profundamente arraigada en nosotros, en nuestro espíritu, y la burguesía explota a fondo este error.

Cuando se critica al socialismo, uno de los argumentos citados con mejor gana es que el hombre es egoísta y que es necesario que intervenga una fuerza para controlarlo, porque si no reinaría el desorden. Es el resultado de esta concepción metafísica que quiere que el hombre tenga para siempre una naturaleza fija que no puede cambiar.

Es muy cierto que si bruscamente tuviéramos la posibilidad de vivir en un régimen comunista, es decir, si se pudiera repartir inmediatamente los productos a cada uno según sus necesidades y no según su trabajo, habría una puja para satisfacer los apetitos y una tal sociedad no podría mantenerse. Y sin embargo en eso consiste la sociedad comunista y eso es lo racional. Pero como tenemos arraigada una concepción metafísica, nos representamos al hombre futuro que vivirá en un porvenir relativamente lejano, como semejante al hombre de hoy.

En consecuencia, cuando se afirma que una sociedad socialista o comunista no es viable porque el hombre es egoísta, se olvida que si la sociedad cambia, también el hombre cambiará.

Todos los días se oyen críticas sobre la Unión Soviética que nos demuestran las dificultades de comprensión de aquellos que las formulan. Esto ocurre porque tienen una concepción metafísica del hombre y de las cosas.

Entre los numerosos ejemplos que podríamos citar, tomemos solo éste. Se nos dice: “Un trabajador, en la Unión Soviética, recibe un salario que no corresponde al valor total de lo que produce; hay, pues, una plusvalía, es decir, una quita efectuada en su salario. En Francia ocurre lo mismo, los obreros son explotados; por lo tanto no hay diferencia entre un trabajador soviético y un trabajador francés”.

¿Dónde está, en este ejemplo, la concepción metafísica? Consiste en no considerar que aquí se trata de dos tipos de sociedades y en no tener en cuenta las diferencias entre estas dos sociedades. Consiste en creer que desde el momento en que hay plusvalía aquí y allá, todo es lo mismo, sin considerar los cambios que se han producido en la U.R.S.S., donde el hombre y la máquina ya no tienen el mismo sentido económico y social que en Francia. Ahora bien: en nuestro país, la máquina existe para producir (al servicio del patrón) y el hombre para ser explotado. En la U.R.S.S. la máquina existe para producir (al servicio del hombre) y el hombre para aprovechar el fruto de su trabajo. En Francia, la plusvalía va al patrón; en la U.R.S.S. al Estado Socialista, es decir, a la colectividad sin clases. ¡Las cosas han cambiado!

Por este ejemplo vemos, pues, que los defectos del juicio provienen, en los que son sinceros, de un método metafísico de pensamiento, y, particularmente, de la aplicación del primer carácter de este método, carácter fundamental, que consiste en subestimar el cambio y a considerar preferentemente la inmovilidad, o, en una palabra, que bajo el cambio tiende a perpetuar la identidad.

Pero ¿qué es esta identidad? Hemos visto construir una casa que fue terminada el 1º de enero de 1935, por ejemplo. El 1º de enero de 1936, así como todos los años siguientes, diremos que es idéntica porque sigue teniendo dos pisos, veinte ventanas, dos puertas de calle, etc., porque sigue siendo la misma, no cambia, no es diferente. Así, pues, ser idéntico es continuar siendo lo mismo, no transformarse en otro. ¡Y sin embargo, esta casa ha cambiado! Sólo a primera vista, superficialmente, sigue siendo la misma. El arquitecto o el albañil, que ven la cosa de más cerca, saben perfectamente que la casa ya no es la misma una semana después de la construcción: aquí se ha producido una pequeña fisura, allí se ha zafado una piedra, más allá se ha desvanecido el color, etc. Por lo tanto, las cosas parecen idénticas sólo cuando se las considera “globalmente”. Al analizarlas en los detalles, resulta que cambian incesantemente.

Pero ¿cuáles son las consecuencias prácticas del método metafísico?

Como preferimos ver la identidad en las cosas, es decir, verlas como si siguieran siendo las mismas, decimos, por ejemplo: “La vida es la vida y la muerte es la muerte”. Afirmamos que la vida sigue siendo la vida, que la muerte sigue siendo la muerte y eso es todo.

Habituándonos a considerar las cosas en su identidad, separamos unas de otras. Decir “una silla es una silla” es una comprobación natural, pero es poner el acento en la identidad y eso quiere decir a la vez: lo que no es una silla es otra cosa.

Es tan natural decirlo, que subrayarlo parece infantil. En el mismo orden de ideas, diremos: “El caballo es el caballo, y lo que no es el caballo es otra cosa”. Así pues, separamos, de un lado el caballo, del otro la silla, y lo mismo hacemos con cada cosa. Por lo tanto hacemos distinciones, separando rigurosamente unas cosas de las otras, y de ese modo llegamos a transformar el mundo en una colección de cosas separadas, lo que constituye el

2. Segundo carácter: aislamiento de las cosas

Lo que acabamos de decir parece tan natural que es como para preguntar: ¿por qué decirlo? Vamos a ver que, a pesar de todo, era necesario hacerlo, porque este sistema de razonamiento nos lleva a ver las cosas desde cierto ángulo.

Una vez más, vamos a juzgar en las consecuencias prácticas el segundo carácter de este método.

En la vida corriente, si consideramos los animales y razonamos a su respecto separando los seres, no vemos lo que hay de común entre aquellos de géneros y especies diferentes. Un caballo es un caballo y una vaca es una vaca. Entre ellos no hay ninguna relación.

Ese es el punto de vista de la antigua zoología que clasifica a los animales separándolos claramente unos de otros y que no ve ninguna relación entre ellos. Es uno de los resultados de la aplicación del método metafísico.

Como un ejemplo más, podemos citar el hecho de que la burguesía quiere que la ciencia sea la ciencia; que la filosofía siga siendo eso y nada más, y lo mismo en cuanto a la política. Por supuesto no hay nada común, absolutamente ninguna relación entre las tres.

Las conclusiones prácticas de tal razonamiento, son que un sabio debe continuar siéndolo sin mezclar su ciencia con la filosofía y la política. Lo mismo debe ocurrir con el filósofo y con el hombre de un partido político.

Cuando un hombre de buena fe razona así, se puede decir que razona como un metafísico. El escritor inglés H. G. Wells fue a la Unión Soviética hace unos años y visitó al gran escritor, hoy desaparecido, Máximo Gorki. Le propuso crear un club literario en el que no se haría política, porque a su modo de ver, la literatura es la literatura y la política es la política. Parece que Gorki y sus amigos se echaron a reír y Wells se sintió molesto. Es que Wells veía y concebía al escritor como si viviera fuera de la sociedad, mientras que Gorki y sus amigos sabían bien que eso no ocurre en la vida, en fa que ciertamente todas las cosas están vinculadas, se quiera o no.

En la práctica corriente nos esforzamos por clasificar, por aislar las cosas, por verlas, y estudiarlas solo en sí mismas. Los que no son marxistas ven al Estado en general aislándolo de la sociedad, como independiente de la forma de la sociedad. Razonar así, aislar al Estado de la sociedad, es aislarlo de sus relaciones con la realidad.

Se comete el mismo error cuando se habla del hombre aislándolo de los otros hombres, de su medio, de la sociedad. Si se considera también a la máquina en sí misma, aislándola de la sociedad en que produce, se comete el error de pensar: "Máquina en París, máquina en Moscú; plusvalía aquí y plusvalía allá: no hay diferencia, es exactamente la misma cosa".

Sin embargo este es un razonamiento que puede leerse continuamente y quienes lo leen lo aceptan, porque el punto de vista general y habitual tiende a aislar, a dividir las cosas. Es un hábito característico del método metafísico.

3. Tercer carácter: divisiones eternas e infranqueables

Después de haber preferido considerar las cosas como inmóviles y sin cambio, las hemos clasificado, catalogado, creando así entre ellas divisiones que nos hacen olvidar las relaciones que pueden tener unas con otras.

Esta manera de ver y de juzgar nos lleva a creer que esas divisiones existen de una vez por todas (un caballo es un caballo) y que son absolutas, infranqueables y eternas. He aquí el tercer carácter del método metafísico.

Pero debemos prestar atención cuando hablamos de este método; porque cuando nosotros, marxistas, decimos que en la sociedad capitalista hay dos clases, la burguesía y el proletariado, también hacemos divisiones que pueden parecer emparentadas con el punto de vista metafísico. Pero no se es metafísico

simplemente por el hecho de introducir divisiones, sino por el modo, la manera en que se establecen las diferencias, las relaciones que existen entre esas divisiones.

Por ejemplo, cuando decimos que en la sociedad hay dos clases, la burguesía piensa enseguida que hay ricos y pobres. Y, naturalmente, nos dirá: “Siempre ha habido ricos y pobres”.

“Siempre hubo” y “habrá siempre” es una manera metafísica de razonar. Se clasifica para siempre a las cosas, independientemente unas de otras y se levantan entre ellas tabiques, muros infranqueables.

Se divide a la sociedad en ricos y pobres, en lugar de comprobar la existencia de la Burguesía y del Proletariado, e incluso si se admite esta última división, se considera a esas clases fuera de sus relaciones mutuas, es decir, de la lucha de clases. ¿Cuáles son las consecuencias prácticas de este tercer carácter que establece entre las cosas barreras definitivas?: que entre un caballo y una casa no puede haber vínculos de parentesco. Lo mismo ocurrirá con respecto a todas las ciencias y a todo lo que nos rodea. Más adelante veremos si esto es correcto, pero nos falta examinar cuáles son las consecuencias de esos tres diferentes caracteres que acabamos de describir, lo que corresponde al

4. Cuarto carácter: oposición de los contrarios

De todo lo que acabamos de ver se desprende que cuando decimos: “La vida es la vida y la muerte es la muerte”, afirmamos que no hay nada en común entre la vida y la muerte. Las clasificamos perfectamente aparte la una de la otra, observando a la vida y a la muerte en sí mismas y sin ver las relaciones que pueden existir entre ellas. En estas condiciones, un hombre que acaba de perder la vida debe ser considerado como una cosa muerta, porque es imposible que esté a la vez vivo y muerto, puesto que la vida y la muerte se excluyen mutuamente.

Considerando las cosas como aisladas, definitivamente diferentes unas de otras, llegamos a oponer unas a otras.

Ya estamos en el cuarto carácter del método metafísico, que opone los contrarios unos a otros y que afirma que dos cosas contrarias no pueden existir al mismo tiempo.

En efecto, en este ejemplo de la vida y de la muerte; no puede haber una tercera posibilidad. Estamos absolutamente obligados a elegir una u otra de las posibilidades que hemos establecido. Consideramos que una tercera posibilidad sería una contradicción y que esta contradicción es un absurdo, y en consecuencia una imposibilidad.

El cuarto carácter del método metafísico es, pues, el horror de la contradicción.

Las consecuencias prácticas de este razonamiento son que cuando se habla de democracia y de dictadura, por ejemplo, el punto de vista metafísico exige que una sociedad elija entre las dos: porque la democracia es la democracia y la dictadura es la dictadura. Debemos elegir, sin lo cual estamos frente a una contradicción, a un absurdo, a una imposibilidad.

La actitud marxista es totalmente, diferente.

Creemos, por el contrario, que la dictadura del proletariado, por ejemplo, es a la vez la dictadura de la masa y la democracia para la masa de los explotados.

Creemos que la vida, la de los seres vivos, sólo es posible porque hay una lucha perpetua entre las células y porque continuamente unas mueren para ser reemplazadas por otras. Así, la vida contiene en

ella la muerte. Creemos que la muerte no es tan total y separada de la vida como lo cree la metafísica, porque en un cadáver no ha desaparecido completamente toda vida, puesto que ciertas células continúan viviendo por algún tiempo y de ese mismo cadáver nacerán otras vidas.

II. RECAPITULACIÓN

Vemos, pues, que los diferentes caracteres del método metafísico nos obligan a considerar las cosas desde un cierto ángulo y nos llevan a razonar de cierta manera. Comprobamos que esta manera de analizar posee una cierta “lógica” que estudiaremos más adelante, y comprobamos también que esto corresponde en gran medida a la manera de ver, de pensar, de analizar que se encuentra en general.

Se comienza -y esta enumeración nos permitirá resumir- por

Ver las cosas en su inmovilidad, en su identidad.

Separar las cosas unas de otras, desligarlas de sus relaciones mutuas.

Establecer entre las cosas divisiones eternas, muros infranqueables.

Oponer los contrarios, afirmando que dos cosas contrarias no pueden existir al mismo tiempo.

Cuando examinamos las consecuencias prácticas de cada carácter, ya hemos visto que nada de esto corresponde a la realidad.

¿Es que el mundo responde a esta concepción? ¿Es que las cosas están inmóviles y sin cambio en la naturaleza? No. Comprobamos que todo cambia y vemos el movimiento. Por consiguiente, esta concepción no está de acuerdo con las cosas mismas. Evidentemente la naturaleza tiene razón y esta concepción es errónea.

Hemos definido, desde el comienzo, que la filosofía quiere explicar el universo, el hombre, la naturaleza, etc. Como las ciencias estudian los problemas particulares, la filosofía es, como dijimos, el estudio de los problemas más generales que se vinculan con las ciencias y las prolongan.

Así pues, el viejo modo de pensar “metafísico” que se aplica a todos los problemas, es también una concepción filosófica que considera el universo, el hombre y la naturaleza de una manera completamente particular.

Para el metafísico, las cosas y sus reflejos en el pensamiento, los conceptos, son objeto de estudios aislados, que deben considerarse uno después del otro y el uno sin el otro, fijos, rígidos, dados de una vez por todas. Él no piensa más que en antítesis, sin términos medios. Dice: sí, sí, no, no, y lo que va más allá no vale nada. Para él, o bien una cosa existe o bien no existe; una cosa no puede ser a la vez la misma y otra. El positivo y el negativo se excluyen absolutamente; la causa, y el efecto se oponen de manera igualmente rígida.³⁸

Por lo tanto, la concepción metafísica considera “al universo como un conjunto de cosas fijas”. Para captar bien esta manera de pensar, vamos a estudiar cómo concibe la naturaleza, la sociedad, el pensamiento.

III. LA CONCEPCIÓN METAFÍSICA DE LA NATURALEZA

La metafísica considera la naturaleza como un conjunto de cosas definitivamente fijas.

Pero hay dos maneras de considerar así las cosas.

La primera manera considera que el mundo está absolutamente inmóvil, pues el movimiento no es más que una ilusión de nuestros sentidos. Si quitamos esta apariencia de movimiento, la naturaleza no se mueve.

Esta teoría fue sostenida por una escuela de filósofos griegos a los que se llama eleáticos. Esta concepción simplista está en contradicción tan violenta con la realidad que ya no es defendida en nuestros días.

La segunda manera de considerar la naturaleza como un conjunto de cosas fijas es mucho más sutil. No se dice que la naturaleza está inmóvil, queda admitido que se mueve, pero se afirma que esta animada por un movimiento mecánico. Aquí, la primera manera desaparece; ya no se niega el movimiento y esto no parece ser una concepción metafísica. Se llama a esta concepción “mecanicista” o el “mecanicismo”.

Constituye un error que se comete muy frecuentemente y que volvemos a encontrar en los materialistas de los siglos XVII y XVIII. Hemos visto que no consideran la naturaleza como inmóvil, sino en movimiento; sólo que para ellos ese movimiento es simplemente un cambio mecánico, un desplazamiento.

Admiten todo el conjunto del sistema solar (la Tierra gira alrededor del sol), pero piensan que ese movimiento es puramente mecánico, es decir, un simple cambio de lugar, y consideran ese movimiento únicamente bajo este aspecto.

Pero las cosas no son tan simples. El girar de la Tierra es, ciertamente, un movimiento mecánico; pero mientras gira puede experimentar influencias, y, por ejemplo, enfriarse. Por lo tanto no se trata solamente de un desplazamiento: también se producen otros cambios.

Lo que caracteriza, pues, esta concepción llamada “mecanicista”, es que se considera solamente el movimiento mecánico.

Si la Tierra gira sin cesar y no le ocurre nada más, la Tierra cambia de lugar pero la misma Tierra no cambia; permanece idéntica a sí misma. No hace más que seguir girando siempre y siempre, antes como después de nosotros. De ese modo, todo pasa como si nada hubiese pasado. Por lo tanto, vemos que admitir el movimiento, pero haciendo de éste un puro movimiento mecánico, es una concepción metafísica, porque este movimiento es sin historia.

Un reloj que tuviera órganos perfectos, construido con materiales que no se gastaran, marcharía eternamente sin cambiar en nada y el reloj no tendría historia. Una tal concepción del Universo se encuentra continuamente en Descartes. Él trata de reducir a la mecánica todas las leyes físicas y fisiológicas. No tiene ninguna idea de la química (véase su explicación de la circulación de la sangre) y su concepción mecánica de las cosas será también la de los materialistas del siglo XVIII.

(Haremos una excepción con Diderot, que es menos puramente mecanicista y que en ciertos escritos vislumbra la concepción dialéctica.)

Lo que caracteriza a los materialistas del siglo XVIII es que convierten a la naturaleza en un mecanismo de relojería.

Si verdaderamente fuera así, las cosas volverían continuamente al mismo punto sin dejar huellas y la naturaleza permanecería idéntica a sí misma, lo que es precisamente el primer carácter del método metafísico.

IV. LA CONCEPCIÓN METAFÍSICA DE LA SOCIEDAD

La concepción metafísica sostiene que nada cambia en la sociedad. Pero en general esto no se pretende literalmente así. Se reconoce que se producen cambios, como por ejemplo en la producción cuando a partir del material en bruto se producen objetos elaborados; o en la política, en que los gobiernos se suceden unos a otros. La gente reconoce todo esto, pero considera al régimen capitalista como definitivo, eterno, y a veces hasta lo compara con una máquina.

Así, se habla de la máquina económica, que a veces se descompone pero que se quiere reparar para conservarla. Se busca que esta máquina económica pueda continuar distribuyendo, como un aparato automático, a unos dividendos y a otros la miseria.

También se habla de la máquina política, que es el régimen parlamentario burgués, y sólo se le pide una cosa: que funcione, inclinándose unas veces hacia la izquierda, otras hacia la derecha, para conservar al capitalismo sus privilegios.

He aquí, en esta manera de considerar la sociedad, una concepción mecanicista, metafísica.

Si fuera posible que esta sociedad, en la cual funcionan todos esos mecanismos, pudiera continuar marchando continuamente del mismo modo, no dejaría huellas y no tendría continuidad en la historia.

Hay también una concepción mecanicista muy importante, válida para todo el universo pero sobre todo para la sociedad, que consiste en difundir la idea de una marcha regular y de un retorno periódico de los mismos acontecimientos, de acuerdo con la fórmula: “La historia es un perpetuo recomenzar.”

Hay que admitir que estas concepciones se hallan muy difundidas. No se niega verdaderamente ni el movimiento ni el cambio, que existen y que se comprueban en la sociedad, pero se falsifica el movimiento mismo transformándolo en simple mecanismo.

V. LA CONCEPCIÓN METAFÍSICA DEL PENSAMIENTO

¿Cuál es, en general, la concepción que se tiene acerca del pensamiento?

Creemos que el pensamiento humano es y fue eterno. Creemos que si las cosas han cambiado, nuestra manera de razonar es la misma que la del hombre que vivía hace un siglo. Consideramos nuestros sentimientos como si fueran los mismos que tuvieron los griegos, la bondad y el amor como si siempre hubiesen existido; así es que se habla del “amor eterno”. Es muy corriente creer que los sentimientos humanos no han cambiado.

Eso es lo que hace decir y escribir, por ejemplo, que una sociedad no puede existir sin tener otra base que el enriquecimiento individual y egoísta. Por eso también se oye decir a menudo que “los deseos de los hombres siempre son los mismos”.

A menudo pensamos de ese modo. Demasiado a menudo. En el movimiento del pensamiento como en todos los otros, dejamos penetrar la concepción metafísica. Es porque en la base de nuestra educación se encuentra ese método,

esta manera de pensar que nos parece a primera vista extremadamente plausible, porque es lo que se llama el sentido común.³⁹

De ello resulta que esta manera de ver, esta manera de pensar metafísica, no es sólo una concepción del mundo, sino también una manera de proceder para pensar.

Pero si es relativamente fácil rechazar los razonamientos metafísicos, por el contrario es mucho más difícil deshacerse del método de pensar metafísico. A este respecto debemos aportar una precisión. Llamamos a la manera como vemos el universo: una concepción; y a la manera como buscamos las explicaciones: un método.

Ejemplos: a) Los cambios que vemos en la sociedad son sólo aparentes, renuevan lo que ya ha sido. He aquí una “concepción”.

b) Cuando se busca en la historia de la sociedad lo que ya ha tenido lugar para sacar en conclusión que “no hay nada nuevo bajo el sol”, he aquí lo que es el “método”.

Y comprobamos que la concepción inspira y determina el método. Es evidente que una vez inspirado por la concepción, el método reacciona a su vez sobre ésta, guiándola.

Hemos visto qué es la concepción metafísica. Vamos a ver ahora en qué consiste su método de investigación, que se llama la lógica.

VI. ¿QUÉ ES LA LÓGICA?

Se dice de la “lógica” que es el arte de pensar bien. Pensar conforme a la verdad es pensar siguiendo las reglas de la lógica.

¿Cuáles son estas reglas? Hay tres grandes reglas principales que son:

El principio de identidad: como ya lo hemos visto, es la regla según la cual una cosa es idéntica a sí misma, no cambia (un caballo es un caballo).

El principio de no-contradicción: una cosa no puede ser al mismo tiempo ella misma y su contrario. Hay que elegir (la vida no puede ser la vida y la muerte).

Principio del tercero excluido -o exclusión del tercer caso-, lo que quiere decir: entre dos posibilidades contradictorias no hay lugar para una tercera. Hay que elegir entre la vida y la muerte, no hay una tercera posibilidad.

Por consiguiente, ser lógico es pensar bien. Para pensar bien, no hay que olvidarse de aplicar estas tres reglas.

Aquí volvemos a encontrar principios que hemos estudiado y que provienen de la concepción metafísica.

En consecuencia, lógica y metafísica están íntimamente vinculadas. La lógica es un instrumento, un método de razonamiento que procede clasificando cada cosa de una manera perfectamente determinada; que obliga, por lo tanto, a ver las cosas como si fueran idénticas a sí

Engels, Anti-Dühring.

mismas, y que enseguida nos pone en la obligación de elegir, de decir sí o no, y, en conclusión, que excluye entre dos casos, la vida y la muerte, por ejemplo, una tercera posibilidad.

Cuando se dice:

“Todos los hombres son mortales; este camarada es un hombre; por lo tanto este camarada es mortal”, tenemos lo que se llama un silogismo (es la forma típica del razonamiento lógico). Razonando así, hemos determinado la ubicación del camarada, hemos hecho una clasificación.

La tendencia de nuestro espíritu, cuando encontramos un hombre o una cosa, es decir: ¿dónde hay que clasificarlo? Nuestro espíritu sólo se plantea ese problema. Vemos las cosas como círculos o cajas de diferentes dimensiones, y nuestra preocupación consiste en hacer entrar esos círculos o esas cajas unos en otros y en un cierto orden.

En nuestro ejemplo, determinamos primero un gran círculo que contiene a TODOS los mortales; enseguida un círculo más pequeño que contiene TODOS los hombres; y a continuación sólo ESTE camarada.

Si queremos clasificarlos, luego haremos entrar los círculos unos en otros siguiendo una cierta “lógica”.

La construcción metafísica está construida, pues, con la lógica y el silogismo. Un silogismo es un grupo de tres frases; las dos primeras son llamadas premisas, lo que quiere decir “enviadas adelante”; y la tercera frase es la conclusión. Otro ejemplo: “En la Unión Soviética, antes de la última Constitución, existía la dictadura del proletariado. La dictadura es la dictadura. En la URSS hay dictadura. Así pues, no hay ninguna diferencia entre la URSS, la Italia fascista y la Alemania nazi, países de dictadura.”

Aquí no se tiene en cuenta para quién y sobre quién se ejerce la dictadura, del mismo modo que cuando se elogia a la democracia burguesa no se dice en provecho de quién se ejerce esta democracia.

De este modo se llega a plantear los problemas, a ver las cosas y el mundo social como si formaran parte de círculos separados, y a hacer entrar los círculos unos en otros.

Estas son cuestiones teóricas, pero que implican una manera de actuar en la práctica. Es así que podemos citar ese desgraciado ejemplo de la Alemania de 1919, donde la social-democracia, para mantener la democracia, mató la dictadura del proletariado sin ver que procediendo así dejaba subsistir al capitalismo y abría el camino al nazismo.

Ver y estudiar las cosas separadamente, es lo que hicieron la zoología y la biología hasta el momento en que se vio y se comprendió que existía una evolución de los animales y de las plantas. Anteriormente se clasificaba a todos los seres pensando que las cosas habían sido siempre como eran.

Y, en efecto... hasta fines del siglo último, la ciencia de la naturaleza fue sobre todo una ciencia de acumulación, una ciencia de cosas hechas una vez por todas.

Pero para terminar debemos dar

VII. LA EXPLICACIÓN DE LA PALABRA “METAFÍSICA”

En la filosofía hay una parte importante que se llama la metafísica. Pero sólo es una parte importante en la filosofía burguesa, puesto que se ocupa de Dios y del alma. Allí todo es eterno. Dios es eterno, no cambia, permanece idéntico a sí mismo; el alma también. Lo mismo ocurre con el bien, el mal, etc., puesto que todo está claramente definido, es definitivo y eterno. Por consiguiente, en esta parte de la filosofía que se llama la metafísica se ven las cosas como un conjunto estático y se procede en el razonamiento por oposición: se opone el espíritu a la materia, el bien al mal, etc., es decir, se razona por oposición de los contrarios entre ellos.

Se llama a esta manera de razonar, de pensar, a esta concepción: “metafísica”, porque trata de cosas e ideas que se encuentran fuera de la física, como Dios, la bondad, el alma, el mal, etc. Metafísica procede del griego meta, que quiere decir “más allá”, y de física, ciencia de los fenómenos del mundo. Por lo tanto, la metafísica es lo que se ocupa de las cosas situadas más allá del mundo.

También es a causa de un accidente histórico que se llama a esta concepción filosófica “metafísica”. Aristóteles, que hizo el primer tratado de lógica (el mismo que aún hoy se utiliza), escribió mucho. Después de su muerte, sus discípulos clasificaron sus escritos; hicieron un catálogo y después de un escrito titulado Física encontraron un escrito sin título que trataba de las cosas del espíritu. Lo clasificaron llamándolo Después de la física, en griego Metafísica.

Insistamos, en conclusión, sobre el vínculo que existe entre los tres términos que hemos estudiado.

La metafísica, el mecanicismo, la lógica. Estas tres disciplinas se presentan siempre juntas y se combinan entre sí. Forman un sistema y sólo pueden comprenderse integrando una en otra.

PREGUNTAS DE CONTROL

Mostrar, con ayuda de ejemplos, que estamos habituados a considerar las cosas en su inmovilidad. Dar ejemplos de concepción metafísica del mundo.

¿Qué es el mecanicismo y por qué es metafísico?

¿Qué es la lógica?

¿Cuáles son los caracteres de la concepción y del método metafísico?

Deber escrito

¿Se puede ser metafísico y revolucionario?

CUARTA PARTE ESTUDIO DE LA DIALÉCTICA

CAPÍTULO PRIMERO INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA DIALÉCTICA

I. PRECAUCIONES PRELIMINARES

Cuando se habla de la dialéctica se lo hace a veces con misterio y presentándola como algo complicado. Conociéndola mal, también se habla de ella sin ton ni son. Todo esto es lamentable y hace cometer errores que deben evitarse.

Tomado en su sentido etimológico, el término dialéctica significa simplemente el arte de discutir y es así como a menudo se oye decir de un hombre que discute largamente, e incluso también, por extensión, de aquel que habla bien: ¡es un dialéctico!

No vamos a estudiar la dialéctica en este sentido. Desde el punto de vista filosófico, ésta ha tomado una significación especial.

Contrariamente a lo que se cree, la dialéctica, en su sentido filosófico, está al alcance de todos, porque es una cosa muy clara y sin misterio.

Pero si la dialéctica puede ser comprendida por todo el mundo, de todos modos tiene sus dificultades; y he aquí cómo debemos comprenderlas.

Entre los trabajos manuales, algunos son sencillos, otros más complicados. Hacer cajones de embalaje, por ejemplo, es un trabajo sencillo. Montar un aparato de radiotelefonía, por el contrario, representa un trabajo que exige mucha habilidad, precisión, elasticidad de los dedos.

Las manos y los dedos son para nosotros instrumentos de trabajo. Pero el pensamiento, también es un instrumento de trabajo. Y si nuestros dedos no hacen siempre un trabajo de precisión, lo mismo ocurre con nuestro cerebro.

En la historia del trabajo humano, el hombre, al principio, sólo sabía hacer trabajos burdos. El progreso en las ciencias ha permitido trabajos más precisos.

Ocurre exactamente lo mismo con la historia del pensamiento. La metafísica es el método de pensar que sólo es capaz, como nuestros dedos, de movimientos rudos (como clavar las cajas de embalaje o abrir los cajones de la metafísica).

La dialéctica difiere de este método porque permite una precisión mucho mayor. No es más que un método de pensar de gran precisión.

La evolución del pensamiento ha sido la misma que la del trabajo manual. Es la misma historia y no hay ningún misterio, todo está claro en esta evolución.

Las dificultades que encontramos provienen de que hasta los 25 años de edad hemos clavado cajas, y súbitamente nos ponen ante aparatos de radio para que hagamos el montaje. Es cierto que tendremos grandes dificultades, que nuestras manos serán torpes, nuestros dedos inhábiles. Sólo poco a poco llegaremos a flexibilizarnos y a realizar ese trabajo. Lo que era muy difícil al comienzo nos parecerá luego más sencillo.

Lo mismo ocurre con la dialéctica. Nos sentiremos torpes, pesados, a causa del antiguo método de pensar metafísico, y debemos adquirir la elasticidad, la precisión del método dialéctico. Pero vemos que tampoco aquí no hay nada misterioso ni muy complicado.

II. ¿DE DÓNDE SURGIÓ EL MÉTODO DIALÉCTICO?

Sabemos que la metafísica considera al mundo como un conjunto de cosas fijas, y que por el contrario, si observamos la naturaleza vemos que todo se mueve, que todo cambia. Comprobamos lo mismo con respecto al pensamiento. De esta comprobación resulta, pues, un desacuerdo entre la metafísica y la realidad. Por eso, para definir de una manera simple y dar una idea esencial, se puede decir: quien dice “metafísica” dice “inmovilidad” y quien dice “dialéctica” dice “movimiento”.

El movimiento y el cambio que existen en todo lo que nos rodea están en la base de la dialéctica.

Cuando sometemos al examen del pensamiento a naturaleza o la historia de la humanidad, o nuestra propia actividad mental, se nos ofrece ante todo el cuadro de un entrelazamiento infinito de relaciones, de acciones y reacciones, en que nada queda como era, donde estaba, como estaba, donde todo se mueve, se transforma, cambia y pasa.⁴⁰

De acuerdo a este texto tan claro de Engels, vemos que desde el punto de vista dialéctico todo cambia, nada se queda donde está, nada continúa siendo lo que es, y, por consiguiente, este punto de vista está en perfecto acuerdo con la realidad. Ninguna cosa permanece en el lugar que ocupa puesto que aún lo que nos parece inmóvil se mueve; se mueve con el movimiento de la tierra alrededor del sol; y se mueve con el movimiento de la tierra sobre sí misma. En la metafísica, el principio de identidad pretende que una cosa sigue siendo ella misma. Por el contrario, vemos que nada sigue siendo como es.

Tenemos la impresión de seguir siendo siempre los mismos y sin embargo -nos dice Engels- "los mismos son diferentes". Pensamos ser idénticos y ya hemos cambiado. De niños que éramos nos hemos convertido en hombre, y este hombre físicamente nunca se mantiene igual: envejece todos los días.

Por lo tanto, movimiento no es una apariencia engañosa, como sostenían los eleáticos, sino lo es la inmovilidad, puesto que, de hecho, todo se mueve y cambia.

También la historia nos demuestra que las cosas no siguen siendo lo que son. En ningún momento la sociedad está inmóvil. Al principio hubo, en la antigüedad, la sociedad esclavista, luego la sucedió la sociedad feudal, después la sociedad capitalista. El estudio de estas sociedades nos muestra que continuamente, insensiblemente, se han desarrollado en ellas los elementos que permitieron el nacimiento de una sociedad nueva. Del mismo modo la sociedad capitalista cambia cada día y ya se ha transformado en la URSS. Y como ninguna sociedad queda inmóvil, también la sociedad socialista edificada en la Unión Soviética está destinada a desaparecer. Se transforma ya a ojos vistas, y por eso los metafísicos no comprenden lo que ocurre allá. Continúan juzgando una sociedad completamente transformada, con sus sentimientos de hombres que soportan todavía la opresión capitalista.

Nuestros mismos sentimientos se transforman, de lo cual apenas nos damos cuenta. Vemos a lo que no era más que una simpatía convertirse en amor y luego degenerar a veces en odio.

Lo que vemos por doquiera, en la naturaleza, la Historia, el pensamiento, es el cambio y el movimiento. Por esta comprobación comienza la dialéctica.

Los griegos sentíanse impresionados por el hecho de que por todas partes se encuentra el cambio y el movimiento. Hemos visto que Heráclito, al que se llama "el padre de la dialéctica", fue el primero en darnos una concepción dialéctica del mundo, es decir, que la ha descrito en movimiento y no fija. La manera de ver de Heráclito puede convertirse en un método.

Pero este método dialéctico no pudo afirmarse sino después de mucho tiempo, y debemos analizar

III. ¿POR QUÉ LA DIALÉCTICA HA ESTADO DOMINADA MUCHOTIEMPO POR LA CONCEPCIÓN METAFÍSICA?

Hemos visto que la concepción dialéctica había surgido demasiado pronto en la historia, pero que los conocimientos insuficientes de los hombres habían permitido a la concepción metafísica desarrollarse y adelantarse a la dialéctica.

Aquí podemos hacer un paralelo entre el idealismo, que surgió de la gran ignorancia de los hombres, y la concepción metafísica, que surgió de los conocimientos insuficientes de la dialéctica.

¿Por qué y cómo fue posible esto?

Los hombres comenzaron el estudio de la naturaleza en un estado de completa ignorancia. Para estudiar los fenómenos que comprueban, comienzan por clasificarlos. Pero de la manera de clasificar resulta un hábito de la mente. Estableciendo categorías y separando estas categorías unas de otras, nuestra mente se habitúa a hacer tales separaciones, y aquí encontramos los primeros caracteres del método metafísico. Por lo tanto, la metafísica surge precisamente de la insuficiencia del desarrollo de la ciencia. Todavía hace 150 años se estudiaban las ciencias separándolas unas de otras. Se estudiaba aparte la química, la física, la biología, por ejemplo, y no se veía ninguna relación entre ellas. También se continuaba aplicando este método en el interior de las ciencias: la física estudiaba el sonido, el calor, el magnetismo, la electricidad, etc., y se pensaba que esos diferentes fenómenos no tenían ninguna relación entre ellos; cada uno de ellos se estudiaba separadamente.

En eso reconocemos perfectamente el segundo carácter de la metafísica, que pretende que se desconozcan las relaciones de las cosas y que entre ellas no haya nada en común.

Del mismo modo, es más fácil concebir las cosas en estado de reposo que en movimiento. Tomemos como ejemplo la fotografía: vemos que al principio se trata de fijar las cosas en su inmovilidad (es la fotografía), y luego, y sólo posteriormente, en su movimiento (es el cine). ¡Y bien!: la imagen de la fotografía y del cine es la imagen del desarrollo de las ciencias y del espíritu humano. Estudiamos las cosas en reposo antes de estudiarlas, en su movimiento.

¿Y esto por qué? Porque no se sabía. Para aprender se adoptó el punto de vista más fácil, y las cosas inmóviles son más fáciles de captar y estudiar. Es cierto que el estudio de las cosas en reposo es un momento necesario del pensamiento dialéctico -pero solamente un momento-, insuficiente, fragmentario, y que es preciso integrar en el estudio de las cosas en transformación.

Volvemos a encontrar este estado de espíritu en la biología, por ejemplo en el estudio de la zoología y la botánica. Como no se los conocía bien, al principio se ha clasificado a los animales en razas, en especies, pensando que entre ellas no había nada de común, y que siempre había sido así (tercer carácter de la metafísica). De ahí proviene la teoría que se llama el “fijismo” (que afirma, contrariamente al “evolucionismo”, que las especies animales han sido siempre lo que son, que nunca han evolucionado), que es, por consiguiente, una teoría metafísica y que proviene de la ignorancia de los hombres.

IV. ¿POR QUÉ ERA METAFÍSICO EL MATERIALISMO DEL SIGLO XVIII?

Sabemos que la mecánica ha desempeñado un gran papel en el materialismo del siglo XVIII y que ese materialismo es denominado a menudo el “materialismo mecanicista”. ¿Por qué ocurrió esto? Porque la concepción materialista está vinculada al desarrollo de todas las ciencias y entre éstas la mecánica fue la primera en desarrollarse. En el lenguaje corriente, la mecánica es el estudio de las máquinas; en lenguaje científico, es el estudio del movimiento como desplazamiento. Y si la mecánica fue la ciencia que se desarrolló primero, es porque el movimiento mecánico es el movimiento más simple. Estudiar el movimiento de una manzana que balancea el viento en un manzano, es mucho más fácil que estudiar el cambio que se produce en la manzana que madura. Se puede estudiar más fácilmente el efecto del viento en la manzana que la maduración de la manzana. Pero este estudio es parcial y por lo tanto abre la puerta a la metafísica.

Si bien observan claramente que todo es movimiento, los griegos no pueden sacar provecho de esta observación, porque su saber es insuficiente. Entonces los hombres observan las cosas y los fenómenos, los clasifican, se contentan con estudiar su desplazamiento, y de ahí la mecánica y la insuficiencia de los conocimientos en las ciencias hace surgir la concepción metafísica.

Sabemos que el materialismo se basa siempre en las ciencias y que en el siglo XVIII la ciencia estaba dominada por el espíritu metafísico. De todas las ciencias, la más desarrollada en esta época era la mecánica.

Por eso era inevitable -dirá Engels- que el materialismo del siglo XVIII fuera un materialismo metafísico y mecanicista, porque las ciencias eran así.

Diremos, pues, que este materialismo metafísico y mecanicista era materialista porque respondía a la cuestión fundamental de la filosofía diciendo que el factor primero era la materia, pero que era metafísico porque consideraba el universo como un conjunto de cosas fijas, y mecanicista porque estudiaba y veía todo a través de la mecánica.

Llegará un día en que mediante la acumulación de las investigaciones, se compruebe que las ciencias no están inmóviles; se comprenderá que en ellas se han producido transformaciones. Después de haber separado la química de la biología y de la física, se advertirá que se vuelve imposible tratar una u otra sin recurrir a las demás. Por ejemplo, el estudio de la digestión, que pertenece al dominio de la biología, se vuelve imposible sin la química. Hacia el siglo XIX se descubrirá, pues, que las ciencias están vinculadas entre sí, y de ello se derivará un abandono del espíritu metafísico en las ciencias, porque se tendrá un conocimiento más profundo de la naturaleza. Hasta entonces, los fenómenos de la física se habían estudiado separadamente; ahora resultaba obligatorio comprobar que todos esos fenómenos eran de la misma naturaleza. Así, la electricidad y el magnetismo, que antes se estudiaban separadamente, se hallan reunidos hoy en una ciencia única: el electro-magnetismo.

Del mismo modo, al estudiar los fenómenos del sonido y del calor, se advirtió que ambos habían surgido de un fenómeno de la misma naturaleza.

Golpeando con un martillo se obtiene un sonido y se produce calor. El que produce el calor es el movimiento y sabemos que el sonido consiste en vibraciones en el aire; también las vibraciones son movimiento. He aquí, pues, dos fenómenos de la misma naturaleza.

Haciendo clasificaciones cada vez más minuciosas, en biología se llegó a encontrar especies que no se podían clasificar ni como vegetales ni como animales. Por lo tanto, no existía una separación brusca entre vegetales y animales. Impulsando más los estudios, se arribó a la conclusión de que los animales no habían sido siempre lo que son. Los hechos han condenado al fijismo y al espíritu metafísico.

Esta transformación que acabamos de ver y que ha permitido al materialismo convertirse en dialéctico, se produjo en el curso del siglo XIX. La dialéctica es el espíritu de las ciencias que, al desarrollarse, han abandonado la concepción metafísica. El materialismo ha podido transformarse porque las ciencias han cambiado. A las ciencias metafísicas corresponde el materialismo metafísico, y a las ciencias nuevas corresponde un materialismo nuevo, que es el materialismo dialéctico.

V. CÓMO SURGIÓ EL MATERIALISMO DIALÉCTICO: HEGEL Y MARX

Si preguntamos cómo se operó esta transformación del materialismo metafísico en materialismo dialéctico, se responde generalmente diciendo:

Había el materialismo metafísico, el del siglo XVIII;

Las ciencias han cambiado;

Marx y Engels han intervenido; han cortado en dos al materialismo metafísico; abandonando la metafísica, conservaron el materialismo acoplándole la dialéctica.

Si nos inclinamos a presentar las cosas así, ello proviene del método metafísico, que nos lleva a simplificar las cosas para esquematizarlas. Por el contrario, debemos tener continuamente presente que los hechos de la realidad nunca deben ser esquematizados. Los hechos son más complicados de lo que parecen y de lo que creemos. Por lo tanto, no ha habido una transformación tan simple del materialismo metafísico en materialismo dialéctico.

De hecho, la dialéctica fue desarrollada por un filósofo idealista alemán, Hegel (1770-1831), quien supo comprender el cambio que se había operado en las ciencias. Retornando la vieja idea de Heráclito, comprobó, ayudado por los progresos científicos, que en el universo todo es movimiento y cambio, que nada está aislado, sino que todo depende de todo, y así creó la dialéctica. A causa de Hegel, pues, hablamos hoy de movimiento dialéctico del mundo. Lo que Hegel captó primero fue el movimiento del pensamiento, y lo llamó naturalmente dialéctico, puesto que se trata de un progreso del espíritu a través del choque de las ideas, de la discusión.

Pero Hegel es idealista, es decir, que da primordial importancia al espíritu, y como consecuencia se forma una concepción particular del movimiento y del cambio. Piensa que los cambios del espíritu provocan los cambios en la materia. Para Hegel, el universo es la idea materializada y, antes que el universo, en primer lugar está el espíritu que descubre el universo. En resumen, comprueba que el espíritu y el universo están en perpetuo cambio, pero saca la conclusión de que los cambios del espíritu determinan los cambios en la materia.

Ejemplo: el inventor tiene una idea, realiza su idea, y esta idea materializada es la que crea cambios en la materia.

Por lo tanto, Hegel es dialéctico, pero subordina la dialéctica al idealismo.

Es entonces cuando Marx (1818-1883) y Engels, que eran discípulos de Hegel, pero discípulos materialistas, y que por lo tanto daban importancia primordial a la materia, piensan que su dialéctica da afirmaciones justas, pero a la inversa. Engels dirá a este respecto: con Hegel la dialéctica se mantiene cabeza abajo: había que pararla sobre sus pies. Marx y Engels transfieren, pues, a la realidad material, la causa inicial de ese movimiento del pensamiento definido por Hegel, y lo llaman naturalmente dialéctico tomándole el mismo término.

Piensan que Hegel ha tenido razón al decir que el pensamiento y el universo están en perpetuo cambio, pero que se engañaba al afirmar que los cambios en las ideas son los que determinan los cambios en las cosas. Por el contrario, son las cosas las que nos dan las ideas, y las ideas se modifican porque las cosas se modifican.

Antiguamente se viajaba en diligencia. Hoy, viajamos en ferrocarril. No es porque tengamos la idea de viajar en ferrocarril que existe este medio de locomoción. Nuestras ideas se han modificado porque las cosas se han modificado.

Por lo tanto, debemos evitar decir: “Marx y Engels poseían por una parte el materialismo, surgido del materialismo francés del siglo XVIII, y por otra, la dialéctica de Hegel; por consiguiente, sólo les faltaba vincular uno a la otra.”

Esa es una concepción simplista, esquemática, que olvida que los fenómenos son más complicados; es una concepción metafísica.

Marx y Engels tomarán, ciertamente, la dialéctica de Hegel, pero la transformarán. Y harán otro tanto con el materialismo, para darnos el materialismo dialéctico.

CAPÍTULO SEGUNDO LAS LEYES DE LA DIALÉCTICA PRIMERA LEY: EL CAMBIO DIALÉCTICO

I. QUÉ SE ENTIENDE POR CAMBIO DIALÉCTICO

La primera ley de la dialéctica comienza por comprobar que “nada permanece donde está, nada sigue siendo lo que es”. Decir dialéctica es decir movimiento, cambio. En consecuencia, cuando se habla de situarse en el punto de vista de la dialéctica, esto quiere decir situarse en el punto de vista del movimiento, del cambio: cuando querramos estudiar las cosas según la dialéctica, las estudiaremos en sus movimientos, en su cambio.

He aquí una manzana. Tenemos dos medios de estudiar esta manzana: por una parte desde el punto de vista metafísico, por la otra desde el punto de vista dialéctico.

En el primer caso daremos una descripción de este fruto, su forma, su color. Enumeraremos sus propiedades, hablaremos de su gusto, etc. Después podremos comparar la manzana con una pera, ver sus semejanzas, sus diferencias, y por último sacar la conclusión: una manzana es una manzana y una pera es una pera. Así se estudiaban las cosas antiguamente, como lo atestiguan numerosos libros.

Si queremos estudiar la manzana situándonos desde el punto de vista dialéctico, nos situaremos desde el punto de vista del movimiento; no del movimiento de la manzana cuando rueda y se desplaza, sino del movimiento de su evolución. Entonces comprobaremos que la manzana madura no siempre ha sido como es. Antes era una manzana verde. Previamente a su condición de flor era un botón; y así nos remontaremos hasta el estado del manzano en la época primaveral. Por lo tanto, la manzana no ha sido siempre una manzana, tiene una historia; y del mismo modo, no seguirá siendo lo que es. Si cae se podrá, se descompondrá, liberará sus semillas que, si todo va bien, darán un retoño y después un árbol. Por consiguiente, la manzana no ha sido siempre lo que es y tampoco seguirá siendo lo que es.

He aquí lo que se llama estudiar las cosas desde el punto de vista del movimiento. Es el estudio desde el punto de vista del pasado y del porvenir. Estudiando de este modo, sólo se ve la manzana como transición entre lo que era, el pasado, y lo que será, el porvenir.

Para situar correctamente esta manera de ver las cosas, tomaremos otros dos ejemplos: la Tierra y la sociedad.

Colocándonos desde el punto de vista metafísico, describiremos la forma de la Tierra en todos sus detalles. Comprobaremos que en su superficie hay mares, tierras, montañas; estudiaremos la naturaleza del suelo. Después podremos comparar la Tierra con los otros planetas o la luna y por último sacaremos la conclusión: la Tierra es la Tierra.

En cambio, estudiando la historia de la Tierra desde el punto de vista dialéctico, veremos que no fue siempre lo que es, que ha experimentado transformaciones y que, en consecuencia, la Tierra experimentará nuevamente en el porvenir otras transformaciones. Por lo tanto, hoy debemos considerar que el estado actual de la Tierra sólo es una transición entre los cambios pasados y los cambios, que

vendrán. Transición en la cual los cambios que se efectúan son imperceptibles, aunque se produzcan en una escala mucho más grande que los que se efectúan en la maduración de la manzana.

Veamos ahora el ejemplo de la sociedad, que interesa particularmente a los marxistas.

Sigamos aplicando nuestros dos métodos: desde el punto de vista metafísico, se nos dirá que siempre ha habido ricos y pobres. Se comprobará que hay grandes bancos, enormes fábricas. Se nos dará una descripción detallada de la sociedad capitalista comparándola con las sociedades pasadas; (feudal, esclavista) buscando las semejanzas o las diferencias, y se nos dirá: la sociedad capitalista es lo que es.

Desde el punto de vista dialéctico, sabremos que la sociedad capitalista no ha sido siempre lo que es. Si comprobamos que en el pasado otras sociedades han existido durante cierto período, será para deducir que la sociedad capitalista, como todas las sociedades, no es definitiva, no tiene base intangible, sino que por el contrario sólo es para nosotros una realidad provisoria, una transición entre el pasado y el porvenir.

A través de estos ejemplos vemos que considerar las cosas desde el punto de vista dialéctico, es considerar cada cosa como provisoria, como teniendo una historia en el pasado y debiendo tener una historia en el porvenir, teniendo un comienzo y debiendo tener su fin...

II. "PARA LA DIALÉCTICA NO HAY NADA DEFINITIVO, ABSOLUTO, SAGRADO..."

Para la dialéctica no hay nada definitivo, absoluto, sagrado; muestra la caducidad de todas las cosas y en todas las cosas, y para ella sólo existe el proceso ininterrumpido del devenir y de lo transitorio.⁴¹

He aquí una definición que subraya lo que acabamos de ver y lo que vamos a estudiar:

"Para la dialéctica no hay nada definitivo." Esto quiere decir que para la dialéctica cada cosa tiene un pasado y tendrá un porvenir; que, por consiguiente, no es así de una vez por todas y que lo que ella es hoy, no es definitivo. (Ejemplos de la manzana, de la Tierra, de la sociedad.)

Para la dialéctica no hay ningún poder en el mundo ni más allá del mundo que pueda fijar las cosas en un estado definitivo: así, pues, "nada es absoluto". (Absoluto quiere decir: que no está sometido a ninguna condición; por lo tanto, que es universal, eterno, perfecto.)

"Nada sagrado" no quiere decir que la dialéctica desprecie todo. ¡No! Una cosa sagrada es una cosa que se considera como inmutable, que no se debe tocar ni discutir sino solamente venerar. La sociedad capitalista es "sagrada", por ejemplo. ¡Y bien! La dialéctica dice que nada escapa al movimiento, al cambio, a las transformaciones de la Historia.

"Caducidad" procede de "caduco", que significa: que cae; una cosa caduca es una cosa que envejece y debe desaparecer. La dialéctica nos demuestra que lo que es caduco ya no tiene razón de ser, que todo está destinado a desaparecer. Lo que es joven se vuelve viejo; lo que hoy está en vida muere mañana, y para la dialéctica sólo existe "el proceso ininterrumpido del devenir y de lo transitorio".

Por consiguiente, situarse desde el punto de vista dialéctico es considerar que nada es eterno, salvo el cambio. Es considerar que ninguna cosa particular puede ser eterna, salvo el "devenir".

Pero ¿qué es este "devenir" del que habla Engels en su definición?

Hemos visto que la manzana tiene una historia. Tomemos ahora, por ejemplo, un lápiz, que también tiene su historia.

Este lápiz que ahora está gastado ha sido nuevo. La madera con que está hecho proviene de una tabla, y esta tabla sale de un árbol. Vemos, pues, que la manzana y el lápiz tienen cada cual su historia y que ni el uno ni el otro han sido siempre lo que son. Pero ¿hay una diferencia entre estas dos historias? ¡Ciertamente!

La manzana verde se ha vuelto madura. ¿Podía, siendo verde y si todo marcha normalmente, no volverse madura? No, debía madurar, así como, al caer a tierra, debía podrirse, descomponerse, liberar sus semillas.

En cambio, el árbol del que proviene el lápiz puede no transformarse en tabla, y esta tabla puede no convertirse en lápiz. El mismo lápiz puede permanecer siempre entero, no ser despuntado.

Por lo tanto comprobamos una diferencia entre estas dos historias. En lo que respecta a la manzana, se trata de la manzana verde que se ha vuelto madura -si nada anormal se produce- y de la flor que se ha convertido en manzana. Así pues, dada una fase, la otra fase sigue necesariamente, inevitablemente (si nada detiene la evolución).

Por el contrario, en la historia del lápiz el árbol puede no convertirse en tabla, la tabla puede no convertirse en lápiz, y el lápiz puede no ser despuntado. Así pues, dada una fase, la otra fase puede no seguir. Si la historia del lápiz recorre todas esas fases, es gracias a una intervención extraña -la del hombre.

En la historia de la manzana, encontramos fases que se suceden derivando de la primera a la segunda fase, etc. Sigue la “transformación” de que habla Engels. En la del lápiz, la fases se “yuxtaponen”, sin derivar una de otra. Es que la manzana sigue un proceso natural.

III. EL PROCESO

(Palabra que proviene del latín y que significa: marcha adelante o el hecho de avanzar, de progresar.)

¿Por qué la manzana verde se vuelve madura?: a causa de lo que contiene. A causa de los encadenamientos internos que impulsan la manzana a madurar; como era manzana aún antes de estar madura, no podía dejar de madurar.

Cuando se examina la flor que se convertirá en manzana y luego la manzana verde que se volverá madura, se comprueba que estos encadenamientos internos que impulsan la manzana en su evolución, actúan bajo el imperio de fuerzas internas llamadas el autodinamismo, lo que quiere decir: fuerza que proviene de uno mismo.

Cuando el lápiz todavía era tabla, fue necesaria la intervención del hombre para hacerlo convertirse en lápiz, porque la tabla nunca se hubiera transformado por sí misma en lápiz. No ha habido fuerzas internas, ni autodinamismo ni proceso. Por lo tanto, quien dice dialéctica dice no sólo movimiento, sino también autodinamismo.

Vemos, pues, que el movimiento dialéctico contiene en sí el proceso, el autodinamismo, que es lo esencial. Porque no todo movimiento o cambio es dialéctico. Si tomamos una pulga para estudiarla desde el punto de vista dialéctico, diremos que no siempre ha sido lo que es y que no será siempre lo que

es; si la aplastamos, eso constituirá para ella, indudablemente, un cambio; pero este cambio ¿será dialéctico? No. Sin nosotros, ella no se hubiera aplastado. Por consiguiente, este cambio no es dialéctico, sino mecánico.

Debemos prestar mucha atención, pues, cuando hablamos del cambio dialéctico. Pensamos que si la Tierra continúa existiendo, la sociedad capitalista será reemplazada por la sociedad socialista, después por la comunista. Será un cambio dialéctico. Pero si la Tierra llegara a saltar en pedazos, la sociedad capitalista desaparecería no por un cambio autodinámico, sino por un cambio mecánico.

En otro orden de ideas, decimos que hay una disciplina mecánica, cuando esta disciplina no es natural. Pero es autodinámica cuando es libremente consentida, es decir, cuando procede de su medio natural. Una disciplina mecánica es impuesta desde afuera; es una disciplina procedente de jefes diferentes de aquellos que mandan. (Y entonces comprendemos que la disciplina no mecánica, la disciplina autodinámica, no está al alcance de todas las organizaciones...)

Debemos evitar, por lo tanto, servirnos de la dialéctica de una manera mecánica. Esta es una tendencia originada en nuestro hábito metafísico de pensar. No hay que repetir como un loro que las cosas no han sido siempre lo que son. Cuando un dialéctico dice esto, debe investigar en los hechos lo que las cosas han sido antes. Porque decir eso no constituye el fin de un razonamiento, sino el comienzo de estudios para observar minuciosamente qué han sido antes las cosas.

Marx, Engels, Lenin, han hecho largos y precisos estudios sobre lo que ha sido la sociedad capitalista antes de ellos. Han observado hasta los mínimos detalles para establecer los cambios dialécticos. Para describir y criticar los cambios de la sociedad capitalista, para analizar el período imperialista, Lenin ha efectuado estudios muy precisos y consultado numerosas estadísticas.

Cuando hablamos de autodinamismo, nunca debemos convertirlo en una frase literaria; sólo debemos emplear esta palabra a sabiendas y para los que la comprenden totalmente.

Por último, después de haber visto al estudiar una cosa cuáles son sus cambios autodinámicos y de haber dicho qué cambio se ha comprobado, hay que estudiar, investigar por qué razón es autodinámico.

Por eso la dialéctica, las investigaciones y las ciencias están estrechamente vinculadas.

La dialéctica no es un medio para explicar y conocer las cosas sin haberlas estudiado, sino el medio de estudiar y hacer buenas observaciones investigando el comienzo y el fin de las cosas, de dónde vienen y adónde van.

CAPÍTULO TERCERO SEGUNDA LEY: LA ACCIÓN RECÍPROCA

I. EL ENCADENAMIENTO DE LOS PROCESOS

Acabamos de ver, a propósito del ejemplo de la manzana, lo que es el proceso. Volvamos a ese ejemplo. Hemos investigado de dónde procedía la manzana y en nuestras investigaciones hemos debido remontarnos hasta el árbol. Pero este problema de investigación se plantea también para el árbol. El estudio de la manzana nos conduce a los orígenes y de los destinos del árbol. ¿De dónde procede el árbol? De la manzana. Procede de una manzana que ha caído, que se ha podrido en tierra para dar nacimiento a un retoño, y esto nos conduce a estudiar el terreno, las condiciones en las cuales las semillas de la manzana han podido dar un retoño, las influencias del aire, del sol, etc. Así, partiendo del estudio de la manzana, hemos llegado al examen del suelo, pasando del proceso de la manzana al del árbol, proceso éste que se encadena a su vez con el del suelo. Tenemos lo que se llama “un encadenamiento de procesos”. Esto va a permitirnos enunciar y estudiar esta segunda ley de la dialéctica: la ley de la acción recíproca. Tomemos como ejemplo de encadenamiento de procesos, después del ejemplo de la manzana, el de la Universidad Obrera de París.

Si estudiamos esta escuela desde el punto de vista dialéctico, investigaremos de dónde procede y para empezar tendremos una respuesta: en el otoño de 1932, los camaradas reunidos decidieron fundar en París una Universidad Obrera para estudiar el marxismo.

Pero, ¿cómo se le ocurrió a este comité la idea de hacer estudiar el marxismo? Evidentemente porque el marxismo existe. Pero entonces, ¿de dónde procede el marxismo, pues?

Vemos que la investigación del encadenamiento de los procesos nos lleva a estudios minuciosos y completos. Más aún: investigando de dónde procede el marxismo, deberemos comprobar que esta doctrina es la conciencia misma del proletariado; vemos, pues (ya se esté por o contra el marxismo), que el proletariado existe; y entonces plantearemos de nuevo esta cuestión: ¿de dónde procede el proletariado?

Sabemos que proviene de un sistema económico: el capitalismo. Sabemos que la división de la sociedad en clases, la lucha de clases, no ha nacido del marxismo -como lo pretenden nuestros adversarios-, sino que por el contrario, el marxismo comprueba la existencia de esta lucha de clases y extrae su fuerza del proletariado ya existente.

Así, de proceso en proceso, llegamos al examen de las condiciones de existencia del capitalismo. De este modo tenemos un encadenamiento de procesos, que nos demuestra que todo influye sobre todo. Es la ley de la acción recíproca.

Para concluir con estos dos ejemplos, el de la manzana y el de la Universidad Obrera, veamos cómo habría procedido un metafísico.

En el ejemplo de la manzana, no habría podido menos que pensar “¿de dónde procede la manzana?” Y habría quedado satisfecho con la respuesta “la manzana procede del árbol”, sin ir más lejos en su investigación.

Con respecto a la Universidad Obrera le habría bastado decir, acerca de su origen, que fue fundada por un grupo de hombres que quieren “corromper al pueblo” u otros absurdos por el estilo...

Pero el dialéctico ve todos los encadenamientos de procesos que culminan, por una parte, en la manzana, y por la otra en la Universidad Obrera. El dialéctico relaciona el hecho particular, el detalle, con el conjunto.

Relaciona la manzana con el árbol y se remonta más lejos, hasta la naturaleza en su conjunto. La manzana no es sólo el fruto del manzano, sino también el fruto de toda la naturaleza.

La Universidad Obrera no es sólo el “fruto” del proletariado, sino también el “fruto” de la sociedad capitalista.

Por lo tanto vemos que, contrariamente al metafísico que concibe el mundo como un conjunto de cosas fijas, el dialéctico verá el mundo como un conjunto de procesos. y si el punto de vista dialéctico es correcto para la naturaleza y las ciencias, también es correcto en lo que concierne a la sociedad.

El antiguo método de investigaciones y de pensamiento que Hegel llamaba método metafísico y que se ocupaba preferentemente del estudio de las cosas consideradas como objetos fijos dados... tenía, en su época, su gran justificación histórica.⁴²

Como consecuencia, en esa época se estudiaba toda cosa y la sociedad como un conjunto de “objetos fijos dados”, que no sólo no cambian sino que, particularmente en lo que se refiere a la sociedad, no están destinados a desaparecer.

Engels señala la importancia capital de la dialéctica, esta

gran idea fundamental según la cual el mundo no debe ser considerado como un complejo de cosas acabadas, sino como un complejo de procesos en el que las cosas, aparentemente estables, de igual modo que los reflejos intelectuales en nuestro cerebro, las ideas, pasan por un cambio ininterrumpido de devenir y decadencia en el que finalmente, y a pesar de todo aparente azar y de todos los retrocesos momentáneos, termina por manifestarse un desarrollo progresivo.⁴³

Por lo tanto, tampoco la sociedad capitalista debe ser considerada como un “complejo de cosas acabadas”, sino que, por el contrario, también debe ser estudiada como un complejo de procesos.

Los metafísicos se dan cuenta de que la sociedad capitalista no ha existido siempre, y dicen que tiene una historia, pero piensan que con su aparición la sociedad ha terminado de evolucionar y en adelante permanecerá “fija”. Consideran todas las cosas como acabadas y no como el comienzo de un nuevo proceso. El relato de la creación del mundo por Dios es una explicación del mundo como complejo de cosas acabadas. Dios ha efectuado cada día una tarea acabada. Ha hecho las plantas, los animales, el hombre, de una vez por todas; de ahí la teoría del fijismo.

La dialéctica juzga de manera opuesta. No considera las cosas como “objetos fijos” sino en “movimiento”. Para ella, ninguna cosa está acabada; es siempre el fin de mi proceso y el comienzo de otro proceso, en continua transformación y desarrollo. Por eso estamos tan seguros de la transformación

de la sociedad capitalista en sociedad socialista. Como nada está definitivamente acabado, la sociedad capitalista es el fin de un proceso al cual sucederá la sociedad socialista, después la sociedad comunista y así sucesivamente; hay y habrá continuamente un desarrollo.

Pero aquí hay que prestar atención, para no considerar la dialéctica como algo fatal, de donde se podría llegar a la conclusión siguiente: “puesto que ustedes están tan seguros del cambio que desean, ¿por qué luchan?” Porque, como dice Marx... “para que se produzca el parto de la sociedad socialista se necesitará un partero”; de donde deriva la necesidad de la revolución, de la acción.

Es que las cosas no son tan simples. No hay que olvidar el papel de los hombres, que pueden hacer avanzar o retrasar esta transformación (cuestión que examinaremos en el capítulo V de esta parte, cuando hablemos del “materialismo histórico”).

Lo que comprobamos actualmente es la existencia en todas las cosas de encadenamientos de procesos que se producen por la fuerza interna de las cosas (el autodinamismo). Es que para la dialéctica - insistimos en ello- nada está acabado. Es preciso considerar el desarrollo de las cosas teniendo en cuenta que nunca hay escena final. Al terminar una obra de teatro del mundo comienza el primer acto de otra obra. En verdad, este primer acto ya había comenzado en el último acto de la obra precedente...

II. LOS GRANDES DESCUBRIMIENTOS DEL SIGLO XIX

Lo que ha determinado el abandono del espíritu metafísico y que ha obligado a los sabios, desde Marx y Engels, a considerar las cosas en su movimiento dialéctico, son, como sabemos, los descubrimientos hechos en el siglo XIX. Sobre todo tres grandes descubrimientos de esta época, señalados por Engels en su libro Ludwig Feuerbach. han hecho progresar la dialéctica.

1. El descubrimiento de la célula viva y su desarrollo⁴⁴

Antes de este descubrimiento, se había tomado como base de razonamiento el “fijismo”. Se consideraban las especies como extrañas unas a otras. Además, se distinguía categóricamente el reino animal, por una parte, y por la otra el reino vegetal.

Después llega este descubrimiento que permite precisar la idea de la “evolución” que los pensadores y los sabios del siglo XVIII ya habían adelantado. Permite comprender que la vida está formada por una sucesión de muertes y nacimientos y que todo ser vivo es una asociación de células. Esta comprobación no deja entonces subsistir ninguna frontera entre los animales y las plantas, y de este modo anula la concepción metafísica.

2. El descubrimiento de la transformación de la energía

Antiguamente la ciencia creía que el sonido, el calor, la luz, por ejemplo, eran completamente extraños unos a otros. Pero se descubre que todos esos fenómenos pueden transformarse unos en otros, que hay encadenamientos de procesos tanto en la materia inerte como en la naturaleza viva. Esta revelación es otro golpe asestado al espíritu metafísico.

3. El descubrimiento de la evolución en el hombre y en los animales

Darwin -dice Engels- demuestra que todos los productos de la naturaleza son la culminación de un largo proceso de desarrollo de pequeños gérmenes unicelulares en el origen: todo es el producto de un largo proceso que tiene por origen la célula.

Y Engels extrae la conclusión de que, gracias a estos tres grandes descubrimientos, podemos seguir el encadenamiento de todos los fenómenos de la naturaleza, no sólo en el interior de los diferentes campos, sino también entre los diferentes campos.

Son las ciencias, pues, las que han permitido el enunciado de esta segunda ley de la acción recíproca.

Entre los reinos vegetal, animal, mineral, no hay separación total, sino sólo proceso; todo se encadena. Y esto también es cierto en lo que respecta a la sociedad. Las diferentes sociedades que han atravesado la historia de los hombres deben ser consideradas como una sucesión de encadenamientos de procesos, en los que cada una ha surgido necesariamente de la que la ha precedido.

Debemos recordar, pues, que: la ciencia, la naturaleza, la sociedad, deben verse como un encadenamiento de procesos, y el motor que actúa para desarrollar este encadenamiento, es el

Schwann y Schleiden, al descubrir con la célula orgánica “la unidad de donde se desarrolla, por la multiplicación y la diferenciación, todo organismo animal y vegetal”, establecieron la continuidad de los dos grandes reinos de la naturaleza viviente.

III. EL DESARROLLO HISTÓRICO O DESARROLLO EN ESPIRAL

Si examinamos un poco más de cerca el proceso que comenzamos a conocer, vemos que la manzana es el resultado de un encadenamiento de procesos. ¿De dónde procede la manzana? La manzana procede del árbol. ¿De dónde procede el árbol? De la manzana. Podemos pensar, pues, que estamos ante un círculo vicioso en el que giramos para volver siempre al mismo punto. Árbol, manzana. Manzana, árbol. Lo mismo se presenta si tomamos el ejemplo del huevo y de la gallina. ¿De dónde procede el huevo? De la gallina. ¿De dónde procede la gallina? Del huevo.

Si consideráramos las cosas de este modo, no se trataría de un proceso sino de un círculo, y esta apariencia ha dado, por otra parte la idea de un “retorno eterno”. Es decir, que volveríamos siempre al mismo punto, al punto de partida.

Pero veamos exactamente cómo se plantea el problema.

He aquí una manzana.

Esta, al descomponerse, engendra un árbol o árboles.

Cada árbol no da una manzana, sino varias manzanas.

Por consiguiente, no volvemos al mismo punto de partida; volvemos a la manzana, pero en otro plano.

Del mismo modo, si partimos del árbol, tendremos:

Un árbol que da

Manzanas, y estas manzanas darán

Varios árboles.

Aquí también volvemos al árbol, pero en otro plano. El punto de vista se ha ampliado.

Por lo tanto no tenemos un círculo, como las apariencias tendían a hacerlo creer, sino un proceso de desarrollo que llamaremos un desarrollo histórico. La historia demuestra que el tiempo no pasa sin dejar huellas. El tiempo pasa, pero no vuelven los mismos desarrollos. El mundo, la naturaleza, la sociedad, constituyen un desarrollo que es histórico, un desarrollo que en lenguaje filosófico se llama “en espiral”.

Se emplea esta imagen para dar precisión a las ideas. Es una comparación para ilustrar el hecho de que las cosas evolucionan según un proceso circular, pero no vuelven al punto de partida, vuelven un poco por encima, en otro plano; y así sucesivamente, lo que da una espiral ascendente.

Por consiguiente, el mundo, la naturaleza, la sociedad, tienen un desarrollo histórico (en espiral), y lo que mueve, ese desarrollo es -no lo olvidemos- el autodinamismo.

IV. CONCLUSIÓN

En estos primeros capítulos sobre la dialéctica acabamos de estudiar las dos primeras leyes: la del cambio y la de la acción recíproca. Esto era indispensable para poder abordar el estudio de la ley de contradicción, porque ésta es la que va a permitirnos comprender la fuerza que mueve el “cambio dialéctico”, al autodinamismo.

En el primer capítulo relativo al estudio de la dialéctica, hemos visto por qué ésta teoría había sido dominada durante largo tiempo por la concepción metafísica y por qué el materialismo del siglo XVIII era metafísico. Ahora -después de haber examinado rápidamente los tres grandes descubrimientos del siglo XIX, que han permitido al materialismo desarrollarse para volverse dialéctico-, comprendemos mejor por qué era necesario que la historia de esta filosofía atravesara los tres grandes períodos que conocemos: 1º) materialismo de la antigüedad (teoría de los átomos); 2º) materialismo del siglo XVIII (mecanicista y metafísico), para desembocar, finalmente, 3º) en el materialismo dialéctico.

Habíamos afirmado que el materialismo había nacido de las ciencias y vinculado con ellas. Después de estos tres capítulos podemos ver que cierto es esto. En este estudio del movimiento y del cambio dialécticos, y después de esta ley de la acción recíproca, hemos visto que todos nuestros razonamientos están basados en las ciencias.

Hoy día, en que los estudios científicos están extremadamente especializados y en que los sabios (ignorando en general el materialismo dialéctico) no pueden a veces comprender la importancia de sus descubrimientos particulares en relación con el conjunto de las ciencias, el papel de la filosofía (cuya misión, como ya lo hemos dicho, consiste en dar una explicación del mundo y de los problemas más generales), y particularmente la misión del materialismo dialéctico, es reunir todos los descubrimientos particulares de cada ciencia para hacer su síntesis y dar así una teoría que nos hace cada vez en mayor medida, como decía Descartes, “amos y poseedores de la naturaleza”.

CAPÍTULO CUARTO TERCERA LEY: LA CONTRADICCIÓN

Hemos visto que la dialéctica considera las cosas como en perpetuo cambio, evolucionando continuamente y, en una palabra, experimentando un movimiento dialéctico. (1ª ley).

Este movimiento dialéctico es posible porque toda cosa no es sino el resultado, en el momento en que la estudiamos, de un encadenamiento de procesos, es decir, un encadenamiento de fases que surgen unas de otras. Y llevando más allá nuestro estudio, hemos visto que este encadenamiento de procesos se desarrolla necesariamente, inevitablemente, en el tiempo, en un movimiento progresivo, “a pesar de los retrocesos momentáneos”.

Hemos llamado a ese desarrollo un “desarrollo histórico” o “en espiral”, y sabemos que ese desarrollo se engendra a sí mismo, por autodinamismo.

Pero, ahora, ¿cuáles son las leyes del auto dinamismo? ¿Cuáles son las leyes que permiten que las fases surjan unas de otras? Esto es lo que se llama las “leyes del movimiento dialéctico”.

La dialéctica nos enseña que las cosas no son eternas: tienen un comienzo, una madurez, una vejez, que termina por un fin, una muerte.

Todas las cosas pasan por esas fases: nacimiento, madurez, vejez, fin. ¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué las cosas no son eternas?

Esta es una vieja cuestión que siempre ha apasionado a la humanidad. ¿Por qué hay que morir? No se comprende esta necesidad, y los hombres, en el curso de la Historia, han soñado con la vida eterna, en los medios para cambiar este estado de hecho -por ejemplo en la Edad Media-, inventando bebidas mágicas (elixires de juventud o de vida).

¿Por qué, pues, lo que nace está obligado a morir? Esta es una gran ley de la dialéctica que debemos confrontar con la metafísica para comprenderla bien.

I. LA VIDA Y LA MUERTE

Desde el punto de vista metafísico, se consideran las cosas en forma aislada, tomándolas en sí mismas y, al estudiar las cosas así, la metafísica las considera en forma unilateral, es decir, de un solo lado. Por eso se puede decir que quienes ven las cosas de un solo lado son metafísicos. En resumen: cuando un metafísico examina el fenómeno que se llama la vida, lo hace sin vincular ese fenómeno con otro. Ve la vida en sí misma, en forma unilateral. La ve de un solo lado. Si examina la muerte, hará la misma cosa; aplicará su punto de vista unilateral, y dirá en conclusión: la vida es la vida; y la muerte es la muerte. Entre las dos, nada en común; no se puede estar a la vez vivo y muerto, porque son dos cosas opuestas, completamente contrarias una a la otra.

Ver así las cosas es verlas superficialmente. Si se las examina de un poco más de cerca, se verá en primer lugar que no se puede oponer una a la otra, que ni siquiera se las puede separar tan brutalmente,

puesto que la experiencia, la realidad, nos demuestran que la muerte continúa la vida, que la muerte proviene de lo vivo.

Y la vida ¿puede surgir de la muerte? Sí. Porque los elementos del cuerpo muerto van a transformarse para dar nacimiento a otras vidas y servir de abono a la tierra, que será más fértil, por ejemplo. En muchos casos, la muerte, ayudará a la vida, la muerte permitirá nacer a la vida; y en los mismos cuerpos vivos, la vida sólo es posible porque continuamente las células que mueren son reemplazadas por otras que nacen.⁴⁵

Por lo tanto, la vida y la muerte se transforman continuamente una en otra, y, en todas las cosas, comprobamos la constancia de esta gran ley: en todas partes, las cosas se transforman en su contrario.

II. LAS COSAS SE TRANSFORMAN EN SU CONTRARIO

Los metafísicos oponen los contrarios, pero la realidad nos demuestra que los contrarios se transforman uno en otro; que las cosas no siguen siendo ellas mismas, sino que se transforman en sus contrarios.

Si examinamos la verdad y el error, pensamos: entre ellos no hay nada en común. La verdad es la verdad y un error es un error. Este es el punto de vista unilateral, que opone brutalmente los dos contrarios como opondría la vida y la muerte.

Y sin embargo, si decimos: “Está lloviendo”, ocurre a veces que no hemos terminado de decirlo cuando ya no llueve más. Esta frase era correcta cuando la comenzamos y se ha transformado en error. (Los griegos ya habían comprobado esto y decían que, para no engañarse, ¡no había que decir nada!)

Del mismo modo, volvamos al ejemplo de la manzana. Uno ve en el suelo una manzana madura y dice: “He aquí una manzana madura.” Sin embargo, está en el suelo desde hace cierto tiempo y ya comienza a descomponerse, de suerte que la verdad se vuelve error.

Las ciencias también nos dan numerosos ejemplos de leyes consideradas durante muchos años como “verdades”, y que se revelaron en cierto momento, debido a los progresos científicos, como “errores”.

Vemos, pues, que la verdad se transforma en error. Pero ¿se transforma el error en verdad?

Al comienzo de la civilización, los hombres, especialmente en Egipto, imaginaban combates entre los dioses para explicar la salida y la puesta del sol; este es un error en la medida en que se dice que los dioses impulsan o llevan el sol para hacerlo mover. Pero la ciencia da parcialmente razón a este razonamiento, diciendo que en efecto hay fuerzas (puramente físicas, por otra parte) que hacen mover el sol. Vemos, pues, que el error no está totalmente opuesto a la verdad.

Si por lo tanto las cosas se transforman en su contrario, ¿cómo es ello posible? ¿Cómo se transforma la vida en la muerte?

Si no hubiera más que la vida, la vida al 100%, no podría ser nunca la muerte, y si la muerte fuera totalmente ella misma, la muerte al 100%, sería imposible que una se transformara en la otra. Pero ya hay muerte en la vida y por consiguiente vida en la muerte.

Observando de cerca veremos que un ser vivo está compuesto de células, que estas células se renuevan, que desaparecen y reaparecen en el mismo lugar. Viven y mueren continuamente en un ser vivo, en el cual hay, pues, vida y muerte.

Sabemos también que la barba de un muerto continúa creciendo. Lo mismo ocurre con las uñas y con los cabellos. He aquí fenómenos netamente caracterizados, los que prueban que la vida continúa en la muerte.

“Mientras consideramos las cosas como en reposo y sin vida, cada una para sí, una al lado de la otra y una después de la otra, no nos enfrentamos, ciertamente, con ninguna contradicción. Les encontramos determinadas propiedades que son en parte comunes, en parte diversas y hasta contradictorias entre sí, pero que en este caso no contienen, pues, contradicción en sí mismas. En los límites de este campo de observación, salimos del paso con el modo de pensar corriente, el modo metafísico. Pero esto cambia totalmente tan pronto consideramos las cosas en su movimiento, su cambio, su vida, su acción recíproca de una en otra. Aquí caemos inmediatamente en contradicciones.” (Engels, Anti-Dühring.)

En la Unión Soviética conservan en condiciones especiales sangre de cadáveres que sirve para hacer transfusiones de sangre; de este modo, con sangre de un muerto se repone un vivo. Podemos decir, en consecuencia, que en el seno de la muerte hay vida.

Por lo tanto, la vida es igualmente una contradicción “existente en las cosas y en los mismos fenómenos”, una contradicción que constantemente se plantea y se resuelve; y apenas cesa la contradicción, también cesa la vida y se produce la muerte.⁴⁶

Por consiguiente, las cosas no sólo se transforman unas en otras, sino que además una cosa no es sólo ella misma, sino otra cosa que es su contrario, porque cada cosa contiene su contrario.

Cada cosa contiene a la vez ella misma y su contrario.

Si representamos una cosa mediante un círculo, tendremos una fuerza que empujará a esta cosa hacia la vida, pujando desde el centro hacia el exterior por ejemplo (extensión), pero también tendremos fuerzas que impulsarán esta cosa en una dirección opuesta, pujando desde el exterior hacia el centro (compresión).

De este modo, en el interior de cada cosa coexisten fuerzas opuestas, antagonismos.

¿Qué ocurre entre estas fuerzas? Luchan. Por consiguiente, una cosa no es sólo transformada por una fuerza actuante en un sentido único, sino que toda cosa es realmente transformada por dos fuerzas de direcciones opuestas. Hacia la afirmación y hacia la negación de las cosas, hacia la vida y hacia la muerte.

¿Qué quiere decir: afirmación y negación de las cosas?

En la vida hay fuerzas que mantienen la vida, que tienden hacia la afirmación de la vida. Además, también hay en los organismos vivos fuerzas que tienden hacia la negación. En todas las cosas, hay fuerzas que tienden hacia la afirmación y otras que tienden hacia la negación, y, entre la afirmación y la negación, hay contradicción.

Así pues, la dialéctica comprueba el cambio, pero ¿por qué cambian las cosas? Porque las cosas no están de acuerdo consigo mismas, porque hay lucha entre las fuerzas, entre los antagonismos internos, porque hay contradicción. He aquí la tercera ley de la dialéctica: Las cosas cambian porque contienen en sí mismas la contradicción.

(Si a veces nos vemos obligados a emplear nombres más o menos complicados -como dialéctica, autodinamismo, etc.- o términos que parecen contrarios a la lógica tradicional y difíciles de comprender, no es porque nos guste complicar las cosas imitando en ello a la burguesía. No. Pero este estudio, aunque elemental, pretende ser lo más completo posible y permitir que luego puedan leerse más fácilmente las obras filosóficas de Marx-Engels y de Lenin, que emplean esos términos. En todo caso, y puesto que debemos emplear un lenguaje que no es usual, nos aplicamos a hacerla comprensible para todos en el marco de este estudio.)

III. AFIRMACIÓN, NEGACIÓN Y NEGACIÓN DE LA NEGACIÓN

Aquí debemos hacer una distinción entre lo que se llama la contradicción verbal -que significa que cuando a uno le dicen “sí”, responde “no”-; y la contradicción que acabamos de ver y que se llama la contradicción dialéctica, es decir, contradicción en los hechos, en las cosas.

Cuando hablamos de la contradicción que existe en el seno de la sociedad capitalista, esto no quiere significar que unos digan sí y otros no en lo que respecta a ciertas teorías; significa que hay una contradicción en los hechos, que hay fuerzas reales que se combaten: primero una fuerza que tiende a afirmarse, la clase burguesa que tiende a mantenerse; luego una segunda clase social que tiende a la negación de la clase burguesa, el proletariado. Por lo tanto, la contradicción está en los hechos, porque la burguesía no puede existir sin crear su contrario, el proletariado. Como dice Marx ante todo, la burguesía produce a sus propios sepultureros.⁴⁷

Para impedido, sería necesario que la burguesía renunciara a ser ella misma, lo que sería absurdo. Por consiguiente, afirmándose crea su propia negación.

Tomemos el ejemplo de un huevo que una gallina pone e incuba: comprobamos que en el huevo se encuentra el germen que, a cierta temperatura y en ciertas condiciones, se desarrolla. Al desarrollarse, este germen dará un pollito: así, ese germen ya es la negación del huevo. Vemos entonces que en el huevo hay dos fuerzas: la que tiende a que continúe siendo huevo y la que tiende a que se convierta en pollito. El huevo está, pues, en desacuerdo consigo mismo y todas las cosas están en desacuerdo con sí mismas.

Esto puede parecer difícil de comprender, porque estamos habituados al modo de razonamiento metafísico, y por eso debemos hacer un esfuerzo para habituarnos nuevamente a ver las cosas en su realidad.

Una cosa comienza por ser una afirmación que surge de la negación. El pollito es una afirmación surgida de la negación del huevo. Esta es una fase del proceso. Pero la gallina será, a su vez la transformación del pollito y, en el seno de esta transformación, habrá una contradicción entre las fuerzas que luchan para que el pollito se convierta en gallina y las fuerzas que luchan para que el pollito siga siendo pollito. Por lo tanto, la gallina será la negación del pollito, que a su vez procedía de la negación del huevo.

La gallina será, pues, la negación de la negación. Y ésta es la marcha general de las fases de la dialéctica.

Afirmación: también se dice Tesis.

Negación, o Antítesis.

Negación de la negación, o Síntesis.

Estas tres palabras resumen el desarrollo dialéctico. Se las emplea para representar el encadenamiento de las fases, para indicar que cada fase es la destrucción de la fase precedente.

La destrucción es una negación. El pollito es la negación del huevo, puesto que al nacer destruye el huevo. Del mismo modo, la espiga de trigo es la negación del grano de trigo. El grano sembrado en la tierra germinará; esta germinación es la negación del grano de trigo, que dará la planta, y esta planta florecerá a su vez y dará una espiga; ésta será la negación de la planta o la negación de la negación.

Por consiguiente, vemos que la negación de la que habla la dialéctica es una manera resumida de hablar de la destrucción. Hay negación de lo que desaparece, de lo que es destruido.

El feudalismo ha sido la negación de la época esclavista.

El capitalismo es la negación del feudalismo.

El socialismo será la negación del capitalismo.

Del mismo modo que para la contradicción, en que hemos establecido una distinción entre contradicción verbal y contradicción lógica, debemos comprender bien lo que es la negación verbal, que dice “no”, y la negación dialéctica, que quiere decir “destrucción”.

Pero si la negación quiere decir destrucción, no se trata de cualquier destrucción, sino de una destrucción dialéctica. Así, cuando aplastamos una pulga no muere por destrucción interna, por negación dialéctica. Su destrucción no es el resultado de fases autodinámicas; es el resultado de un cambio puramente mecánico.

La destrucción es una negación sólo si es un producto de la afirmación, si proviene de ella. Así, como el huevo incubado era la afirmación de lo que es el huevo, engendra su negación: se convierte en pollito, y éste simboliza la destrucción, o negación del huevo, al abrirse paso y destruir la cáscara.

En el pollito vemos dos fuerzas adversas: “pollito” y “gallina”; en el curso de este desarrollo del proceso, la gallina pondrá huevos, de donde nueva negación de la negación. De esos huevos arrancará entonces un nuevo encadenamiento de procesos.

Con respecto al trigo, vemos también una afirmación, luego una negación y una negación de la negación.

Daremos como otro ejemplo el de la filosofía materialista.

Al principio, encontramos un materialismo primitivo, espontáneo, que por ser ignorante, crea su propia negación: el idealismo. Pero el idealismo que niega el antiguo materialismo será negado por el materialismo moderno o dialéctico, porque la filosofía se desarrolla y provoca, con las ciencias, la destrucción del idealismo. Por lo tanto, también aquí tenemos afirmación, negación y negación de la negación.

Comprobamos también este ciclo en la evolución de la sociedad.

Tenemos al comienzo de la historia la existencia de una sociedad de comunismo primitivo, sociedad sin clases, basada en la propiedad común de la tierra. Pero esta forma de sociedad se convierte en una traba para el desarrollo de la producción y, por ese mismo motivo, crea su propia negación: la sociedad con clases, basada en la propiedad privada y en la explotación del hombre por el hombre. Pero también esta sociedad lleva en sí su propia negación, porque un desarrollo superior de los medios de producción acarrea la necesidad de negar la división de la sociedad en clases, de negar la propiedad privada, y

volvemos así al punto de partida: la necesidad de la sociedad comunista, pero en otro plano; al principio, teníamos una falta de productos; ahora, tenemos una capacidad de producción muy elevada.

Destaquemos a este respecto que, en todos los ejemplos que hemos dado, volvemos al punto de partida, pero en otro plano (desarrollo en espiral), un plano más elevado.

Vemos, pues, que la contradicción es una gran ley de la dialéctica. Que la evolución es una lucha de fuerzas antagónicas. Que no sólo las cosas se transforman unas en otras, sino también que toda cosa se transforma en su contrario. Que las cosas no están de acuerdo consigo mismas porque hay en ellas lucha entre fuerzas opuestas, porque hay en ellas una contradicción interna.

Observación. Debemos prestar mucha atención a lo siguiente: la afirmación, la negación, la negación de la negación, no son sino expresiones resumidas de los momentos de la evolución dialéctica, y no se trata de andar buscando por doquiera estas tres fases. Porque no siempre las encontraremos todas, sino que a veces sólo será la primera o la segunda, por no haber terminado aún la evolución. Por lo tanto no hay que querer ver mecánicamente en todas las cosas esos cambios en la misma forma. Recordemos sobre todo que la contradicción es la gran ley de la dialéctica. Esto es lo esencial.

IV. PUNTUALICEMOS

Ya sabemos que la dialéctica es un método de pensar, de razonar, de analizar, que permite hacer buenas observaciones y estudiar bien, porque nos obliga a buscar la fuente de todas las cosas y a describir su historia.

Es cierto que, como ya hemos visto, el antiguo método de pensar estaba justificado en su época. Pero estudiar con el método dialéctico significa comprobar -repetámoslo- que todas las cosas, aparentemente inmóviles, no son más que un encadenamiento de procesos en que todo tiene un comienzo y un fin, en que en todas las cosas

finalmente y a pesar de todas las cualidades aparentes y todos los retrocesos momentáneos, termina manifestándose un desarrollo progresivo. (Engels.)

Sólo la dialéctica nos permite comprender el desarrollo, la evolución de las cosas; sólo ella nos permite comprender la destrucción de las cosas viejas y el nacimiento de las nuevas. Sólo la dialéctica nos hace comprender todos los desarrollos en sus transformaciones, conociéndolos como formados todos por contrarios. Porque para la concepción dialéctica, el desarrollo natural de las cosas, la evolución, es una lucha continua de fuerzas y de principios opuestos.

Por lo tanto, si para la dialéctica la primera ley es la comprobación del movimiento y del cambio: “Nada sigue siendo lo que es, nada sigue estando donde está” (Engels), sabemos ahora que la explicación de esta ley reside en que las cosas cambian no sólo transformándose unas en otras sino transformándose en sus contrarios. La contradicción es, pues, una gran ley de la dialéctica.

Hemos estudiado lo que es desde el punto de vista dialéctico la contradicción, pero aún debemos insistir para aportar ciertas precisiones y también para señalar ciertos errores que no deben cometerse.

Es muy cierto que en primer lugar debemos familiarizarnos con esta afirmación, que está de acuerdo con la realidad: la transformación de las cosas en sus contrarios. No hay duda que choca al entendimiento y nos sorprende, porque estamos habituados a pensar con el viejo método metafísico. Pero ya hemos visto por qué es así: hemos visto en forma detallada, por medio de ejemplos, que esto es en la realidad y por qué las cosas se transforman en sus contrarios.

Por eso se puede decir y afirmar que si las cosas se transforman, cambian, evolucionan, es porque están en contradicción consigo mismas, porque llevan en sí su contrario, porque contienen en sí la unidad de los contrarios.

V. LA UNIDAD DE LOS CONTRARIOS

Cada cosa es una unidad de contrarios.

Afirmar semejante cosa parece al principio un absurdo. “Una cosa y su contrario no tienen nada en común” -tal es lo que se piensa generalmente. Pero para la dialéctica toda cosa es, al mismo tiempo, ella misma y su contrario, toda cosa es una unidad de contrarios, y esto debemos explicarlo bien.

Si tomamos el ejemplo de la ignorancia y de la ciencia, es decir, del saber, establecemos que desde el punto de vista metafísico éstas son dos cosas totalmente opuestas y contrarias una a la otra. El que es ignorante no es un sabio y el que es un sabio no es un ignorante.

Sin embargo, observando los hechos, vemos que no dan lugar a una posición tan rígida. Sabemos que al principio reinó la ignorancia; luego llegó la ciencia; y aquí verificamos que una cosa se transforma en su contrario: la ignorancia se transforma en ciencia.

No hay ignorancia sin ciencia, no hay ignorancia 100%. Por ignorante que sea, un individuo sabe reconocer al menos los objetos, su alimento; jamás hay ignorancia absoluta; siempre hay una parte de ciencia en la ignorancia. La ciencia ya está en germen en la ignorancia; por lo tanto, es correcto afirmar que lo contrario de una cosa ya está en la cosa misma.

Veamos ahora la ciencia. ¿Puede haber ciencia 100%? No. Siempre se ignora algo. Lenin dice: “El objeto del conocimiento es inagotable”, lo que quiere decir que siempre hay algo que aprender. No hay ciencia absoluta. Todo saber, toda ciencia, contienen una parte de ignorancia.⁴⁸

Lo que existe en la realidad es una ignorancia y una ciencia relativas, una mezcla de ciencia y de ignorancia.

Por lo tanto, lo que comprobamos en este ejemplo no es la transformación de las cosas en sus contrarios, sino la existencia en la misma cosa de los contrarios, o la unidad de los contrarios.

Podríamos referirnos nuevamente a los ejemplos que ya hemos visto: la vida y la muerte, la verdad y el error, y comprobaríamos que, en uno y otro caso, como en todas las cosas, existe una unidad de los contrarios, es decir, que cada cosa contiene a la vez la cosa misma y su contrario.

Por eso dirá Engels:

Si en la investigación uno adopta constantemente este punto de vista, deja de una vez por todas de pedir soluciones definitivas y verdades eternas; siempre tiene conciencia del carácter necesariamente limitado de todo conocimiento adquirido, de su dependencia con respecto a las condiciones en las cuales ha sido adquirido; tampoco se deja uno impresionar por las antinomias, irreductibles para la vieja metafísica siempre en uso, de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, de lo idéntico y de lo diferente, de lo fatal y de lo fortuito; sabe que esas antinomias sólo tienen un valor relativo, que lo que hoy se reconoce como verdadero tiene oculto su lado falso, el que aparecerá después, del mismo modo que lo reconocido actualmente como falso tiene su lado verdadero, gracias al cual ha podido ser considerado precedentemente como verdadero.⁴⁹

Este texto de Engels nos muestra bien cómo hay que comprender la dialéctica y el verdadero sentido de la unidad de los contrarios.

VI. ERRORES QUE DEBEN EVITARSE

Hay que explicar bien esta gran ley de la dialéctica que es la contradicción para no crear malentendidos.

Ante todo, no hay que comprenderla de manera mecánica. No hay que pensar que en todo conocimiento hay la verdad más el error, o lo verdadero más lo falso.

Si se aplicara así esta ley, se daría la razón a quienes dicen que en todas las opiniones hay una parte falsa y que: “quitemos lo que es falso, quedará lo que es verdadero, lo que es bueno”. Se dice esto en ciertos círculos pretendidamente marxistas, donde se piensa que el marxismo tiene razón al mostrar que en el capitalismo hay usinas, “trusts”, bancos, que controlan la vida económica, que tiene razón al decir que esta vida económica marcha mal; pero lo que es falso en el marxismo -se agrega- es la lucha de clases: dejemos de lado la teoría de la lucha de clases, y tendremos una buena doctrina. También se dice que el marxismo aplicado al estudio de la sociedad es correcto, es verdadero, “pero ¿por qué mezclar allí la dialéctica? Ese es el lado falso, ¡quitemos la dialéctica y conservemos como verdadero el resto del marxismo!”.

Estas son interpretaciones mecánicas de la unidad de los contrarios.

He aquí un ejemplo más. Después de haber leído esta teoría de los contrarios, Proudhon pensaba que en cada cosa hay un lado bueno y un lado malo. Así, pues, comprobando que en la sociedad hay burguesía y proletariado, decía: ¡quitemos lo que es malo, el proletariado! Y de ese modo estableció su sistema de créditos que debían crear la propiedad parcelaria, es decir, permitir a los proletarios convertirse en propietarios; de esta manera no habría sino burgueses y la sociedad sería buena.

Bien sabemos, sin embargo, que no hay proletariado sin burguesía y que la burguesía no existe sino por la existencia del proletariado, se trata de dos contrarios que son inseparables. Esta unidad de los contrarios es interna, verdadera: es una unión inseparable. Para suprimir los contrarios no basta, pues, separar a uno del otro. En una sociedad basada en la explotación del hombre por el hombre, existen obligatoriamente dos clases antagónicas: amos y esclavos en la antigüedad, señores y siervos en la Edad Media, burguesía y proletariado ahora.

Para suprimir la sociedad capitalista, para hacer la sociedad sin clases, hay que suprimir la burguesía y el proletariado -a fin de permitir a los hombres liberados crear una sociedad más evolucionada material e intelectualmente para marchar hacia el comunismo en su forma superior y no para crear, como pretenden nuestros adversarios, un comunismo “igualitario en la miseria”.

Por lo tanto debemos prestar mucha atención cuando explicamos o cuando aplicamos a un ejemplo o a un estudio la unidad de los contrarios. Debemos evitar el querer encontrar en todas partes y siempre y aplicar mecánicamente por ejemplo, la negación de la negación, el querer encontrar en todas partes y siempre la unidad de los contrarios, porque nuestros conocimientos son en general muy limitados, y esto puede llevarnos a un atolladero.

Lo que importa es este principio: la dialéctica y sus leyes nos obligan a estudiar las cosas para descubrir en ellas la evolución y las fuerzas, los contrarios que determinan esta evolución. Debemos, pues, estudiar la unidad de los contrarios contenida en las cosas, y esta unidad de los contrarios equivale a decir que una afirmación no es nunca una afirmación absoluta, puesto que contiene en sí misma una

parte de negación. Y eso es lo esencial: las cosas se transforman porque contienen su propia negación. La negación es el “disolvente”; si no existiera, las cosas no cambiarían. Como, de hecho, las cosas se transforman, es preciso que contengan un principio disolvente. Podemos afirmar por anticipado que existe, puesto que vemos las cosas evolucionar, pero no podemos descubrir ese principio sin un estudio minucioso de la cosa misma, porque este principio no tiene el mismo aspecto en todas las cosas.

VII. CONSECUENCIAS PRÁCTICAS DE LA DIALÉCTICA

Prácticamente, pues, la dialéctica nos obliga a considerar siempre no un lado de las cosas, sino sus dos lados: no considerar nunca la verdad sin el error, la ciencia sin la ignorancia. El gran error de la metafísica, consiste justamente en no considerar más que un lado de las cosas, en juzgar en forma unilateral y, si cometemos muchos errores, es siempre en la medida en que no vemos sino un lado de las cosas, es porque a menudo tenemos razonamientos unilaterales.

Si la filosofía idealista afirma que el mundo no existe más que en las ideas de los hombres, hay que reconocer que, en efecto, hay cosas que sólo existen en nuestro pensamiento. Esto es cierto. Pero el idealismo es unilateral, sólo ve este aspecto. No ve más que el hombre que inventa cosas que no están en la realidad, y saca la conclusión de que nada existe fuera de nuestras ideas. El idealismo tiene razón de subrayar esta facultad del hombre, pero al no aplicar el criterio de la práctica, no ve más que eso.

El materialismo metafísico se engaña también porque no ve más que un lado de los problemas. Ve al universo como una mecánica. ¿Existe la mecánica? ¡Sí! ¿Desempeña un gran papel? ¡Sí! Por lo tanto el materialismo tiene razón al decir eso; pero es un error ver sólo el movimiento mecánico.

Nos inclinamos naturalmente a no ver más que un sólo lado de las cosas y de la gente. Si juzgamos a un camarada, casi siempre sólo vemos su lado bueno o su lado malo. Hay que ver uno y otro, sin lo cual no sería posible tener “cuadros” en las organizaciones. En la práctica política, el método del juicio unilateral conduce al sectarismo. Si encontramos un adversario perteneciente a una organización reaccionaria, lo juzgamos según sus jefes. Y sin embargo, tal vez se trata simplemente de un empleadito agriado, descontento, y no debemos juzgarlo como a un gran patrón fascista. Del mismo modo se puede aplicar este razonamiento a los patrones, y comprender que si nos parecen malos, a menudo es porque ellos mismos están dominados por la estructura de la sociedad, y que, en otras condiciones sociales, quizás serían diferentes.

Si pensamos en la unidad de los contrarios, consideraremos las cosas en sus múltiples aspectos. Veremos, pues, que este reaccionario es reaccionario por un lado, pero que del otro es un trabajador y que en él hay una contradicción. Se investigará y se descubrirá por qué ha adherido a ésta organización, y al mismo tiempo se investigará por qué no hubiera debido adherir a ella. Y entonces juzgaremos y discutiremos así en forma menos sectaria.

Debemos, pues, conforme a la dialéctica, considerar las cosas desde todos los ángulos que se pueden distinguir.

Para resumir, y como conclusión teórica, diremos: Las cosas cambian porque encierran una contradicción interna (ellas mismas y sus contrarios). Los contrarios están en conflicto, y los cambios surgen de ese conflicto; por lo tanto el cambio es la solución del conflicto.

El capitalismo contiene esta contradicción interna, ese conflicto entre el proletariado y la burguesía; el cambio se explica por este conflicto y la transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista es la supresión del conflicto.

Hay cambio, movimiento, allí donde hay contradicción. La contradicción es la negación de la afirmación, y cuando se obtiene el tercer término, la negación de la negación, aparece la solución, porque en este momento la razón de la contradicción queda eliminada, superada.

Por consiguiente, se puede decir que si las ciencias: la química, la física, la biología, etc., estudian las leyes del cambio que les son particulares, la dialéctica estudia las leyes del cambio que son las más generales. Engels dice:

La dialéctica no es sino la ciencia de las leyes generales del movimiento y del desarrollo de la naturaleza, de la sociedad humana y del pensamiento.⁵⁰

LECTURAS

Engels, Anti-Dühring, capítulo XIII, “Dialéctica. Negación de la negación”.

Lenin, Carlos Marx y su doctrina, “La dialéctica”.

Anti-Dühring.

CAPÍTULO QUINTO CUARTA LEY: TRANSFORMACIÓN DE LA CANTIDAD EN CALIDAD O LEY DEL PROGRESO POR SALTOS

Antes de abordar el problema de la aplicación de la dialéctica a la Historia, nos queda ahora por estudiar una última ley de la dialéctica.

Esto nos será facilitado por los estudios que acabamos de hacer, en los que hemos visto qué es la negación de la negación y qué se entiende por unidad de los contrarios.

Procedamos, como siempre, con ayuda de ejemplos.

I. ¿REFORMAS O REVOLUCIÓN?

Hablando de la sociedad, se dice: ¿Hay que proceder por reformas o hacer la revolución? Se discute para saber si, para transformar la sociedad capitalista en una sociedad socialista, se llegará a ese objetivo mediante reformas sucesivas o por una transformación brusca: la revolución.

Ante este problema, recordemos lo que ya habíamos estudiado. Toda transformación es el resultado de una lucha de fuerzas opuestas. Si una cosa evoluciona, es porque contiene en ella su contrario, ya que cada cosa es una unidad de contrarios. Se comprueba la disputa de los contrarios y la transformación de la cosa en su contrario. ¿Cómo se efectúa esta transformación? Este es el nuevo problema que se plantea.

Se puede pensar que esta transformación se efectúa poco a poco, a través de una serie de pequeñas transformaciones, que la manzana verde se transforma en una manzana madura mediante una serie de pequeños cambios progresivos.

Del mismo modo, mucha gente piensa que la sociedad se transforma poco a poco y que el resultado de una serie de esas pequeñas transformaciones será la transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista. Estas pequeñas transformaciones son las reformas, y será su totalidad, la suma de los pequeños cambios graduales, lo que nos dará una sociedad nueva.

Esta es la teoría que se llama el reformismo. Se llama reformistas a los partidos de estas teorías no porque reclamen reformas, sino porque piensan que las reformas bastan, y que al acumularse deben transformar insensiblemente la sociedad.

Examinemos si es verdad.

La argumentación política. Si observamos los hechos, es decir, lo que ha pasado en los otros países, veremos que, allí donde se ha ensayado este sistema, no ha tenido éxito. La transformación de la sociedad capitalista -su destrucción- ha tenido éxito en un sólo país: la U.R.S.S., y comprobamos que no ha sido mediante una serie de reformas, sino por la revolución.

La argumentación histórica. ¿Es cierto que, de una manera general, las cosas se transforman por pequeños cambios, por reformas?

Veamos siempre los hechos. Si examinamos los cambios históricos, veremos que no se producen indefinidamente, que no son continuos. Llega un momento en que, en lugar de pequeños cambios, el cambio se produce mediante un salto brusco.

En la historia de las sociedades, los acontecimientos notables que comprobamos son cambios bruscos, revoluciones.

En nuestros días, aún aquellos que no conocen la dialéctica saben que en la historia se han producido cambios violentos; sin embargo, hasta el siglo XVII se creía que “la naturaleza no da saltos”; no se querían ver los cambios bruscos en la continuidad de los cambios. Pero la ciencia intervino y demostró en los hechos que se producían cambios bruscamente. La Revolución Francesa de 1789 abrió aún más los ojos: era en sí misma un ejemplo evidente de total ruptura con el pasado. Y se llegó a comprender que todas las etapas decisivas de la Historia habían sido trastornos importantes, bruscos, repentinos. Por ejemplo: de amistosas que eran, las relaciones entre tal y cual Estado se volvían más frías, luego tirantes, se envenenaban, adquirían un carácter de hostilidad -y, repentinamente, era la guerra, brusca ruptura en la continuidad de los acontecimientos. O también: en Alemania, después de la guerra de 1914-18, hubo un ascenso gradual del fascismo, y luego, un día Hitler tomó el poder: Alemania entró en una nueva fase histórica.

Hoy, aquellos que niegan estos cambios bruscos pretenden que son accidentes, es decir, una cosa que ocurre y que hubiera podido no ocurrir.

Así se explican las revoluciones en la historia de las sociedades: “Son accidentes”.

Se explica, por ejemplo, que la caída de Luis XVI y la Revolución Francesa ocurrieron porque Luis XVI era un hombre débil y blando: “Si hubiera sido un hombre enérgico, no hubiéramos tenido la Revolución”. Hasta se lee que si no hubiera prolongado su comida en Varennes, no lo hubieran arrestado y el curso de la historia hubiera, cambiado. Por lo tanto, se dice, la Revolución Francesa es un accidente.

Por el contrario, la dialéctica reconoce que las revoluciones son necesidades. Hay muchos cambios continuos, pero al acumularse terminan por producir cambios bruscos.

3. La argumentación científica. Tomemos el ejemplo del agua. Partiendo de 0° y haciendo subir la temperatura del agua a 1°, 2°, 3° hasta 98°, el cambio es continuo. Pero ¿puede continuar así indefinidamente? Llegamos hasta 99°, pero a los 100° tenemos un cambio brusco: el agua se transforma en vapor.

Si, a la inversa, de 99° descendemos hasta 1°, tendremos de nuevo un cambio continuo, pero no podremos descender así indefinidamente, porque a 0°, el agua se transforma en hielo.

De 1° a 99°, el agua sigue siendo siempre el agua; sólo su temperatura cambia. Esto es lo que se llama un cambio cuantitativo, que responde a la pregunta “¿cuánto?”, es decir, “¿cuánto calor en el agua?”. Cuando el agua se transforma en hielo o en vapor, tenemos un cambio cualitativo, un cambio de calidad. Ya no es agua, se ha transformado en hielo o en vapor.

Cuando la cosa no cambia de naturaleza tenemos un cambio cuantitativo, (en el ejemplo del agua, tenemos un cambio de grados de calor, pero no de naturaleza). Cuando cambia de naturaleza, cuando la cosa se convierte en otra cosa, el cambio es cualitativo.

Por consiguiente, vemos que la evolución de las cosas no puede ser indefinidamente cuantitativa; al transformarse las cosas experimentan, finalmente, un cambio cualitativo. La cantidad se transforma en calidad. Esta es una ley general. Pero, como siempre, no hay que atenerse únicamente a esta fórmula abstracta.

En el libro de Engels, *Anti-Dühring*, en el capítulo “Dialéctica, cantidad y calidad”, se encontrará un gran número de ejemplos que harán comprender que, en todo como en las ciencias de la naturaleza, se verifica la exactitud de la ley, según la cual

en ciertos grados del cambio cuantitativo se produce repentinamente una conversión cualitativa.⁵¹

He aquí un nuevo ejemplo, citado por H. Wallon en el tomo VIII de la Enciclopedia Francesa (donde se remite a Engels): la energía nerviosa acumulada en un niño provoca la risa, pero si continúa aumentando, la risa se transforma en crisis de lágrimas; así, cuando los niños se excitan y ríen demasiado, terminan por llorar.

Daremos un último ejemplo bastante conocido: el del hombre que presenta su candidatura a un cargo cualquiera. Si hacen falta 4.500 votos para obtener la mayoría absoluta, el candidato no es elegido con 4.499 votos, sigue siendo lo que es: un candidato. Con un voto más, este cambio cuantitativo determina un cambio cualitativo, puesto que el candidato que era se convierte en un electo.

Esta ley nos aporta la solución del problema: reforma o revolución.

Los reformistas nos dicen: “Ustedes pretenden cosas imposibles que sólo ocurren por accidente; ¡son utopistas!”. Pero por esta ley, se ve claramente quiénes son los que sueñan con cosas imposibles... El estudio de los fenómenos de la naturaleza y de la ciencia nos muestra que los cambios no son indefinidamente continuos, sino que en un cierto momento el cambio se vuelve brusco. No lo afirmamos nosotros arbitrariamente: ¡lo afirman la ciencia, la naturaleza, la realidad!

Entonces puede preguntarse: ¿qué papel desempeñamos nosotros en estas transformaciones bruscas?

Vamos a responder a esta pregunta y a desarrollar este problema mediante la aplicación de la dialéctica a la Historia. Hemos llegado a una parte muy célebre del materialismo dialéctico: el materialismo histórico.

II. EL MATERIALISMO HISTÓRICO

¿Qué es el materialismo histórico? Ahora que conocemos qué es la dialéctica, es, sencillamente, la aplicación de este método a la historia de las sociedades humanas.

Para comprender bien esto, hay que precisar qué es la historia. Quien dice historia dice cambio, y cambio en la sociedad. La sociedad tiene una historia en el transcurso del cual cambia continuamente; vemos producirse en ella grandes acontecimientos. Entonces se plantea este problema: puesto que en la historia las sociedades cambian, ¿qué es lo que explica esos cambios?

1. ¿Cómo explicar la Historia?

Se pregunta, por ejemplo: “¿Por qué razón se producen una y otra vez las guerras? ¡Los hombres deberían poder vivir en paz!”.

Vamos a proporcionar respuestas materialistas a estas preguntas.

La guerra, explicada por un cardenal, es un castigo de Dios. Esta es una respuesta idealista, porque explica los acontecimientos por Dios, es explicar la historia por el espíritu. Aquí el espíritu es el que crea y hace la historia.

Hablar de la Providencia también es una respuesta idealista. Hitler, en su *Mein Kampf*, nos dice que la historia es obra de la Providencia, y le agradece haber colocado el lugar de su nacimiento en la frontera austriaca.

Hacer a Dios, o a la Providencia, responsable de la historia, es una teoría cómoda: los hombres nada pueden y, en consecuencia, nosotros no podemos hacer nada contra la guerra, ¡hay que dejar hacer!

Desde el punto de vista científico ¿podemos sostener tal teoría? ¿Podemos encontrar en los hechos su justificación? No.

La primera afirmación materialista en esta discusión, es que la historia no es obra de Dios, sino que es obra de los hombres. Entonces, los hombres pueden actuar sobre la historia y pueden impedir la guerra.

2. La Historia es obra de los hombres

Los hombres hacen su historia, cualquiera sea el giro que ésta tome, persiguiendo cada uno sus propios fines, conscientemente elegidos, y los resultados de esas numerosas voluntades actuando en sentidos diferentes y de sus repercusiones variadas sobre el mundo exterior, son precisamente los que constituyen la historia. Se trata también, en consecuencia, de lo que quieren los numerosos individuos tomados aisladamente. La voluntad está determinada por la pasión o la reflexión. Pero las palancas que determinan directamente a su vez la pasión o la reflexión son de naturaleza muy diversa... Aún puede preguntarse ...cuáles son las causas históricas que se transforman en esos motivos en los cerebros de los hombres que actúan.⁵²

Este texto de Engels nos dice, pues, que son los hombres los que actúan según sus voluntades, ¡pero que estas voluntades no van siempre en el mismo sentido! ¿Qué es lo que determina, qué es lo que produce, entonces, las acciones de los hombres? ¿Por qué sus voluntades no van en el mismo sentido?

Ciertos idealistas consentirán en decir que son las acciones de los hombres las que hacen la historia y que esta acción resulta de su voluntad: es la voluntad la que determina la acción, y son nuestros pensamientos o sentimientos los que determinan nuestra voluntad. Tendríamos, pues, el proceso siguiente: idea-voluntad-acción, y, para explicar la acción, seguiremos el sentido inverso, a la búsqueda de la idea, causa determinante.

Establezcamos enseguida que la acción de los grandes hombres y de las doctrinas no puede negarse, pero que necesita ser explicada. No es el proceso idea-voluntad-acción el que lo explica. Así, hay quienes pretenden que en el siglo XVIII, Diderot y los Enciclopedistas, al difundir entre el público la teoría de los Derechos del Hombre, mediante estas ideas sedujeron y ganaron la voluntad de los hombres que, en consecuencia, hicieron la revolución; del mismo modo, en la U.R.S.S. se difundieron las ideas de Lenín y la gente actuó de acuerdo con esas ideas. Y se saca la conclusión de que si no hubiera habido ideas revolucionarias, no hubiera habido revolución. Este punto de vista es el que hace decir que las fuerzas motrices de la Historia son las ideas de los grandes jefes; que son los que hacen la Historia. Ustedes conocen la fórmula de Acción Francesa⁵³: “40 reyes han hecho Francia”; se podría agregar: ¡reyes que, sin embargo, no tenían muchas “ideas”!

¿Cuál es el punto de vista materialista sobre esta cuestión?

Hemos visto que entre el materialismo del siglo XVIII y el materialismo moderno, había muchos puntos comunes, pero que el antiguo materialismo tenía una teoría idealista de la historia.

El antiguo materialismo -dice Engels- aprecia todo según los motivos de la acción, divide a los hombres que ejercen una acción histórica en nobles y no-nobles, y comprueba enseguida, por lo general, que los nobles son los engañados y los no-nobles los vencedores, de donde resulta para el antiguo materialismo que el estudio de la historia ¡no nos enseña cosas muy edificantes, y para nosotros, que en el dominio histórico el antiguo materialismo es infiel a sí mismo, porque toma las fuerzas motrices ideales que allí son activas como causas últimas, en lugar de examinar lo que hay detrás de ellas.⁵⁴

Por lo tanto, ya sea francamente idealista o disimulada tras un idealismo inconsecuente, esta teoría idealista que acabamos de ver y que parece explicar la historia, no explica nada. Porque ¿quién provoca la acción? La voluntad, las ideas -se arguye. Pero ¿por qué los filósofos del siglo XVIII han tenido precisamente esas ideas? Si hubieran tratado de exponer el marxismo, no los habrían escuchado, porque en esa época la gente no los hubiera comprendido. Lo que cuenta no es sólo el hecho de dar ideas, también es necesario que sean comprendidas; en consecuencia, hay épocas determinadas para aceptar las ideas y también para forjarlas.

Hemos dicho siempre que las ideas tienen una gran importancia, pero debemos ver de dónde provienen.

Por lo tanto, debemos investigar cuáles son las causas que nos dan esas ideas, cuáles son, en última instancia, las fuerzas motrices de la Historia.

LECTURAS

Engels, Anti-Dühring, capítulo XII, “Dialéctica. Cantidad y calidad”.

Lenin, Materialismo y Empiriocriticismo, “A propósito de la dialéctica”.

Engels, L. Feuerbach, capítulo IV, “El materialismo dialéctico”.

PREGUNTAS DE CONTROL

Capítulo primero

¿De dónde procede el método metafísico?

¿De dónde procede el método dialéctico?

¿Por qué y cómo el materialismo metafísico se ha transformado en materialismo dialéctico?

¿Cuáles son las relaciones filosóficas que existen entre Hegel y Marx?

Capítulo segundo

¿Qué es un cambio mecánico?

¿Cómo concibe el cambio la dialéctica

Capítulo tercero

¿Por qué el materialismo dialéctico no nació desde la antigüedad?

¿Qué es un desarrollo histórico?

¿Por qué y cómo se transforman las cosas?

Capítulo cuarto

Cómo no hay que comprender la dialéctica.

Capítulo quinto

¿Qué es la dialéctica?

¿Cuáles son sus leyes?

QUINTA PARTE EL MATERIALISMO HISTÓRICO

CAPÍTULO PRIMERO LAS FUERZAS MOTRICES DE LA HISTORIA

Apenas se plantea esta cuestión: ¿de dónde provienen nuestras ideas? vemos que es preciso ir más lejos en nuestras investigaciones. Si razonamos como los materialistas del siglo XVIII, que pensaban que “el cerebro segrega el pensamiento como el hígado segrega la bilis”, responderemos a esta cuestión diciendo que la naturaleza es la que produce el espíritu y que, en consecuencia, nuestras ideas son el producto de la naturaleza, que son el producto del cerebro.

Se dirá, pues, que la Historia está hecha por la acción de los hombres impulsados por su voluntad, siendo ésta la expresión de sus ideas que a su vez provienen de su cerebro. Pero ¡atención!

I. UN ERROR QUE DEBE EVITARSE

Si explicamos que la Revolución Francesa es el resultado de la aplicación de las ideas nacidas en el cerebro de los filósofos, ésta será una explicación limitada, insuficiente, y una mala aplicación del materialismo.

Porque lo que hay que ver, es por qué esas ideas lanzadas por los pensadores de aquella época han sido captadas por las masas. ¿Por qué Diderot no fue el único que las elaboró y por qué razón, desde el siglo XVI, una gran mayoría de cerebros elaboraban las mismas ideas?

¿Es porque los cerebros tuvieron repentinamente el mismo peso, las mismas circunvoluciones? No. Hay cambios en las ideas, y no se produce cambio en la caja craneana.

Esta explicación de las ideas por el cerebro parece una explicación materialista. Pero hablar del cerebro de Diderot es, en realidad, hablar de las ideas del cerebro de Diderot. Por lo tanto es una teoría materialista falseada, abusiva, en la que vemos renacer, con las ideas, la tendencia idealista.

Volvamos al encadenamiento: la historia-acción-voluntad-ideas. Las ideas tienen un sentido, un contenido; la clase obrera, por ejemplo, lucha por el derrocamiento del capitalismo. Esto es pensado por los obreros en lucha. Lo piensan, ciertamente, porque tienen un cerebro, y el cerebro es, pues, una condición necesaria para pensar; pero no una condición suficiente. El cerebro explica el hecho material de tener ideas, pero no explica que se tengan estas ideas en lugar de otras.

Todo lo que pone en movimiento a los hombres debe pasar necesariamente por su cerebro, pero la forma que esto toma en su cerebro depende mucho de las circunstancias.⁵⁵

¿Cómo podemos explicar, pues, el contenido de nuestras ideas, es decir, cómo se nos ocurre la idea de derribar el capitalismo?

II. EL “SER SOCIAL” Y LA CONCIENCIA

Sabemos que nuestras ideas son el reflejo de las cosas; los fines perseguidos por nuestras ideas son también el reflejo de las cosas, pero ¿de qué cosas?

Para responder a esta pregunta, es preciso ver dónde viven los hombres y dónde se manifiestan sus ideas. Comprobamos que los hombres viven en una sociedad capitalista y que sus ideas se manifiestan en esta sociedad y les vienen de ella.

Por lo tanto, no es la conciencia de los hombres la que determina su ser; a la inversa, es su ser social el que determina su conciencia.⁵⁶

En esta definición, lo que Marx llama “su ser” son los hombres, lo que somos; la “conciencia” es lo que pensamos, lo que queremos.

Luchamos por un ideal profundamente arraigado en nosotros, se dice generalmente, y de ello resulta que es nuestra conciencia la que determina nuestro ser; actuamos porque lo pensamos, porque lo queremos.

Es un gran error hablar así, porque en verdad es nuestro ser social el que determina nuestra conciencia.

Un “ser” proletario piensa como proletario; y un “ser” burgués piensa como burgués (más adelante veremos, por otra parte, por qué no siempre es así). Pero en general

en una choza no se piensa de la misma manera que en un palacio.⁵⁷

III. TEORÍAS IDEALISTAS

Los idealistas dicen que un proletario o un burgués son uno u otro porque piensan como uno u otro.

Por el contrario, nosotros decimos que, si piensan como un proletario o como un burgués, es porque son uno u otro. Un proletario tiene una conciencia de clase proletaria porque es proletario.

Lo que debemos destacar bien es que la teoría idealista implica una consecuencia práctica. Si se es burgués -se dice- es porque se piensa como un burgués; para no serlo, pues, basta cambiar la manera de pensar y, para hacer cesar la explotación burguesa, basta con efectuar un trabajo de convicción ante los patrones. Esta es una teoría defendida por los socialistas cristianos; fue también la de los fundadores del socialismo utópico.

Pero también es la teoría de los fascistas que luchan contra el capitalismo no para suprimirlo sino para hacerlo más “¡razonable!”. Cuando el patronato comprenda que explota a los obreros -dicen- no lo hará más. He aquí una teoría completamente idealista, cuyos peligros son visibles.

IV. EL “SER SOCIAL” Y LAS CONDICIONES DE EXISTENCIA

Marx nos habla del “ser social”. ¿Qué entiende por eso?

El “ser social” está determinado por las condiciones materiales de existencia en las que viven los hombres en la sociedad.

No es la conciencia de los hombres la que determina sus condiciones materiales de existencia, sino que son las condiciones materiales las que determinan su conciencia.

¿A qué se llama condiciones materiales de existencia?

En la sociedad hay ricos y pobres y su manera de pensar es diferente, sus ideas sobre un mismo asunto son diferentes. Tomar el subterráneo es un lujo para un pobre o un sin trabajo, pero para un rico que ha tenido automóvil, es un signo de decadencia.

Las ideas del pobre sobre el subterráneo ¿las posee porque es pobre o porque toma el subterráneo? Porque es pobre. Ser pobre es su condición de existencia.

Entonces es necesario ver por qué hay ricos y pobres para poder explicar las condiciones de existencia de los hombres.

Un grupo de hombres que ocupan una posición análoga en el proceso económico de producción (es decir, que en el régimen capitalista actual poseen los medios de producción o, por el contrario, que trabajan con medios de producción que no les pertenecen), y que en consecuencia tienen en cierta medida las mismas condiciones materiales de existencia, forman una clase, pero la noción de clase no se reduce a la de riqueza o pobreza. Un proletario puede ganar más que un burgués, no por eso es menos proletario, porque depende de un patrón y porque su vida no está asegurada ni es independiente. Las condiciones materiales de existencia no están constituídas solamente por el dinero ganado, sino por la función social, y entonces tenemos el encadenamiento siguiente:

Los hombres hacen su historia por su acción según su voluntad que es la expresión de sus ideas. Éstas provienen de sus condiciones de existencia material; es decir, de su pertenencia a una clase.

V. LAS LUCHAS DE CLASES, MOTOR DE LA HISTORIA

Los hombres actúan porque tienen ciertas ideas. Deben estas ideas a sus condiciones materiales de existencia, porque pertenecen a una u otra clase. Esto no quiere decir que haya sólo dos clases en la sociedad: hay una cantidad de clases, de las cuales principalmente dos están en lucha: burguesía y proletariado.

Por lo tanto, bajo las ideas se encuentran las clases.

La sociedad está dividida en clases, que luchan una contra la otra. Así, si se examinan las ideas de los hombres, se comprueba que esas ideas están en pugna, y bajo estas ideas encontramos a las clases que también están en pugna.

En consecuencia, las fuerzas matrices de la Historia, es decir, lo que explica la Historia, es la lucha de clases.

Si tomamos como ejemplo el déficit permanente del presupuesto, vemos que hay dos soluciones: una consiste en continuar lo que se llama la ortodoxia financiera: economías, empréstitos, nuevos impuestos, etc.; y la otra consiste en hacer pagar a los ricos.

Comprobamos una lucha política alrededor de estas ideas y, en general, se “lamenta” que no sea posible ponerse de acuerdo al respecto; pero el marxista quiere comprender e investigar lo que se encuentra bajo la lucha política; descubre entonces la lucha social, es decir, la lucha de clases. Lucha entre aquellos que son partidarios de la primera solución (los capitalistas) y aquellos que son partidarios de hacer pagar a los ricos (las clases medias y el proletariado).

Está probado, por consiguiente -dirá Engels- que, al menos en la historia moderna, todas las luchas políticas son luchas de clases, y que todas las luchas emancipadoras de clases, a pesar de su forma necesariamente política -porque toda lucha de clases es una lucha política- giran en última instancia en torno de la emancipación económica.⁵⁸

De este modo podemos agregar un eslabón al encadenamiento que ya conocíamos para explicar la historia; tenemos: la acción, la voluntad, las ideas, bajo las cuales se encuentran las clases y detrás de las clases se encuentra la economía. Por lo tanto, son „indudablemente las luchas de clases las que explican la historia, pero es la economía la que determina las clases.

Si queremos explicar un hecho histórico, debemos examinar cuáles son las ideas en lucha, buscar las clases bajo las ideas y definir por último el modo económico que caracteriza las clases.

Engels, L. Feuerbach. Ver igualmente Marx-Engels, Manifiesto Comunista, y Lenin, C. Marx y su doctrina.

Puede preguntarse aún de dónde proceden las clases y el modo económico (los dialécticos no temen plantear todas estas cuestiones sucesivas porque saben que es preciso encontrar la fuente de todas las cosas). Es lo que estudiaremos en detalle en el próximo capítulo, pero ya podemos decir:

Para saber de dónde proceden las clases, hay que estudiar la historia de la sociedad, y entonces se verá que las clases en disputa no han sido siempre las mismas. En Grecia: los esclavos y los amos; en la Edad Media: los siervos y los señores; luego, simplificando esta enumeración, la burguesía y el proletariado.

Comprobamos en este cuadro que las clases cambian, y, si investigamos por qué cambian, veremos que es porque las condiciones económicas han cambiado (las condiciones económicas son: la estructura de la producción, de la circulación, del reparto, del consumo de las riquezas, y, como última condición de todo lo demás, la manera de producir, la técnica).

He aquí, ahora, un texto de Engels:

Burguesía y proletariado se habían formado uno y otro como consecuencia de una transformación de las condiciones económicas, más exactamente del modo de producción. Primero es el paso del oficio corporativo a la manufactura, y de la manufactura a la gran industria con su modo de explotación mecánica a vapor, lo que había desarrollado estas dos clases.⁵⁹

Por lo tanto vemos que, en última instancia, las fuerzas motrices de la Historia se manifiestan por el encadenamiento siguiente:

- a) La Historia es obra de los hombres.
- b) La acción, que hace la Historia, es determinada por su voluntad.
- c) Esta voluntad es la expresión de sus ideas.
- d) Estas ideas son el reflejo de las condiciones sociales en las cuales viven.
- e) Son estas condiciones sociales las que determinan las clases y sus luchas.
- f) Las clases son a su vez determinadas por las condiciones económicas.

Para establecer con precisión bajo qué formas y en qué condiciones se desarrolla este encadenamiento, digamos que:

Las ideas se traducen en la vida en el plano político.

Las luchas de clases que se encuentran detrás de las luchas de ideas se traducen en el plano social.

Las condiciones económicas (que son determinadas por el estado de la técnica) se traducen en el plano económico.

LECTURAS

C. Marx. Estudios filosóficos. Prefacio de la Contribución a la crítica de la economía política.

Marx y Engels, Manifiesto Comunista.

Engels, L. Feuerbach.

CAPÍTULO SEGUNDO ¿DE DÓNDE PROVIENEN LAS CLASES Y LAS CONDICIONES ECONÓMICAS?

Ya hemos visto que las fuerzas motrices de la Historia son, en última instancia, las clases y sus luchas determinadas por las condiciones económicas.

Esto se produce mediante el encadenamiento siguiente: los hombres tienen ideas que los hacen actuar. Estas ideas nacen de las condiciones materiales de existencia en las cuales viven. Estas condiciones materiales de existencia están determinadas por el lugar social que ocupan en la sociedad, es decir, por la clase a la que pertenecen, y a su vez las clases están determinadas por las condiciones económicas en las que evoluciona la sociedad.

Pero entonces debemos ver qué determina las condiciones económicas y las clases que éstas crean. Es lo que vamos a estudiar.

I. PRIMERA GRAN DIVISIÓN DEL TRABAJO

Al estudiar la evolución de la sociedad y analizando los hechos del pasado, se comprueba ante todo que la división de la sociedad en clases no ha existido siempre. La dialéctica quiere que investiguemos el origen de las cosas; y bien: comprobamos que en un pasado muy lejano no había clases. En El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, Engels dice:

En todos los estadios inferiores de la sociedad, la producción era esencialmente común; no hay una clase, una categoría de trabajadores, después otra. El consumo de los productos creados por los hombres también era común. Ese es el comunismo primitivo.

Todos los hombres participan en la producción; los instrumentos individuales de trabajo son propiedad privada, pero los que se usan en común pertenecen a la comunidad. La división del trabajo sólo existe, en ese estadio inferior, entre los sexos. El hombre caza, pesca, etc.; la mujer cuida la casa. No hay intereses particulares o “privados” en juego.

Pero los hombres no se mantuvieron en ese período, y el primer cambio en la vida de los hombres será la división del trabajo en la sociedad.

60

En el modo de producción se desliza lentamente la división del trabajo.

Este primer hecho se produce allí donde los hombres

se encontraron en presencia de animales que primero se dejaron domesticar y después criar. Un cierto número de tribus, las más adelantadas... hicieron de la cría de ganado su principal rama de trabajo. Tribus de pastores se separaron de la masa de los bárbaros. Fue la primera gran división del trabajo.

Tenemos, pues, como primer modo de producción: caza, pesca; segundo modo de producción: crianza de ganado, que da nacimiento a las tribus de pastores.

Esta primera división del trabajo está en la base de la

II. PRIMERA DIVISIÓN DE LA SOCIEDAD EN CLASES

El crecimiento de la producción en todas sus ramas -crianza de ganado, agricultura, oficios domésticos- dio a la fuerza de trabajo humano la capacidad de crear más productos que los necesarios para el mantenimiento. Aumentó al mismo tiempo la suma cotidiana de trabajo que incumbía a cada miembro de la gens, de la comunidad doméstica o de la familia aislada. Se hizo deseable englobar fuerzas de trabajo nuevas. La guerra las proporcionó: los prisioneros de guerra fueron transformados en esclavos. Debido a que aumentaba la productividad del trabajo y por consiguiente la riqueza, y a que extendía el campo de la producción, la primera gran división social del trabajo tenía como consecuencia necesaria, en el conjunto de esas condiciones históricas, la esclavitud. De la primera gran división social del trabajo nació la primera gran escisión de la sociedad en dos clases: amos y esclavos, explotadores y explotados.⁶²

Hemos llegado así al umbral de la civilización... En el estadio más inferior, los hombres sólo producían directamente para sus propias necesidades; los pocos actos de intercambio que tenían lugar eran aislados y sólo atañían a lo superfluo de que se disponía por azar. En el estadio medio de la barbarie encontramos ya que el ganado, entre los pueblos, pastores, es una propiedad... de donde también las condiciones para un intercambio regular.⁶³

Por lo tanto, en este momento tenemos dos clases en la sociedad: amos y esclavos. Luego la sociedad continuará viviendo y experimentando nuevos desarrollos. Una nueva clase nacerá y crecerá.

III. SEGUNDA GRAN DIVISIÓN DEL TRABAJO

La riqueza se acrecentó rápidamente, pero en forma de riqueza individual; el tejido, el trabajo de los metales y los otros oficios, que se separaban cada vez más, dieron a la producción una variedad y una perfección crecientes; la agricultura, además del grano... proporcionó en lo sucesivo el aceite y también el vino... Una faena tan variada ya no podía ser ejercida por el mismo individuo; se efectuó la segunda gran división del trabajo; el oficio se separó de la agricultura. El crecimiento constante de la producción, y con ella de la productividad del trabajo, aumentó el valor de la fuerza de trabajo humano; la esclavitud se vuelve ahora un elemento esencial del sistema social... Por docenas se los empuja (a los esclavos) al trabajo... De la escisión de la producción en dos ramas principales, la agricultura y el oficio, nace la producción directa para el intercambio, la producción mercantil, y con ella el comercio...⁶⁴

IV. SEGUNDA DIVISIÓN DE LA SOCIEDAD EN CLASES

De este modo, la primera gran división del trabajo aumenta el valor del trabajo humano, crea un acrecentamiento de la riqueza que aumenta nuevamente el valor del trabajo y que obliga a una segunda división del trabajo: oficios y agricultura. En este momento, el continuo crecimiento de la producción, y paralelamente del valor de la fuerza de trabajo humano, hace "indispensables" a los esclavos, crea la producción mercantil y, con ella, una tercera clase: la de los comerciantes.

En este momento tenemos en la sociedad, pues, una triple división del trabajo y tres clases:

agricultores, artesanos, comerciantes. Vemos aparecer, por primera vez, una clase que no participa en la producción, y esta clase, la clase de los comerciantes, va a dominar a las otras dos.

El estadio superior de la barbarie nos ofrece una división más grande aún del trabajo... de donde deriva una porción siempre creciente de resultados del trabajo directamente producido para el cambio, y de ahí, elevación del cambio... al rango de necesidad vital de la sociedad. La civilización consolida y refuerza todas estas divisiones del trabajo ya existentes, sobre todo acentuando el antagonismo entre ciudad y campo... y agrega una tercera división del trabajo que le es propia y tiene una importancia capital: engendra una clase que ya no se ocupa de la producción, sino únicamente del cambio de los productos: los comerciantes.

Esta clase se transforma en la intermediaria entre dos productores. Bajo pretexto... de convertirse así en la clase más útil de la población... (ella) adquiere rápidamente riquezas enormes y una influencia social proporcionada... (ella) está llamada... a una dominación cada vez mayor de la producción, hasta que, al fin de cuentas, dé a luz también un producto propio de ella: las crisis comerciales periódicas.⁶⁵

Vemos, pues, el encadenamiento que, partiendo del comunismo primitivo, nos lleva al capitalismo.

Comunismo primitivo.

División entre tribus salvajes y pastoras (primera división del trabajo: amos, esclavos).

División entre los agricultores y los artesanos de oficios (segunda división del trabajo).

Nacimiento de la clase de los comerciantes (tercera división del trabajo) que

Engendra las crisis comerciales periódicas (capitalismo).

Sabemos ahora de dónde provienen las clases y nos falta estudiar:

V. LO QUE DETERMINA LAS CONDICIONES ECONÓMICAS

Primero debemos pasar revista muy brevemente a las diversas sociedades que nos han precedido:

Se carece de documentos para estudiar en detalle la historia de las sociedades que han precedido a las sociedades antiguas; pero sabemos, por ejemplo, que entre los griegos existían amos y esclavos y que la clase de los comerciantes comenzaba ya a desarrollarse. Después, en la Edad Media, la sociedad feudal, con señores y siervos, permite a los comerciantes tomar cada vez mayor importancia. Se agrupan cerca de los castillos, en el seno de los burgos (de donde deriva el nombre de burgueses); por otra parte, en la Edad Media, antes de la producción capitalista, sólo existía la pequeña producción, cuya condición principal era que el productor fuera dueño de sus instrumentos de trabajo. Los medios de producción pertenecían al individuo y sólo estaban adaptados al uso individual. En consecuencia, eran mezquinos, pequeños, limitados. Concentrar y ampliar esos medios de producción, transformarlos en poderosas palancas de la producción moderna, era el papel histórico de la producción capitalista y de la burguesía...

A partir del siglo XV, la burguesía cumplió esta obra recorriendo las tres fases históricas: de la cooperación simple, de la manufactura y de la gran industria... Arrancando esos medios de producción a su aislamiento, concentrándolos... se cambia su misma naturaleza y de individuales se transforman en sociales.

65

Engels, Obra citada.

66

Engels, Socialismo utópico y socialismo científico.

Vemos, pues, que paralelamente a la evolución de las clases (amos, esclavos; señores y siervos), evolucionan las condiciones de producción y de circulación, de distribución de las riquezas, es decir, las condiciones económicas, y que esta evolución económica sigue paso a paso y paralelamente la evolución de los modos de producción. Son, por lo tanto

VI. LOS MODOS DE PRODUCCIÓN

-es decir, el estado de los instrumentos, de las herramientas, su utilización, los métodos de trabajo, en una palabra, el estado de la técnica-, los que determinan las condiciones económicas.

Si anteriormente las fuerzas de un individuo, o, a lo sumo, de una familia, habían bastado para hacer trabajar los viejos medios de producción aislados, ahora era necesario todo un batallón de obreros para poner en movimiento esos medios de producción concentrados. El vapor y la máquina-herramienta terminaron y completaron esta metamorfosis... El taller individual (es reemplazado por) la fábrica; que reclama la cooperación de centenares y millares de obreros. De una serie de actos individuales, la producción se transforma en una serie de actos sociales.⁶⁷

Vemos ahí que la evolución de los modos de producción ha transformado totalmente las fuerzas productivas. Las herramientas de trabajo se han vuelto colectivas, ¡pero el régimen de propiedad ha seguido siendo individual! Las máquinas que no pueden funcionar sino por obra de una colectividad, han seguido siendo propiedad de un solo hombre. Así, vemos que

(las fuerzas productivas) pujan hacia el reconocimiento práctico de su carácter real, el de las fuerzas productivas sociales... (ellas) imponen a grandes cantidades de medios de producción la socialización, que se manifiesta en forma de sociedades por acciones... También esta forma se vuelve insuficiente... El Estado debe tomar la dirección de esas fuerzas productivas... la burguesía se ha vuelto superflua. Todas las funciones sociales de los capitalistas son cumplidas... por empleados asalariados.⁶⁸

De este modo quedan en evidencia las contradicciones del régimen capitalista:

Por un lado, perfeccionamiento del maquinismo, lo que se ha vuelto obligatorio... a causa de la competencia y equivalente a la eliminación siempre creciente de obreros... Del otro lado, extensión ilimitada de la producción igualmente obligatoria. De ambos lados, desarrollo inaudito de las fuerzas productivas, exceso de la oferta sobre la demanda, superproducción, crisis... lo que nos lleva a: superabundancia de producción... y superabundancia de obreros sin trabajo, sin medios de existencia.⁶⁹

Hay contradicción entre el trabajo que se ha vuelto social, colectivo, y la propiedad que continúa siendo individual. Y entonces diremos con Marx:

Estas relaciones, que eran formas de desarrollo de las fuerzas productivas, se convierten en trabas. Entonces se abre un período de revolución social.

VII. OBSERVACIONES

Antes de terminar este capítulo, es necesario hacer algunas observaciones y subrayar que en Marx, prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política, en Estudios filosóficos, este estudio encontramos todos los caracteres y las leyes de la dialéctica que acabamos de estudiar.

En efecto, acabamos de recorrer muy rápidamente la historia de las sociedades, de las clases y de los modos de producción. Vemos hasta qué punto cada parte de este estudio es dependiente de las otras. Comprobamos que esta historia es esencialmente movida y que los cambios que se producen en cada estadio de la evolución de las sociedades son provocados por una lucha interna, lucha entre los elementos de conservación y de progreso, lucha que desemboca en la destrucción de cada sociedad y en el nacimiento de una nueva. Cada una de ellas tiene un carácter, una estructura muy diferente de aquella que la ha precedido. Estas transformaciones radicales se operan después de una acumulación de hechos que en sí mismos parecen insignificantes, pero que en cierto momento crean por su acumulación una situación de hecho que provoca un cambio brutal, revolucionario.

Volvemos a encontrar, ahí, pues, los caracteres de las grandes leyes generales de la dialéctica, es decir:

La interdependencia de las cosas y de los hechos.

El movimiento y el cambio dialéctico.

El autodinamismo.

La contradicción.

La acción recíproca.

Y la evolución por saltos (transformación de la cantidad en calidad).

LECTURAS

Engels, El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. Engels, Socialismo utópico y socialismo científico.

PREGUNTAS DE CONTROL

Capítulo primero

¿Qué explicación de la historia dan los idealistas?

¿Qué es el materialismo histórico?

¿Cuál era la posición de los materialistas del siglo XVIII en la explicación de la historia? Mostrar sus insuficiencias.

Capítulo segundo

¿De dónde proceden las clases?

¿Cuáles son las fuerzas motrices de la historia?

Deber escrito

¿Cómo aplica el marxismo (materialismo histórico) la dialéctica a la historia?

SEXTA PARTE EL MATERIALISMO DIALÉCTICO Y LAS IDEOLOGÍAS

CAPÍTULO ÚNICO APLICACIÓN DEL MÉTODO DIALÉCTICO A LAS IDEOLOGÍAS

I. ¿CUÁL ES LA IMPORTANCIA DE LAS IDEOLOGÍAS PARA EL MARXISMO?

Es muy frecuente oír decir que el marxismo es una filosofía materialista que niega el papel de las ideas en la historia, que niega el papel del factor ideológico y que sólo quiere tener en cuenta las influencias económicas.

ESTO ES FALSO. El marxismo no niega el papel importante que tienen en la vida el espíritu, el arte, las ideas. Por el contrario, atribuye una particular importancia a esas formas ideológicas y vamos a terminar este estudio de los principios elementales del marxismo examinando cómo se aplica a las ideologías el método del materialismo dialéctico; vamos a ver cuál es el papel de las ideologías en la historia, la acción del factor ideológico y qué es la forma ideológica.

Esta parte del marxismo que vamos a estudiar es el punto peor conocido de esta filosofía. La razón de ello es que durante mucho tiempo se ha tratado y difundido sobre todo la parte del marxismo que estudia la economía política. Procediendo así, no sólo se separaba arbitrariamente esta materia del gran “todo” que forma el marxismo, sino que también se la separaba de sus bases; porque lo que ha permitido hacer de la economía política una verdadera ciencia, es el materialismo histórico que, como ya hemos visto, es una aplicación del materialismo dialéctico.

Se puede señalar de pasada que esta manera de proceder proviene seguramente del espíritu metafísico que conocemos y del que tanto nos cuesta desprendernos. Cometemos errores -repetámoslo- en la medida en que aislamos las cosas, en que las estudiamos en forma unilateral.

Por consiguiente, las malas interpretaciones del marxismo provienen del hecho de que no se ha insistido suficientemente sobre el papel de las ideologías en la historia y en la vida. Se las ha separado del marxismo, y, al hacerlo, se ha separado el marxismo del materialismo dialéctico, ¡es decir, de sí mismo!

Nos complace ver que desde hace algunos años, gracias en parte al trabajo de la Universidad Obrera de París -a la cual varios millares de alumnos deben su conocimiento del marxismo-, y gracias también al trabajo de nuestros camaradas intelectuales que han contribuido a ello con sus trabajos y sus libros, el marxismo ha reconquistado su verdadera faz y el lugar al que tiene derecho.

II. ¿QUÉ ES UNA IDEOLOGÍA? (FACTOR Y FORMAS IDEOLÓGICAS)

Vamos a abordar este capítulo, consagrado al papel de las ideologías, con algunas definiciones.

¿A qué llamamos una ideología? Decir ideología es decir, ante todo, ideas. La ideología es un conjunto de ideas que forma un todo, una teoría, un sistema, y a veces, simplemente, incluso un estado de ánimo.

El marxismo es una ideología que forma un todo y que ofrece un método para encontrar respuesta a todos los problemas. Una ideología republicana es el conjunto de ideas que encontramos en el espíritu de un republicano.

Para una ideología no es sólo un conjunto de ideas puras, a las que se supondría separadas de todo sentimiento (ésta es una concepción metafísica); una ideología implica necesariamente sentimientos, simpatías, antipatías, esperanzas, temores, etc. En la ideología proletaria encontramos los elementos ideales de la lucha de clases, pero encontramos también sentimientos de solidaridad hacia los explotados del régimen capitalista, los “prisioneros”, sentimientos de rebelión, de entusiasmo, etc... Todo esto es lo que forma una ideología.

Vemos ahora lo que se llama el factor ideológico: es la ideología considerada como una causa o una fuerza que actúa, que es capaz de influenciar, y por eso se habla de la acción del factor ideológico. Las religiones, por ejemplo, son un factor ideológico que debemos tener en cuenta; tienen una fuerza moral que todavía actúa en forma importante.

¿Qué se entiende por forma ideológica? Se designa así un conjunto de ideas particulares, que forman una ideología en un campo especializado. La religión, la moral, son formas de la ideología, lo mismo que la ciencia, la filosofía, la literatura, el arte, la poesía.

Por lo tanto, si queremos examinar cuál es el papel en la historia de la ideología en general y de todas sus formas en particular, no haremos este estudio separando la ideología de la historia -es decir, de la vida de las sociedades-, sino situando el papel de la ideología, de sus factores y de sus formas en y a partir de la sociedad.

III. ESTRUCTURA ECONÓMICA Y ESTRUCTURA IDEOLÓGICA

Al estudiar el materialismo histórico, hemos visto que la historia de las sociedades se explica por el encadenamiento siguiente: los hombres hacen la historia por su acción, expresión de su voluntad. Esta es determinada por las ideas. Hemos comprobado que lo que explica las ideas de los hombres, es decir, su ideología, es el medio social donde se manifiestan las clases, las que a su vez están determinadas por el factor económico, o sea, al fin de cuentas, por el modo de producción.

Hemos visto también que entre el factor ideológico y el factor social se encuentra el factor político, que se manifiesta en la lucha ideológica como expresión de la lucha social.

Por lo tanto, si examinamos la estructura de la sociedad a la luz del materialismo histórico, vemos que en la base se encuentra la estructura económica; luego, por encima de ella, la estructura social, que sostiene la estructura política, y por último la estructura ideológica.

Vemos que para los materialistas la estructura ideológica es la culminación, la cima del edificio social, mientras que para los idealistas la estructura ideológica está en la base.

En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un grado de desarrollo dado de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política, y a la cual corresponden formas de conciencia social determinadas (es decir, formas ideológicas). El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general.⁷¹

Vemos, por consiguiente, que es la estructura económica la que está en la base de la sociedad. Se dice también que es la infraestructura (lo que significa la estructura inferior).

La ideología, que comprende todas las formas: la moral, la religión, la ciencia, la poesía, el arte, la literatura, constituye la supra o superestructura (que significa: estructura que está en la cima).

Sabiendo, como lo demuestra la teoría materialista, que las ideas son el reflejo de las cosas, que es nuestro ser social el que determina la conciencia, diremos, pues, que la superestructura es el reflejo de la infraestructura.

He aquí un ejemplo de Engels, que lo demuestra bien:

C. Marx, prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política.

La fe calvinista convenía a los representantes más audaces de la burguesía de la época. Su doctrina de la predestinación era la expresión religiosa del hecho de que, en el mundo comercial de la competencia, el éxito o el fracaso no dependen de la actividad o de la habilidad de un hombre, sino de circunstancias sobre las cuales él nada puede. No se trata de su voluntad o de su acción, sino de la "gracia" de potencias económicas superiores y desconocidas, y esto era especialmente cierto en una época de revolución económica, en que todas las viejas rutas comerciales y todos los viejos centros del comercio eran reemplazados por nuevas rutas y nuevos centros, en que la India y América se abrían al mundo y en que los artículos de fe económica más sagrados -el valor del oro y de la plata- comenzaban a tambalear y a desplomarse.⁷²

En efecto, ¿qué ocurre en la vida económica para los comerciantes? Están en competencia. Los comerciantes, los burgueses, han hecho su experiencia de esta competencia en la que hay vencedores y vencidos. Muy a menudo los más listos, los más inteligentes, son vencidos por la competencia, por una crisis que sobreviene y los abate. Esta crisis es para ellos una cosa imprevisible, les parece una fatalidad y esta idea de que sin razón plausible los menos astutos sobreviven a veces a la crisis, es la que ha sido incorporada a la religión protestante. La comprobación de que algunos triunfan por suerte, proporciona esta idea de la predestinación según la cual los hombres deben sufrir una suerte fijada eternamente por Dios.

Vemos en este ejemplo de reflejo de las condiciones económicas de qué modo la superestructura es el reflejo de la infraestructura.

He aquí un ejemplo más: tomemos la mentalidad de dos obreros no organizados sindicalmente, es decir, no desarrollados políticamente; uno trabaja en una gran fábrica, donde el trabajo está racionalizado; el otro trabaja con un pequeño artesano. Seguramente ambos tendrán una concepción diferente del patrón. Para uno, el patrón será el explotador feroz, característico del capitalismo; el otro verá al patrón como a un trabajador, en situación acomodada, es cierto, pero trabajador y no tirano.

El reflejo de su condición de trabajo determinará, pues, su manera de comprender a los patrones.

Este ejemplo, que es importante, nos lleva, para ser precisos, a hacer algunas observaciones.

IV. CONCIENCIA VERDADERA Y CONCIENCIA FALSA

Acabamos de decir que las ideologías son el reflejo de las condiciones materiales de la sociedad, que es el ser social quien determina la conciencia social. Se podría deducir de ello que un proletario debe tener automáticamente una ideología proletaria.

Pero tal suposición no corresponde a la realidad, porque hay obreros que no tienen conciencia de obreros.

Por lo tanto, corresponde establecer una distinción: la gente puede vivir en condiciones determinadas, pero la conciencia que tienen de ello puede no corresponder a la realidad. Es lo que Engels llama: “tener una conciencia falsa”.

Ejemplo: ciertos obreros están influenciados por la doctrina del corporativismo que significa un retorno a la Edad Media, al artesanado. En este caso, hay conciencia de la miseria de los obreros, pero no es una conciencia correcta y verdadera. Ahí la ideología es efectivamente un reflejo de las condiciones de vida social, pero no es un reflejo fiel, un reflejo exacto.

En la conciencia de la gente, el reflejo es muy a menudo un reflejo “a la inversa”.

Engels, El Materialismo Histórico, en Estudios filosóficos.

Comprobar el hecho de la miseria es un reflejo de las condiciones sociales, pero este reflejo se vuelve falso cuando se piensa que un retorno al artesanado será la solución del problema. Aquí vemos, pues, una conciencia en parte verdadera y en parte falsa.

El obrero que es realista tiene también una conciencia a la vez verdadera y falsa. Verdadera porque quiere suprimir la miseria que él comprueba; falsa porque piensa que un rey puede hacerlo. Y, simplemente porque ha razonado mal, porque ha elegido mal su ideología, este obrero puede convertirse para nosotros en un enemigo de clase, mientras que, sin embargo, él es de nuestra clase. Así, tener una conciencia falsa, es engañarse o ser engañado sobre su verdadera condición.

Por consiguiente, diremos que la ideología es el reflejo de las condiciones de existencia, pero que no es un reflejo FATAL.

Debemos comprobar, por otra parte, que se emplean todos los recursos para darnos una conciencia falsa y desarrollar la influencia de las ideologías de las clases dirigentes sobre las clases explotadas. Los primeros elementos de una concepción de la vida que recibimos, nuestra educación, nuestra instrucción, nos dan una conciencia falsa. Nuestras vinculaciones en la vida, un fondo de provincianismo en algunos, la propaganda, la prensa, la radio, falsean también a veces nuestra conciencia.

Por consiguiente, el trabajo ideológico tiene para nosotros, marxistas, una extremada importancia. Hay que destruir la conciencia falsa para adquirir una conciencia verdadera y esta transformación no puede realizarse sin el trabajo ideológico.

Aquellos que consideran y dicen que el marxismo es una doctrina fatalista se equivocan, pues, porque en realidad pensamos que las ideologías desempeñan un gran papel en la sociedad, y que hay que enseñar y aprender esta filosofía que es el marxismo para hacerle desempeñar el papel de una herramienta y un arma eficaces.

V. ACCIÓN Y REACCIÓN DE LOS FACTORES IDEOLÓGICOS

Mediante los ejemplos de conciencia verdadera y conciencia falsa hemos visto que no siempre hay que querer explicar las ideas sólo a través de la economía y negar que las ideas tengan una acción. Proceder así sería interpretar mal el marxismo.

Es verdad que las ideas se explican, en última instancia, por la economía, pero también tienen una acción que les es propia.

...Según la concepción materialista de la historia, el factor determinante en la historia es, en última instancia, la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que eso. Si luego alguno lo retuerce hasta decir que el factor económico es el único determinante, transforma esta proposición en una frase vacía, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero las diversas partes de la superestructura... ejercen igualmente su acción sobre el curso de las luchas históricas y determinan, de manera preponderante, la forma en muchos casos. Hay acción y reacción de todos esos factores en el seno de los cuales el movimiento económico termina por abrirse su camino como algo forzado a través del conglomerado infinito de casualidades.⁷³

Vemos, pues, que necesitamos examinarlo todo antes de buscar la economía, y que, si ésta es en última instancia la causa, hay que pensar siempre que no es la única causa.

Las ideologías son los reflejos y los efectos de las condiciones económicas, pero la relación entre ellas no es simple, porque comprobamos también una acción recíproca de las ideologías sobre la infraestructura.

Engels, Estudios filosóficos. Carta a Joseph Bloch.

Si queremos estudiar el movimiento de masas que se desarrolló en Francia después del 6 de febrero de 1934, lo haremos por lo menos desde dos aspectos, para demostrar lo que acabamos de escribir.

Algunos explican esta corriente diciendo que la causa era la crisis económica. Esta es una explicación materialista pero unilateral. Esta explicación sólo tiene en cuenta un único factor: el económico (o sea: la crisis).

Por lo tanto, este razonamiento es justo en parte, pero a condición que se le agregue, como factor de explicación, lo que piensa la gente: la ideología. Y bien, en esta corriente de masas, la gente es “antifascista”: he aquí el factor ideológico. Y si la gente es antifascista es gracias a la propaganda que ha dado nacimiento al Frente Popular. Pero para que esta propaganda fuera eficaz, se necesitaba un terreno favorable, y lo que se ha podido hacer en 1936 no era posible en 1932. Finalmente, sabemos cómo este movimiento de masas y su ideología han influido posteriormente, a su vez, la economía mediante la lucha social que han desencadenado.

En este ejemplo vemos, pues, que la ideología, que es el reflejo de las condiciones sociales, se convierte a su vez en una causa de los acontecimientos.

El desarrollo político, jurídico, filosófico, religioso, literario, artístico, etc., se apoya en el desarrollo económico. Pero todos reaccionan igualmente unos sobre otros, así como también sobre la base económica. No ocurre así porque la situación económica sea la causa, porque sea la única activa y todo lo demás no sea más que acción pasiva. Por el contrario, hay acción y reacción sobre la base de la necesidad económica, que prevalece siempre en última instancia.

Así es, por ejemplo, que

la base del derecho de sucesión, suponiendo la igualdad del estadio de desarrollo de la familia, es una base económica. No obstante, será difícil demostrar que en Inglaterra, por ejemplo, la libertad absoluta de testar, y en Francia su gran limitación, sólo tienen, en todas sus particularidades, causas económicas. Pero en medida muy importante, ambas reaccionan sobre la economía por el hecho de que influyen en el reparto de la fortuna.⁷⁵

Para tomar un ejemplo más actual, volveremos al de los impuestos. Todos tenemos una idea sobre los impuestos. Los ricos quieren librarse de los gravámenes y son partidarios de los impuestos indirectos; los trabajadores y las clases medias quieren, por el contrario, que los impuestos fiscales sean directos y progresivos. De este modo, pues, la idea que tenemos con respecto a los impuestos, y que es un factor ideológico, tiene su origen en la situación económica en que nos hallamos, y que es creada, impuesta por el capitalismo. Los ricos quieren conservar sus privilegios y luchan para conservar la actual característica del sistema impositivo o para reforzar las leyes en el mismo sentido. Ahora bien: estas leyes, que proceden de las ideas, reaccionan sobre la economía, porque matan al pequeño comercio y al artesanado y precipitan la concentración capitalista.

En consecuencia, vemos que las condiciones económicas engendran las ideas, pero que las ideas engendran también modificaciones en las condiciones económicas, y nosotros debemos examinar las ideologías, todas las ideologías, teniendo en cuenta esta reciprocidad de las relaciones, y sólo en última instancia, en la raíz, vemos que las necesidades económicas prevalecen siempre.

Sabemos que los escritores y los pensadores son los que tienen la misión de propagar, si no de defender, las ideologías. Sus pensamientos y sus escritos no siempre están ideológicamente muy caracterizados, pero de hecho, aún en escritos que parecen ser simples relatos o cuentos, encontramos siempre, al analizarlos, una ideología. Este análisis constituye una operación muy delicada y debemos efectuarlo con mucha prudencia. Vamos a indicar un método de análisis

74

Engels, Estudios filosóficos. Carta a Heinz Starkenburg.

75

Engels, Estudios filosóficos. Carta a Conrad Schmidt.

dialéctico que será de gran ayuda, pero hay que prestar mucha atención para no ser mecanicista y no querer explicar lo que no es explicable.

VI. MÉTODO DE ANÁLISIS DIALÉCTICO

Para aplicar bien el método dialéctico, hay que conocer muchas cosas, y cuando se ignora el tema hay que estudiarlo minuciosamente, sin lo cual sólo se logra simplemente hacer caricaturas de juicio crítico.

Para proceder al análisis dialéctico de un libro o de un cuento literario, vamos a indicar un método que se podrá aplicar a otros temas.

a) Ante todo, hay que prestar atención al contenido del libro o del cuento a analizar. Examinarlo independientemente de toda cuestión social, porque no todo proviene de la lucha de clases y de las condiciones económicas.

Hay influencias literarias, y debemos tenerlas en cuenta. Tratar de establecer a qué “escuela literaria” pertenece la obra. Considerar el desarrollo interno de las ideologías. Prácticamente, convendría hacer un resumen del tema a analizar y anotar lo que ha llamado la atención.

b) Observar luego los tipos sociales que son los héroes de la intriga. Buscar la clase a la que pertenecen, examinar la acción de los personajes y ver si se puede vincular de un modo cualquiera lo que ocurre en la novela con un punto de vista social.

Si esto no es posible, si razonablemente no puede hacerse, es mejor abandonar el análisis antes que inventar. No hay que inventar nunca una explicación.

c) Cuando se ha encontrado cuál es o cuáles son las clases en juego, hay que investigar la base económica, es decir, cuáles son los modos de producción y la manera de producir en el momento en que se desarrolla la acción de la novela.

Si la acción ocurre en nuestros días, por ejemplo, la economía es el capitalismo. Actualmente se ven numerosos cuentos y novelas que critican el capitalismo. Pero hay dos maneras de combatir el capitalismo:

Como revolucionario que marcha adelante.

Como reaccionario, que quiere volver al pasado; y a menudo, ésta es la forma que se encuentra en las novelas modernas: se lamentan allí los tiempos idos.

d) Una vez obtenido todo esto, podemos entonces buscar' la ideología, es decir, ver cuáles son las ideas, los sentimientos, cuál es la manera de pensar del autor.

Buscando la ideología, pensaremos en el papel que ésta desempeña, en su influjo sobre el espíritu de la gente que lee el libro.

e) Entonces podremos dar la conclusión de nuestro análisis, decir por qué tal cuento o novela ha sido escrito en tal momento.. Y denunciar o elogiar, según los casos, sus intenciones (a menudo inconscientes en el autor).

Este método de análisis sólo puede ser bueno si se recuerda, al aplicarlo, todo lo que ha sido dicho precedentemente. Hay que tener en cuenta que, si la dialéctica nos aporta una nueva manera de comprender las cosas, exige también que se conozcan bien para hablar de ellas y analizarlas.

Por consiguiente, ahora que hemos visto en qué consiste nuestro método, debemos procurar -en nuestros estudios, en nuestra vida militante y personal- ver las cosas en su movimiento, en su cambio, en sus contradicciones y en su significación histórica, y no en un estado estático, inmóvil; verlas y estudiarlas también en todos sus aspectos y no de una manera unilateral. En una palabra, aplicar en todas partes y siempre el espíritu dialéctico.

VII. NECESIDAD DE LA LUCHA IDEOLÓGICA

Ahora sabemos mejor lo que es el materialismo dialéctico, forma moderna del materialismo, fundado por Marx y Engels y desarrollado por Lenin. Para esta obra hemos utilizado sobre todo los textos de Marx y Engels, pero no podemos terminar estos cursos sin señalar particularmente que la obra filosófica de Lenin es considerable.⁷⁶ Por eso se habla hoy de marxismo-leninismo.

Marxismo-leninismo y materialismo dialéctico están indisolublemente unidos, y sólo el conocimiento del materialismo dialéctico permite medir toda la extensión, todo el alcance, toda la riqueza del

marxismo-leninismo. Esto nos lleva a decir que el militante no está verdaderamente armado ideológicamente si no conoce el conjunto de esta doctrina.

La burguesía, que lo ha comprendido bien, se esfuerza por introducir su propia ideología en la conciencia de los trabajadores empleando todos los medios posibles. Sabiendo perfectamente que de todos los aspectos del marxismo-leninismo el materialismo dialéctico es el más mal conocido en la actualidad, la burguesía ha organizado contra él la conspiración del silencio. Es penoso pensar que la enseñanza oficial desestima e ignora tal método y que se continúa enseñando en las escuelas y universidades de la misma manera que hace cien años.

Si antiguamente el método metafísico primó sobre el método dialéctico es, como lo hemos visto, a causa de la ignorancia de los hombres. Hoy, la ciencia nos ha dado los medios de demostrar que el método dialéctico es el que conviene aplicar a las investigaciones científicas, y es escandaloso que se continúe enseñando a nuestros niños a pensar y estudiar con el método originado en la ignorancia.

Si los sabios, en sus investigaciones científicas, ya no pueden estudiar su especialidad sin tener en cuenta la interpenetración de las ciencias -con lo cual aplican inconscientemente una parte de la dialéctica-, aportan demasiado a menudo a sus estudios la formación de espíritu que les ha sido dada y que es la de un espíritu metafísico. ¡Cuántos progresos hubieran realizado o permitido realizar los grandes sabios que ya dieran grandes cosas a la humanidad -pensamos en Pasteur, Branly, que eran idealistas, creyentes- si hubieran tenido una formación de espíritu dialéctico!

Pero hay una forma de lucha contra el marxismo-leninismo todavía más peligrosa que esta campaña de silencio: son las falsificaciones que la burguesía trata de organizar en el interior mismo del movimiento obrero. En estos momentos vemos florecer a numerosos “teóricos” que se presentan como “marxistas” y que pretenden “renovar”, “rejuvenecer” el marxismo. Las campañas de este tipo eligen muy frecuentemente como puntos de apoyo los aspectos del marxismo que son los menos conocidos, y muy particularmente, la filosofía materialista.

Así, por ejemplo, hay gente que declara aceptar el marxismo como concepción de la acción revolucionaria, pero no como concepción general del mundo. Declaran que se puede ser perfectamente marxista sin aceptar la filosofía materialista. Conforme a esta actitud general se desarrollan diversas tentativas de contrabando. Gente que siempre se dice marxista quiere introducir en el marxismo concepciones que son incompatibles con la misma base del marxismo, es decir, con la filosofía materialista. En el pasado se han conocido tentativas de este género. Contra ellas escribió Lenin su libro *Materialismo y Empiriocriticismo*. En la actualidad, en este período de amplia difusión del marxismo, asistimos al renacimiento y a la multiplicación de estas tentativas. ¿Cómo reconocer, cómo desenmascarar a las que precisamente impugnan al marxismo en su aspecto filosófico, si se ignora la verdadera filosofía del marxismo?

Ver “Lenin” en el índice alfabético de nombres citados. El aporte filosófico de Lenin al marxismo -que sería muy largo y complejo examinar aquí- surge claramente en *Materialismo y Empiriocriticismo* y en los *Cuadernos Filosóficos*.

VIII. CONCLUSIÓN

Felizmente, desde hace algunos años se observa, particularmente en la clase obrera, un formidable impulso hacia el estudio del conjunto del marxismo, y un creciente interés por el estudio de la filosofía materialista. Este es un signo que indica, en la situación actual, que la clase obrera ha sentido perfectamente la exactitud de las razones que dimos al comienzo en favor del estudio de la filosofía materialista. Los trabajadores han aprendido, por propia experiencia, la necesidad de vincular a la práctica la teoría y, al mismo tiempo, la necesidad de impulsar el estudio teórico lo más lejos posible. El papel de cada militante debe consistir en reforzar esta corriente y en darle una dirección y un contenido correctos. Nos complace ver que, gracias a la Universidad Obrera de París, varios millares de hombres han aprendido lo que es el materialismo dialéctico, y, si esto ilustra en forma impresionante nuestra lucha contra la burguesía mostrando de qué lado está la ciencia, nos indica también nuestro deber. Hay que estudiar. Hay que conocer y hacer conocer el marxismo en todos los ambientes. Paralelamente a la lucha en la calle y en el lugar de trabajo, los militantes deben llevar a cabo la lucha ideológica. Su deber es defender nuestra ideología contra todas las formas de ataque, y, al mismo tiempo, dirigir la contraofensiva para la destrucción de la ideología burguesa en la conciencia de los trabajadores. Pero para dominar todos los aspectos de esta lucha, hay que estar armado. El militante sólo lo será verdaderamente mediante el conocimiento del materialismo dialéctico.

En espera de que construyamos la sociedad sin clases, en la que nada trabará el desarrollo de las ciencias, tal es una parte esencial de nuestro deber.

PREGUNTAS DE CONTROL

¿Es verdad que el marxismo niega el papel de las ideas?

¿Cuáles son los diferentes factores que condicionan y constituyen la estructura de la sociedad?

Analizar con el método del materialismo dialéctico un cuento de un periódico.

Deber de recapitulación general

¿Qué beneficio han sacado para el pensamiento y para la acción del estudio del materialismo dialéctico?

ÍNDICE DE PALABRAS Y NOMBRES CITADOS

AGNÓSTICOS.-Nombre dado en filosofía a los que declaran que la verdad es inaccesible al espíritu humano.

ALQUIMIA.-Nombre dado a la química de la Edad Media. Más que una ciencia era un arte, cercano a la magia, que consistía en buscar un remedio capaz de curar todos los males (panacea) y la trasmutación de los metales en oro con la "piedra filosofal".

ANÁLISIS.-Operación del espíritu que consiste en descomponer una cosa o una idea en sus elementos.

ANATOMÍA.- Ciencia que estudia la estructura de los seres.

ANAXÍMENES DE MILETO (siglo VI antes de nuestra era).-Filósofo de la escuela de Jonia. Sucedió a su maestro Anaximandro y tuvo como discípulos a Anaxágoras y a Diógenes de Apolonia. Según él, el aire es el principio de todas las cosas.

ARISTÓTELES (384-322 a. de nuestra era).-Con Platón, es el más grande filósofo de la antigüedad. Enseñó en Atenas, de donde tuvo que huir un año antes de su muerte para escapar a las persecuciones, acusado de “impiedad”. Discípulo, pero adversario de Platón, Aristóteles trata de dar fundamentos realistas a la filosofía idealista de aquél mediante la observación sistemática del mundo sensible, pero parte como él del concepto de la idea. Todo ser -o sustancia-está hecho de dos principios: materia y forma. La materia, es una masa bruta, inerte, indistinta; para que se convierta en tal o cual cosa, en “esto” o “aquello”, es preciso que se le aplique una forma. La forma es la idea, activa, específica. Es ella la que da a la materia su calificación. La forma suprema, que comprende a todas las otras, es Dios. También Aristóteles, rechazando la concepción mecanicista de Demócrito, introdujo el finalismo: Dios es quien ha organizado el universo. Fundador de la lógica como teoría del razonamiento exacto. Para él, y esto es importante, la idea del desarrollo es una idea central de su sistema. El desarrollo cósmico, el desarrollo orgánico, el desarrollo de las formas del Estado, etc., son concebidos en todas partes como una evolución de lo imperfecto a lo perfecto, de lo general a lo particular. Engels lo llama el cerebro más universal de todos los filósofos griegos, el que ya entonces se dedicó a la investigación de las formas esenciales del razonamiento dialéctico. (Ver ENGELS: Socialismo utópico y socialismo científico.)

Gran sabio, gran lógico, sus discípulos de la Edad Media sólo conservaron de su enseñanza el aspecto formal, abstracto, y desdeñando actualizarlo con las adquisiciones científicas, la convirtieron en un sistema seco y estéril, que forma la base de la escolástica.

ASTRONOMÍA.- Ciencia que estudia los astros y sus movimientos.

ÁTOMO.-Se llama así, en química y en física, la parcela material indivisible que constituye la menor cantidad de un elemento que pueda entrar en combinación.

En la filosofía materialista antigua, esta palabra designaba el elemento más pequeño de la materia, absolutamente indivisible, el elemento primero a partir del cual se constituía por combinación y agregado la naturaleza toda.

BACON; Francis de Verulam (1561-1626).-Célebre filósofo inglés. Miembro de la Cámara de los Comunes en 1593, Bacon fue nombrado en 1604 abogado de la corona; en 1613, procurador general; en 1617, ministro de Justicia, y en 1618, gran canciller de la corona. Condenado en 1624 por el Parlamento a prisión y a la pérdida de sus títulos por corrupción, recuperó la libertad dos días después, ingresando en la vida privada.

Francis Bacon es el autor de un gran número de obras científicas y filosóficas, entre las cuales hay que mencionar muy especialmente el *Novum Organum* (1620), en el cual opone a la antigua metafísica de las ideas a priori, la lógica basada en la experiencia.

Francis Bacon es uno de los fundadores de la filosofía y del método científico modernos.

BERKELEY, George (1683-1753).-Filósofo inglés, obispo y, durante algún tiempo, misionero desdichado en América. Su actividad clerical (como pastor protestante en la Irlanda católica anexada y colonizada por la fuerza a comienzos del siglo XVIII) al servicio de la política de la nación inglesa conquistadora, tiene un carácter completamente reaccionario. Paralelamente a las especulaciones de orden espiritual, se entregó igualmente a especulaciones más materiales (por ejemplo, sobre la utilidad

de las famosas casas obreras y del trabajo de los niños), como lo prueba su obra: Ensayo sobre los medios de evitar la ruina de Gran Bretaña (1720), escrita en ocasión de la quiebra de la Southsea Company, que fue una especulación aventurera. Lenin ha caracterizado de manera profunda su filosofía. La referencia se encontrará en esta obra, primera parte, capítulo II. Sus concepciones económicas (en el Querist), particularmente sobre el dinero, han sido examinadas a fondo por Marx en su Contribución a la crítica de la economía política. Obras: Nueva teoría de las percepciones del espíritu (1707), Principios del conocimiento humano (1713), Diálogos de Hylas y Filón, adaptación popular de la obra precedente.

BRANLY, Edouard (1846-1940).-Físico. Descubrió en 1873 las propiedades de los óxidos de cobre para “adaptar” las corrientes alternadas. En 1888 estableció las primeras radiocomunicaciones descubriendo la propiedad del “tubo de limaduras”. Gracias a su “detector” nació la telegrafía sin hilos. En 1898 expuso en la Academia de Ciencias la aplicación de su descubrimiento al llamado de auxilio de los navíos.

CARTESIANISMO.-Nombre dado a la filosofía de Descartes.

COPÉRNICO (1473-1543).-Célebre astrónomo polaco. Autor de la obra titulada: Las revoluciones del orbe celeste, en la cual prueba el movimiento de rotación de la tierra alrededor de su eje y de traslación en torno al sol.

D'ALEMBERT, Jean le Rond (1717-1783).- Uno de los representantes más característicos del siglo de las luces en Francia, gran matemático, d'Alembert efectuó trabajos considerables para establecer los principios de la mecánica. Publicó con Diderot la Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios por una Sociedad de Literatos. Esta gran obra, muy combatida por la monarquía, ampliamente difundida y finalmente prohibida por el Consejo de Estado reaccionario, es el monumento principal del siglo de las luces (33 volúmenes, 1751-1777). Él compuso la introducción a esta Enciclopedia: el “Discurso Preliminar”. Su punto de vista filosófico es el del escepticismo. Ni la materia ni el espíritu son cognoscibles en su esencia y el mundo puede suponerse completamente distinto a lo que perciben nuestros sentidos. Obras principales: Misceláneas de literatura, historia y filosofía (1752), Tratado de dinámica (1753) y Elementos de filosofía (1758).

DARWIN, Charles- Robert (1809-1882).- Célebre naturalista inglés, el más grande teórico de la evolución. en las ciencias de la naturaleza en el siglo pasado. La teoría del transformismo, que ya había sido presentada anteriormente por Lamarck, Goethe, etc., encontró en él su expresión decisiva, abriendo así nuevas vías a la ciencia. Darwin basó su teoría de la evolución sobre la hipótesis de la selección natural, es decir, la selección en la lucha por la vida que hace sobrevivir a los más aptos. Partía de las experiencias de la cría artificial del ganado. Pero, ¿dónde está la mano del criador, en la naturaleza ciega? Para responder a esta cuestión, Darwin utilizó el Ensayo sobre el principio de la población, de Malthus (1803), en la medida en que Malthus partía de una desproporción entre el aumento de la población y la posibilidad de acrecentar los medios de subsistencia. Aunque la ciencia biológica moderna haya examinado una gran cantidad de nuevos fenómenos, y modificado y completado por ello los factores utilizados por Darwin en forma demasiado general, no por ello el pensamiento fundamental de la idea de la evolución se ha arraigado menos firmemente en el pensamiento moderno. Engels ha escrito a este respecto en la Evolución del socialismo: “Darwin ha asestado a la concepción metafísica de la naturaleza el golpe más formidable, probando que toda la naturaleza orgánica actual, tanto las plantas y los animales como el hombre, es producto de un proceso evolutivo que prosigue desde hace millones de años.” En su discurso sobre la tumba de Marx, Engels (1883) ha señalado las relaciones de Marx con Darwin en los siguientes términos: “Así como Darwin ha descubierto la ley de la evolución de la naturaleza orgánica, Marx ha descubierto la ley de la evolución de la historia humana.” (ENGELS: Socialismo utópico y socialismo científico). Marx ya había escrito en 1860, en una carta a Engels,

refiriéndose a la obra principal de Darwin que acababa de aparecer -Del origen de las especies por la vía de la selección natural (1859)-: “Aunque desarrollado groseramente a la inglesa, es el libro que contiene, desde el punto de vista de las ciencias naturales, la base conforme a nuestro punto de vista.”

(Correspondencia Marx-Engels.) De manera análoga se expresa en una carta a Lasalle del 16 de enero de 1861: “La obra de Darwin es considerable y me conviene como base, desde el punto de vista de las ciencias naturales, de la lucha de clases en la Historia... A pesar de todo cuanto tiene de defectuoso, no sólo es el primero que asesta a la «teología» un golpe mortal en las ciencias naturales, sino que establece de manera empírica el sentido racional de aquéllas...”

DEDUCCIÓN.-Razonamiento que, a partir de una proposición o de un hecho, extrae las consecuencias que se desprenden de ello, o también, saca conclusiones pasando de lo general a lo particular.

DEMÓCRITO DE ABDERA (460-370 a. de nuestra era).- Filósofo griego, el más grande materialista de la antigüedad. Según él, sólo existen realmente los átomos y el vacío. Los átomos son elementos primitivos extremadamente pequeños, indivisibles, diferentes de forma, de tamaño y de situación, y en perpetuo movimiento. Los objetos nacen de la organización de los átomos. Demócrito afirma que el alma es material y compuesta, como cualquier otra cosa, por átomos (pero más finos que los otros). Por otra parte, para él las cualidades de las cosas (su color, su olor, etc.) son puramente subjetivas y constituyen ilusiones sensibles. El mundo real y objetivo no contiene tales cualidades, y la tarea de la razón consiste en abstraer esas cualidades para volver a encontrar los mismos átomos.

La contradicción que se comprueba en Demócrito entre el carácter subjetivo de las “cualidades” proporcionadas por los sentidos y el mundo verdadero u objetivo de los átomos, concebido por la razón, plantea el problema del conocimiento en la dialéctica materialista en su primera forma elemental. Su teoría de los átomos es un presentimiento genial de la atomística moderna.

DESCARTES, René (1596-1650).-Filósofo francés dualista (es decir, que desdobra el mundo en espíritu y materia), combatió la escolástica, inventor de la geometría analítica. Su dualismo entrega el mundo material sensible a la física, o más exactamente a la mecánica matemática, y el alma espiritual racional a la metafísica. También es materialista en la práctica e idealista en la teoría. Esta dualidad lo convierte en el pivote de toda la filosofía burguesa de los tiempos modernos, tanto por su tendencia mecanicista-materialista como por su tendencia metafísico-espiritualista. Habiendo decidido, para arruinar la escolástica y encontrar la verdad, comenzar por dudar “metódicamente” de todo, rechazando, en tanto que racionalista, la experiencia de los sentidos como engañosa, proclamando el método matemático como modelo para toda la ciencia, Descartes descubre en la frase: “Pienso, luego existo”, el ideal de todas las verdades evidentes.

A través de una serie de deducciones, Descartes concluye afirmando la existencia del alma como substancia espiritual y la de Dios. Y sobre la existencia de Dios basa la existencia del mundo material. Pero, al mismo tiempo, para Descartes la materia es idéntica a la extensión, y ella crea el movimiento por medio de “torbellinos”. Proclama así la liberación de la ciencia de la naturaleza de toda influencia teológica trascendental. El progreso esencial de su filosofía consiste en reclamar un método científico que descomponga todos los objetos en sus partes constitutivas más simples. Aún aislando los objetos - como dice Engels- sobre la base de este análisis matemático-mecanicista, y dislocando de manera metafísica sus relaciones, no por eso Descartes deja de establecer las premisas necesarias para su síntesis dialéctica. Atribuía a su “nuevo método” la mayor importancia para el desarrollo técnico e industrial de su época. En realidad, este método, como en general toda su concepción filosófica (¡los animales son concebidos como autómatas!), es la filosofía característica del período manufacturero. No obstante representa para nosotros una herencia racionalista extremadamente valiosa y válida. Entre sus obras: Discurso del método para guiar bien la razón y buscar la verdad en las ciencias (1637), Tratado del

hombre (1644), Meditaciones metafísicas (1641), Principios de filosofía (1644), Tratado de las pasiones del alma (1649).

DIALÉCTICA.-La palabra “dialéctica” significaba primitivamente el arte o la ciencia de la discusión. Para Platón, la dialéctica es en primer lugar el arte de hacer surgir de una idea o de un principio todas las consecuencias positivas y negativas allí contenidas. Es, luego, la marcha ascendente y razonada del espíritu, que se eleva, por etapas sucesivas, desde los datos sensibles hasta las ideas, principios eternos e inmutables de las cosas, y a la primera de todas, la idea del Bien. Como para Platón las ideas son la única realidad digna de este nombre, la dialéctica o ciencia de las ideas termina por ser la misma ciencia.

En Hegel, la dialéctica es el movimiento de la idea, pasando a través de fases sucesivas: tesis, antítesis, hasta la idea absoluta.

En Marx y los marxistas, la dialéctica no es ya el movimiento de la idea, sino el movimiento de las cosas mismas a través de las contradicciones, de las que el movimiento del espíritu no es más que la expresión conciente de sí misma. Se encontrará un estudio profundizado de la dialéctica marxista en la Cuarta Parte de esta obra.

DIDEROT, Denis (1713-1784).-El pensador más eminente entre los materialistas del siglo francés de las luces, es el jefe y el alma de los enciclopedistas. Publicó con d'Alembert, durante un cuarto de siglo (a partir de 1751), la célebre Enciclopedia llamada "la Santa Alianza contra el fanatismo y la tiranía". La publicación de esta obra, brutalmente perseguida por el Estado y los jesuitas, exigió la más extremada tensión de sus fuerzas morales, una voluntad porfiada, la mayor obstinación y una abnegación absoluta. “Si alguien -escribió Engels- ha consagrado toda su vida con entusiasmo a la verdad y al derecho -tomando esta frase en su buen sentido- fue sin duda Diderot.” Escribió sobre los temas más diversos, sobre las ciencias naturales y las matemáticas, la historia y la sociedad, la economía y el Estado, el derecho y las costumbres, el arte y la literatura. Educado en un catolicismo riguroso, Diderot se desarrolló con una lógica admirable, pasando del deísmo al materialismo y al ateísmo militantes, para terminar encarnando los objetivos más elevados de la filosofía revolucionaria burguesa francesa de “la época de las luces”. Ejerció sobre la sociedad de su tiempo la influencia más profunda y duradera. Pero su pensamiento no está contenido en los límites de un materialismo vulgar. En él se encuentran ya numerosos gérmenes de un pensamiento dialéctico. Ya en sus Pensamientos filosóficos (La Haya, 1746), que fueron quemados por el verdugo por orden del Parlamento, y en su Paseo del Escéptico (1747), secuestrado antes de ser impreso, se entregó a ataques audaces contra la Iglesia. Su obra atea: Cartas sobre los Ciegos (Londres, 1749), le valió un año de prisión. Diderot pasa por ser también, con razón, un precursor de Lamarck y de Darwin, porque sostiene ya en forma clara y decidida, la idea de una evolución de los organismos y de la existencia inicial de un “ser primitivo” del cual ha surgido por transformación progresiva la diversidad ulterior del reino animal y del reino vegetal. Así como hay una evolución individual, hay también, según Diderot, una evolución de las especies. Prosiguiendo lógicamente la idea de evolución, Diderot exige finalmente también el reconocimiento de la evolución de toda la materia inanimada. En su obra: Pensamientos sobre la interpretación de la naturaleza (1754), imagina, para explicar los fenómenos síquicos, la hipótesis de átomos dotados de sensación que existirían ya en los animales y que determinarían el pensamiento en el hombre. Todos los actos de la naturaleza son manifestaciones de una sustancia que comprende el ser entero, en la cual se manifiesta la unidad de las fuerzas en perpetua reacción recíproca. Entre los escritos materialistas más audaces y de espíritu más chispeante, hay que citar Pláticas entre d'Alembert y Diderot (1769) y El sueño de d'Alembert (1769), que constituyen al mismo tiempo obras maestras literarias perfectas. Además, Diderot fue un autor dramático eminente y un maestro de la prosa. En su lucha por la reforma del arte y de la escena, se pronuncia en favor del naturalismo, de la representación sin afeites de la realidad viva, concreta. Por otra parte, Diderot escribió -y dicho sea de paso, fue el autor favorito de Marx- numerosos

cuentos y novelas espirituales, cuya importancia se desprende del hecho que hombres como Lessing, Schiller y Goethe no sólo fueron sus admiradores, sino que tradujeron al alemán varias de sus obras. Su libro más célebre es *El sobrino de Rameau* (1762), que Engels llama “una obra maestra de dialéctica”.

DÜHRING, Eugene (1833-1921).-Filósofo y economista alemán, encargado durante un tiempo del curso de filosofía y de economía nacional en la Universidad de Berlín. Habiendo quedado completamente ciego poco después, Dühring vivió hasta su muerte dedicado a escribir, primero en Berlín y luego en Nowawes. Este representante, el más considerable, de un socialismo burgués que veía en los “esfuerzos naturales del espíritu individual” el fundamento del orden social, predicaba la teoría de la participación creciente de los obreros en el producto social y esperaba de la conciliación de los antagonismos de clase la salvación del porvenir; se consideraba como un reformador de la humanidad. Dühring dictó conferencias ante nutridos auditorios sobre los temas más diversos, pero prontamente fue privado de su cátedra a causa de sus vivaces ataques públicos contra profesores de Berlín. Entre 1870 y 1880 tuvo un gran número de partidarios en la socialdemocracia. En numerosas obras, Dühring desarrolló un sistema particular social-filosófico que se había construido con ayuda de numerosas “verdades de última instancia”, absolutas, que él creía haber descubierto. Era un adversario del cristianismo y un ardiente antisemita. Indirectamente y a pesar suyo prestó un gran servicio al comunismo científico: en efecto, sus ataques apasionados contra Marx y Lassalle y su “filosofía de la realidad”, donde se manifiesta su delirio de grandezas, provocaron la respuesta del famoso panfleto clásico de Engels: *El señor Eugene Dühring trastorna la ciencia (Anti-Dühring)*. obra, que se convirtió rápidamente en guía filosófica de la nueva generación obrera revolucionaria. En esta obra, Engels despedazaba implacablemente todo el sistema de simplezas de Dühring y hacía por primera vez, con mano maestra, una exposición completa y clara del materialismo dialéctico.

ENCICLOPEDIA.-En general, obra que contiene el resumen de todos los conocimientos humanos. En la historia literaria francesa, la Enciclopedia es la gran obra publicada en el siglo XVIII, en la cual todos los conocimientos humanos eran presentados por primera vez desde el punto de vista de la burguesía revolucionaria. Junto a la influencia que ejerció la Enciclopedia por su vigorosa denuncia de las iniquidades del régimen feudal, monárquico, los tres planos en los cuales aportó una contribución decisiva fueron: el materialismo (mecanicista), el ateísmo y el progreso de las técnicas.

ENGELS, Friedrich (1820-1895).-El amigo más querido y el inseparable compañero de lucha de K. Marx, cofundador del materialismo dialéctico y del socialismo científico y colaborador de Marx en la redacción del Manifiesto del Partido Comunista; uno de los fundadores de la Liga de los Comunistas y de la Asociación Obrera Internacional o Primera Internacional; después de la muerte de Marx (1883), se convirtió en el jefe espiritual reconocido y en la más grande autoridad del movimiento obrero internacional. Su mérito principal radica en la exposición y el desarrollo del materialismo dialéctico. Entre sus obras teóricas, figuran en primer lugar sus panfletos filosóficos. Son obras maestras que ejercieron sobre el pensamiento del proletariado la influencia más duradera y que han adquirido una importancia siempre creciente. Engels muestra en ellas, con una maestría y una claridad incomparables, las relaciones dialécticas de la filosofía con las luchas de clases sociales y con el desarrollo de las fuerzas productivas y con el adelanto paralelo de las ciencias de la naturaleza. Conduce así al lector, por caminos siempre nuevos, a esta verdad: que una filosofía que libere realmente a la humanidad. entera, sólo puede ser la filosofía del materialismo dialéctico, porque es la única capaz de preservar el pensamiento teórico del Escila del idealismo y del Caribdis del materialismo vulgar mecanicista, y de asegurar la victoria a una teoría materialista consecuente del conocimiento. Sus obras fundamentales son: *Anti-Dühring*, obra polémica redactada a la manera de Lessing, plena de frescura, animación y vigor combativo, una defensa enteramente fecunda e inigualable de la concepción materialista del mundo; *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, excelente ensayo sobre el desarrollo de la filosofía desde Hegel hasta Marx. Una obra menos conocida pero que posee todas las cualidades

que hacen de ella, con el Anti-Dühring, el arma esencial de los marxistas en la lucha contra los nuevos sistemas idealistas de filosofía, es Dialéctica de la Naturaleza, recopilación de artículos y fragmentos en gran parte inéditos, escritos entre 1873 y 1892: constituye -aunque en ciertos puntos haya sido superada por recientes descubrimientos científicos- una mina inagotable para todos aquellos que se interesan en la lucha por el materialismo dialéctico y su justa interpretación, y que están convencidos de la necesidad de incorporar armoniosamente al marxismo los resultados de las ciencias naturales modernas. Entre sus otras obras teóricas y metodológicas importantes, citemos las siguientes: Situación de la clase laboriosa en Inglaterra (1845), Manifiesto del Partido Comunista (1848) -escrito en colaboración con Marx-, La Revolución democrática y burguesa en Alemania (1850-1852) -que contiene “La guerra de los campesinos”, “Revolución y Contrarrevolución en Alemania” y “La campaña por la Constitución del Reich”-, Socialismo utópico y socialismo científico (1880), Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado (1884), El problema de la vivienda (1872), Contribución a la historia del cristianismo primitivo, los Estudios sobre “El Capital”, la Crítica del programa de Erfurt (1891).

Mencionemos además Sobre la literatura y el arte, textos elegidos de Marx y Engels presentados por Jean Freville. Es igualmente indispensable el estudio de la correspondencia de Engels, ante todo Correspondencia K. Marx-F. Engels (9 vol.), Correspondencia F. Engels-Paul y Laura Lafargue (3 vol).

EPICURO.-Filósofo griego del siglo IV antes de nuestra era. Enseñó filosofía en Atenas. De su obra -la que, según se dice, se componía de unos 300 volúmenes- sólo nos quedan cuatro cartas que contienen el resumen de su doctrina, así como también una colección de máximas.

Epicuro enseña que el mundo está compuesto por una infinidad de átomos que se encuentran, se agregan y se disgregan en virtud de una causalidad cuyo punto de partida es un accidente debido al azar. Tal vez existan dioses, pero en todo caso, según Epicuro, no se ocupan de nuestro mundo. Por lo tanto el hombre es libre y no tiene que temer a la muerte. Así liberado del temor y del error, debe alejarse de los bienes frágiles y pasajeros y buscar el bien fijo y duradero que procuran los placeres moderados.

ESPIRITUALISMO.- Doctrina filosófica según la cual el espíritu existe como una realidad distinta de la materia, a la que anima y dirige, y que frecuentemente ve en Dios el espíritu superior del cual dependen todas las leyes de la naturaleza. Variante y consecuencia del idealismo.

FISIOLOGÍA.-Ciencia que estudia la vida y las funciones orgánicas por las cuales se manifiesta la vida.

FLOGÍSTICA.-Principio o fluido imaginado por los químicos de antaño para explicar el principio de la combustión.

FEUERBACH, Ludwig (1804-1872).-Filósofo alemán, materialista, hijo del criminalista célebre en su época Paul-Anselme Feuerbach. Fue obligado a abandonar la carrera académica a causa de sus convicciones filosóficas y vivió entonces en la estrechez, en el campo. Pasó del hegelianismo de izquierda al materialismo. “El pensamiento surge del ser pero no el ser del pensamiento.” El hombre es producto de la naturaleza, la religión es el reflejo mítico de la naturaleza humana. “En su Dios, tú reconoces al hombre y en el hombre reconoces también su Dios; las dos cosas son idénticas.” No es Dios quien creó al hombre, sino el hombre el que creó a Dios a su imagen. La filosofía de Feuerbach ha formado el eslabón intermedio entre la filosofía de Hegel y la de Marx. Aunque se haya expresado en alguna parte en forma muy despectiva sobre el materialismo francés del siglo XVIII, Feuerbach fue de hecho, sin embargo, el renovador del materialismo del siglo XVIII, con todos sus grandes méritos y todos sus defectos, con su odio noble, altivo y revolucionario contra toda “teología” y su inclinación al idealismo cuando se trata de explicar fenómenos y actos sociales.

Marx y Engels, que durante cierto tiempo fueron discípulos de Feuerbach, denunciaron prontamente las insuficiencias de su materialismo y lo desarrollaron, dándole el carácter consecuente y dialéctico que le faltaba.

GALILEO (1564-1642).-Matemático, físico, astrónomo, fundador de la ciencia experimental en Italia. Descubre la ley del isocronismo de las oscilaciones del péndulo y demuestra la igualdad del tiempo de caída en el vacío de cuerpos desigualmente pesados. En astronomía, acepta el sistema de Copérnico, construye una nueva lente astronómica y hace descubrimientos que confirman aquel sistema. Proclama, pues, que el sol es el centro del mundo y que la tierra gira alrededor del sol. Perseguido por la Inquisición, es obligado a retractarse y pronuncia después de su abjuración la famosa frase: “¡Y sin embargo se mueve!”

HEGEL, Georg-Wilhelm-Friedrich (1770-1831).-El más importante filósofo idealista de Alemania. Importante, sobre todo, por su método dialéctico que concibió bajo una forma idealista, pero correcta en el fondo. Hegel es un idealista objetivo; según él, el principio primero de la realidad es la Idea absoluta, que ante todo se exterioriza en la naturaleza y después se hace espíritu y saber. Este devenir de la Idea constituye un desarrollo lógico-dialéctico cuya historia real no es más que la expresión. Por consiguiente, el pensamiento puro es el creador del mundo y de su historia; el mundo sólo es la manifestación de la Idea. Como lo ha demostrado Feuerbach, en definitiva esta Idea no es más que el Dios del cristianismo en una envoltura abstracta y lógica. Marx y Engels han dado vuelta la dialéctica de Hegel, la han “vuelto a parar sobre sus pies”, dándole un contenido materialista y convirtiéndola así en un arma teórica verdaderamente revolucionaria.

HEGELIANOS (JÓVENES).-Después de la muerte de Hegel, sus discípulos se dividieron en dos grupos opuestos, según la interpretación que daban a la doctrina del maestro. Los que se atuvieron a la letra de esta doctrina constituyeron la derecha hegeliana. Eran los defensores del Estado prusiano. Los otros, que rechazaron las conclusiones idealistas y conservadoras de Hegel apoyándose en su mismo método, constituyeron la izquierda hegeliana o “los jóvenes hegelianos”. Atacaron todas las formas de la reacción. Entre ellos figuraban Arnold Ruge, Strauss, Bruno Bauer, Feuerbach, Stirner, Koeppen, Karl Marx, Friedrich Engels, etc.

HELVETIUS, Claude-Adrien (1715-1771).-Nacido en París, literato y filósofo, colaborador de la Enciclopedia. Importante representante del materialismo (mecanicista) del siglo XVIII.

HERACLITO (544-475 a. de n. e.).-Llamado también “el Oscuro”. Heráclito vivió en la ciudad comercial de Efeso, en el Asia Menor, y fue uno de los dialécticos más eminentes de la antigüedad. Según él, el devenir es la ley fundamental del universo; la lucha y la unión de los contrarios, la unidad del ser y del no-ser, tal es la esencia del mundo. Heráclito ha visto en esta inestabilidad de todas las cosas, en este cambio continuo de todo el ser, la ley más general del universo. Todo fluye; nada tiene constancia; de manera que “no podemos entrar dos veces en el mismo río”. El universo es lucha y paz, verano e invierno, flujo y tiempo, saciedad y hambre, etc. La contradicción, principio dominante del mundo, es, según Heráclito, inherente a las cosas, de manera que todo es una unidad de los contrarios.

HOLBACH, Paul-Henri, Thiry barón d' (1723-1789).-Materialista francés. Llegado a París a la edad de 12 años, hizo sus estudios en Francia, convertida en su verdadera patria, y después en Leyde. Fue, con Diderot, uno de los participantes más activos en la redacción de la Enciclopedia. Escribió allí artículos y noticias concernientes a las ciencias naturales. En su salón se daban cita los mejores pensadores de la Francia de entonces. Ahí fue que se formó la ideología revolucionaria del Tercer Estado y se formularon en el círculo estrecho de varios amigos los principios de la filosofía que más tarde debía ser llamada el materialismo francés del siglo XVIII. En sus obras, el materialismo mecanicista encontró su expresión

sistemática y acabada. Holbach se alza contra el dualismo, contra el desdoblamiento del mundo en materia y espíritu. El hombre sólo es el producto necesario de la naturaleza. La naturaleza es la materia en movimiento. La materia es lo que actúa directa o indirectamente sobre los órganos de nuestros sentidos. Los sistemas espiritualistas y teológicos sólo son elucubraciones cerebrales del hombre, el fruto de su ignorancia y del engaño conciente de la mayoría por los que se benefician de ello, sobre todo por la Iglesia. Su Sistema de la Naturaleza (1770), tuvo en su tiempo una influencia revolucionaria extraordinaria.

HUME, David (1711-1776).-Filósofo inglés, escéptico y agnóstico en filosofía, hombre político activo, compuso ensayos sobre los problemas de economía social y fue un historiador original. Su filosofía representa el punto culminante de la orientación del pensamiento propio de la burguesía inglesa, que comienza con la filosofía experimental de Locke, pero se vuelve enseguida hacia el subjetivismo de Berkeley para pronunciarse finalmente, en todas las cuestiones fundamentales, en favor del agnosticismo, es decir, la teoría que afirma la imposibilidad del saber verídico. Hume no se contenta, como Berkeley, con negar la existencia de la materia, sino que extiende su escepticismo a la relación causal de las cosas, declarando que las relaciones de causalidad no tienen realidad objetiva y son establecidas simplemente en función de una costumbre subjetiva. El hombre comprueba la repetición regular de series de fenómenos y, sin más razón, saca la conclusión de que uno es la causa del otro. Yo compruebo -dice Hume- que cada vez que la bola blanca golpea la bola roja, ésta se pone en movimiento. Expreso esa constancia diciendo: el choque de la bola blanca es causa del movimiento de la bola roja. Pero ¿quién me garantiza que allí hay causalidad necesaria y objetiva y no una simple ilusión personal? ¿Quién me garantiza que también mañana el choque de la bola blanca sacudirá a la bola roja y una vez más será causa de su movimiento? Por consiguiente, Hume rehusa toda garantía a la relación de causalidad, que sin embargo constituye un pivote de la explicación y del conocimiento del mundo. Para él, igualmente, el mundo exterior no es en definitiva más que una hipótesis, una "creencia". Para refutar a Hume, Kant elaboró su doctrina "crítica". Su teoría del dinero, que Marx analiza en la Crítica de la economía política, es una aplicación a las relaciones económicas de su concepción burguesa mistificadora, en la cual la apariencia superficial de las cosas reemplaza siempre a los procesos fundamentales exteriores. Obras filosóficas principales: Tratado sobre la naturaleza humana (1739/1740), Investigaciones sobre la razón humana (1748).

INDUCCIÓN.-Razonamiento que consiste en extraer una conclusión general de un conjunto de hechos particulares de la misma significación -o también que saca conclusiones derivando de lo particular a lo general.

KANT, Emmanuel (1724-1804).-Célebre filósofo alemán. Enseñó toda su vida filosofía en la Universidad de Koenigsberg. Publicó en 1755 su Física universal y teoría del cielo, obra que precede a la teoría de Laplace sobre la formación de los astros. Escribió en 1781 la Crítica de la razón pura, y en 1787 una Disertación sobre la paz eterna.

Su agnosticismo pretende que no podemos conocer las cosas mismas, tales como son "en sí", sino únicamente las cosas tales como nos parecen (los "fenómenos" = apariencias, en el sentido etimológico).

Kant acogió con simpatía la Revolución Francesa. Fue un liberal, pero respetuoso de las leyes establecidas. En religión es racionalista, pero respeta las religiones positivas. En filosofía ataca al dogmatismo, pero rechaza el escepticismo. En moral rechaza toda ley exterior, pero para someterse a una ley interna más severa que todo lo que rechaza. Audacia en materia de especulación, pero respeto en el orden de los hechos y de la práctica, tal es el sello de su espíritu. En resumen, el verdadero prototipo del burgués liberal.

LA METTRIE, Julien Offroy de (1709-1751).-Médico y filósofo francés. La publicación de su obra netamente materialista: La historia natural del alma, le hizo perder su puesto de médico militar, por lo que se trasladó a la corte del rey Federico II, del cual llegó a ser el lector favorito.

La Mettrie escribió numerosas obras, en las cuales aplicó a los hombres la teoría cartesiana del automatismo de los animales, explicando los sentimientos, las representaciones, los juicios, por el solo funcionamiento mecánico del sistema nervioso. Citemos su Hombre-Máquina (1748).

LENIN, Vladímir-Illich Uliánov, llamado (1870-1924).-Nacido el 22 de abril de 1870. A partir de 1885 emprende el estudio del Capital de Marx y comienza a militar. En 1887, primer encarcelamiento, y su hermano mayor es fusilado por haber participado en un atentado contra el zar Alejandro. En 1891 termina sus estudios de derecho. Comienza la lucha por la liberación de la clase obrera y campesina. Arrestado, exilado en Siberia, liberado, pero nuevamente detenido enseguida, parte en 1900 para el extranjero, Zurich, Londres, Ginebra. Pero “muy pocos, entre los que permanecían en Rusia, estaban tan íntimamente vinculados a la vida rusa como Lenin” (Stalin). Funda el Partido Bolchevique. En 1905, primera revolución, que es aplastada, pero de la cual Lenin saca enseñanzas. De nuevo se exila y permanece durante largo tiempo en París (1908-1912). Recién volverá en 1917 para afirmar que “el Partido Bolchevique está dispuesto en todo momento a asumir enteramente el poder”. Debe luchar contra el gobierno provisional de Kerenski, pero en la noche del 26 de octubre, luego de ser tomado por asalto el Palacio de Invierno, sede del gobierno provisional, Lenin puede anunciar: “Comenzamos a construir la sociedad socialista”. Desde entonces, Lenin se consagra enteramente a convertir su país en un país socialista. Hablando con propiedad, es el fundador de la URSS. Lucha contra el enemigo imperialista, levanta al país sobre sus ruinas, lo electrifica, lo salva del hambre y, planteando los principios de la planificación, inaugura el desarrollo de la industria pesada necesaria para la independencia nacional. Gastado por un trabajo incesante, muere el 21 de enero de 1924, a los cincuenta y cuatro años.

A pesar de sus preocupaciones de militante, y luego de hombre de Estado, Lenin no descuidó ni un momento su contribución al perfeccionamiento de las tesis marxistas, a tal punto que hoy se llama al materialismo dialéctico: el marxismo-leninismo. Desde este punto de vista, su obra más importante es, indudablemente: El imperialismo, etapa superior del capitalismo (1917). No menos importante en cuanto a la aplicación del materialismo histórico a los problemas de práctica política, es El “izquierdismo”, enfermedad infantil del comunismo (1920). Entre sus obras filosóficas, citemos: Materialismo y empiriocriticismo (1908), Cuadernos filosóficos, El Estado y la Revolución (1917).

LEUCIPO (siglo V a. de n. e.).-Filósofo materialista, alumno de Zenón y maestro de Demócrito, desarrolló la teoría de los átomos.

LOCKE, John (1632-1704).-Filósofo inglés, representante del empirismo, que proclama que la experiencia es la única base de todo conocimiento. En su Ensayo sobre el entendimiento (1690), Locke utiliza para la solución del problema del conocimiento el principio de la experiencia, niega la existencia de las ideas innatas y hace derivar todas las representaciones de dos fuentes: sentido externo y sentido interno. En la medida en que Locke explica las sensaciones externas por la influencia de las cosas sobre nosotros, y en que hasta lanza la hipótesis, osada para su época, de que la materia (por decisión de Dios), podría pensar, se coloca en el punto de vista materialista. Pero en la medida en que continúa apegado a las ideas de alma y de Dios -que por otra parte corresponden, según él, al dominio de la fe-, es dualista (dividiendo al mundo en materia y espíritu) e inaugura el desarrollo del teísmo inglés. Lo que caracteriza su teoría del conocimiento, es la “atomización” del entendimiento humano; es decir, que él reduce nuestro espíritu a una suma, a un “mosaico” de sensaciones. Este mosaico de la conciencia no es otra cosa que el fiel espejo del mundo burgués atomizado. En sus concepciones sobre la política social,

Locke fue un defensor resuelto de los intereses de la burguesía; como teórico del liberalismo, se pronunció en favor de la monarquía constitucional, por la tolerancia en cuestiones de conciencia (exceptuando, naturalmente, a los ateos), etc. Obras principales: Ensayo sobre el entendimiento (1690), Cartas sobre la tolerancia (1685-1704).

LUCRECIO, Titus Lucretius Carus (hacia 95-51 a. de n. e.).- Célebre poeta latino nacido en Roma. Discípulo de Epicuro, canta en sus poemas las ideas materialistas de su maestro. (Ver De la naturaleza de las cosas.)

MARX, Karl Heinrich (1818-1883).-Uno de los más grandes genios del siglo XIX, cuya gloria inmortal es la fundación del comunismo científico, de la teoría y la práctica de la lucha de clases revolucionaria moderna del proletariado internacional. El ideal comunista le debe su teoría y su programa científicos. El sistema de Marx se apoya en la base de bronce del materialismo dialéctico. Con sus análisis magistrales de problemas concretos, ya se trate de descubrir las leyes internas del capitalismo o de explicar períodos y acontecimientos determinados de la historia de la humanidad, Marx ha demostrado la superioridad de la dialéctica materialista como método teórico para la investigación de las relaciones históricas en el pasado, para el conocimiento de las verdaderas fuerzas motrices de la evolución social en el presente, así como para la determinación de las tendencias al desarrollo en el porvenir. Su crítica genial de la sociedad burguesa ha sido a la vez destructiva y constructiva: destructiva porque proclama la muerte de la burguesía y constructiva porque anuncia la victoria del proletariado. Su dialéctica es a la vez un método de investigación y un hilo conductor para la actividad humana. Su dialéctica materialista no abarca sólo el conocimiento de las leyes de la historia humana, sino también el conocimiento de la historia de la naturaleza. De ahí su adhesión decidida a la revolución provocada por la doctrina de la evolución de Darwin en las ciencias naturales. El método de pensamiento y de acción que constituye el marxismo es la más valiosa de las armas del proletariado en la lucha que realiza por su emancipación y por el advenimiento de un humanismo total.

Citemos las más importantes obras de Marx, por orden cronológico: Los Manuscritos de 1844 (filosofía, economía política), La Santa Familia (1845), Miseria de la Filosofía (1847), Manifiesto del Partido Comunista (en colaboración con Friedrich Engels) (1848), Trabajo asalariado y capital (1849) y Salario, precio y beneficio (1865), Las luchas de clases en Francia, 1848-1850 (1850), El 18 Brumario de Luis Bonaparte (1852), Contribución a la crítica de la economía política (1859), Herr Vogt (1860), El Capital, libro I (1867) -los libros II y III fueron publicados por Engels después de la muerte de Marx-, Crítica del programa de Gotha (1875). Las Teorías sobre la plusvalía, consideradas a menudo como parte del libro IV de El Capital, son igualmente póstumas.

También es de gran interés leer Sobre la literatura y el arte (textos de Marx y Engels seleccionados por Jean Freville), los Estudios filosóficos (recopilación de textos de Marx y Engels, entre los que figuran el “Ludwig Feuerbach”, y un estudio sobre el materialismo histórico de Engels, las “Tesis sobre Feuerbach”, el prefacio a la “Contribución a la crítica de la economía política”, de Marx, y varias cartas filosóficas. Hay que agregar la Correspondencia Marx-Engels (9 vols.).

Sobre Karl Marx, ver la recopilación de artículos de LENIN: Marx y su doctrina.

MECÁNICA.- Ciencia de los movimientos y de las fuerzas.

METAFÍSICA.-Sistema de ideas y de tesis más o menos fantasista y más o menos religiosas que pretende explicar el mundo por principios sobrenaturales e inmateriales -y más frecuentemente por Dios-. Método de pensamiento que aísla las cosas y los objetos de estudio unos de otros y rehusa considerarlos en su perpetua movilidad. Se opone a la dialéctica (ver la Tercera Parte de esta obra).

MOLIERE, Jean-Baptiste Poquelin. Llamado (1622-1763).-El más grande de los poetas cómicos. Su teatro es un vasto espectáculo de todas las condiciones sociales de su época: campesinos, comerciantes, burgueses, médicos, gente de la ciudad y de la corte. Si bien lo cómico de sus obras es muy diferente en las farsas (El médico a pesar suyo o Las astucias de Scapin) y en las grandes comedias de costumbres y de carácter (El Avaro, El Misántropo), nace siempre de la representación de la tontería humana y de la deformidad moral. Moliere defiende en todas partes el buen sentido, dirigiéndose al buen sentido del público. Sabe hacer reír sin dejar de hacer pensar. Tratando problemas eternamente actuales con un lenguaje que muy frecuentemente es el de la conversación corriente, realizada con un sabor popular o del terruño, es prodigiosamente natural. El móvil de sus piezas es siempre la realidad del hombre, tal como se trasparenta a través de las ridiculeces de sus contemporáneos. Su obra es considerable.

MISTICISMO.-Doctrina filosófica y religiosa, según la cual la perfección (tanto del conocimiento como de la moralidad) consiste en una especie de contemplación que une misteriosamente al hombre con Dios. Igualmente se entiende por misticismo una disposición de espíritu según la cual se cree de preferencia lo que es oscuro y misterioso. Se opone al Racionalismo.

MITOLOGÍA.-Historia fabulosa y legendaria de las divinidades de los pueblos antiguos o salvajes. Por extensión: todo sistema de mitos o de mentiras.

NOMINALISMO.-Doctrina filosófica que considera los aspectos generales, los géneros y las especies como existiendo sólo de nombre. Únicamente existen el individuo y lo individual. El concepto, el género, sólo existen para la inteligencia.

ORTODOXIA.-Conformidad de una opinión con la fe religiosa reconocida como verdadera. Se emplea igualmente, por extensión, para designar la conformidad con la concepción exacta y original de una teoría filosófica, científica, etc.

PALEONTOLOGÍA.- Ciencia que trata de los fósiles, es decir, de los animales o vegetales conservados en forma de restos o de marcas en las capas geológicas.

PASTEUR, Louis (1822-1895).-Nacido en Dole, Francia. Célebre químico y biólogo que, por sus numerosos descubrimientos científicos y utilitarios, hizo progresar la ciencia en la lucha contra las enfermedades contagiosas.

PLATÓN (428-348 a. de n. e.).-Filósofo griego, el más grande pensador idealista de la antigüedad. Según Platón, las cosas sensibles que percibimos no constituyen la verdadera realidad; no son más que apariencias, reflejos, copias. La verdadera realidad sólo corresponde a las Ideas, modelos primitivos de las cosas sensibles y suspendidas en un cielo intelectual, inmutables, eternas, etc. Por consiguiente, hay tantas Ideas como cosas: una Idea de mesa, una Idea de silla, etc. Hay que comprender bien que, para Platón, estas Ideas no son simples representaciones en nosotros, sino seres reales que llevan una existencia independiente de nosotros. Para Platón, el conocimiento sólo es posible porque “nos acordamos” de las Ideas que hemos percibido en una existencia anterior, antes de nuestro nacimiento corporal: es la teoría llamada de la “reminiscencia”.

Es cierto que Platón ha desarrollado los elementos de la dialéctica, pero en forma a la vez idealista y verbal. En sus tesis político-sociales, el idealismo platónico es la ideología de las clases dominantes de la sociedad antigua basada en el trabajo de los esclavos en el período de la decadencia progresiva, que fue acelerada incesantemente por el desarrollo de la economía comercial y usuraria. Platón expone el ideal del Estado en su obra La República, en la que reclama la comunidad de los bienes para la fracción

dominante de los aristócratas, lo que constituye la más grande aberración de las utopías socialistas de la antigüedad. Sus obras principales se presentan bajo la forma de diálogos: Critón, La apología de Sócrates, Fedón, Timeo, Fedra, Gorgias, El banquete, Teetete, La República, Las Leyes, etc.

PORT ROYAL (abadía de).-Fundada en 1204. Célebre abadía jansenista cerca de Chevreuse (Seine-et-Oise, Francia). Debe su celebridad a la lucha entre los jansenistas y los jesuitas bajo Luis XIV, y al Tratado de Lógica (de tendencias aristotélicas), que fue elaborado allí. Fue destruida en 1710 por orden del rey.

PROUDHON, Pierre-Joseph (1809-1865).-Escritor y economista francés. Representante clásico del socialismo pequeño-burgués. Hijo de campesinos pobres, Proudhon trabaja como corrector de pruebas en París, Marsella y otras ciudades. Dirigió durante algún tiempo una imprenta en Besanzón.

Escribió: ¿Qué es la propiedad?, publicado en 1840 y que contiene la frase famosa: “La propiedad es un robo”, las Contradicciones económicas o Filosofía de la miseria, aparecido en 1846, al cual Marx respondió con Miseria de la Filosofía. Proudhon escribió igualmente la Capacidad política de las clases obreras (1851), que ejerció una influencia profunda sobre el movimiento obrero socialista francés. Al fin de cuentas, es un utopista pequeño-burgués, ni uno sólo de cuyos argumentos resistió a la crítica de Marx, y del que la reacción ha podido servirse a menudo. Luego de la revolución de 1848, Proudhon fue nombrado miembro de la Asamblea Constituyente. Después del golpe de Estado de Luis-Napoleón, se refugió en Bélgica, donde permaneció hasta su muerte.

RACIONALISMO.- Sistema basado en la razón, por oposición a los sistemas basados en la revelación religiosa. Igualmente se llama racionalismo al sistema según el cual la razón está en el origen de las ideas, por oposición al empirismo, que declara que no podemos conocer más que los datos de la experiencia. Por último, se entiende también por racionalismo un método de pensamiento que confía en la razón y rechaza toda mística. Para nosotros, el racionalismo es sobre todo el método de pensamiento científico que nos obliga a basarnos únicamente en la razón y a evitar todo lo que corresponde a una imaginación incontrolada, a una fantasía especulativa y a la “fe”. Hay que señalar, además, que únicamente la ayuda de la dialéctica permite al racionalismo ser fecundo -y “moderno”.

TELEOLOGÍA.- Hipótesis según la cual todos los seres de la naturaleza tendrían un fin (te los, en griego = fin), un objetivo determinado -y querido, lo más frecuentemente, por Dios o por la Providencia. La forma más extrema de esta explicación fue dada por Bernardin de Saint-Pierre (siglo XVIII), quien afirmaba que si la manzana colgaba de la rama del árbol, era para que el hombre pudiera tomarla fácilmente; que si la calabaza o zapallo crecía a ras de la tierra era para no poner en peligro al transeúnte, etc. Esta hipótesis es sostenida aún en nuestros días en una forma menos caricaturesca por ciertos biólogos.

TALES DE MILETO, en Asia Menor (624-543 a. de n. e.).-Pensador griego de la escuela jónica, filósofo de la escuela llamada “naturalista” y astrónomo. Tales explicaba en su cosmología que el agua es el principio único de todas las cosas.

TEOLOGÍA.- “Ciencia” (!!!) de la religión, estudio de sus dogmas y de sus textos.

TOMAS DE AQUINO, Santo (1227-1274).- Teólogo y filósofo de la Edad Media. Recibió el título de doctor de la Iglesia. Sus obras principales son una Suma filosófica contra los Gentiles y una Suma Teológica. El primero expone y defiende la doctrina católica y se esfuerza por demostrar que la fe y la razón no se oponen nunca. El segundo, que la Iglesia pone junto a los libros santos, se divide en tres partes: 1. Un tratado de Dios. 2. Una teoría de las facultades del hombre. 3. Un tratado de Jesucristo, de

la Redención y de los sacramentos. El tomismo es la doctrina teológica y filosófica de santo Tomás de Aquino, todavía muy difundida actualmente entre los filósofos católicos. Es una doctrina extremadamente escolástica y verbosa -y profundamente reaccionaria (lo que explica que sea la filosofía oficial del clero y del papado).

BIBLIOGRAFÍA

Diderot: Carta sobre los ciegos.

F. Engels: Anti-Dühring – Dialéctica de la Naturaleza – Estudios sobre “El Capital ” -Ludwig Feuerbach – El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado – El problema de la vivienda – La Revolución democrático-burguesa en Alemania – El papel de la violencia en la Historia – Socialismo utópico y socialismo científico.

V. Lenin: El imperialismo, etapa superior del capitalismo – Materialismo y Empiriocriticismo – Marx y su doctrina – El Estado y la Revolución.

Marx y Engels: Manifiesto del Partido Comunista.

Stalin: Materialismo histórico y materialismo dialéctico - ¿Anarquismo o socialismo?

Únicamente citamos aquí los títulos de las obras de Marx y Engels estrictamente indispensables por una parte, y por otra fáciles de conseguir.

Índice

Prefacio

Advertencia de los editores franceses

PRIMERA PARTE - LOS PROBLEMAS FILOSÓFICOS

INTRODUCCIÓN

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO SEGUNDO

EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA FILOSOFIA

EL IDEALISMO

Idealismo filosófico

El espíritu crea la materia

El mundo no existe fuera de nuestro pensamiento

Son nuestras ideas las que crean las cosas

CAPITULO TERCERO

CAPITULO CUARTO

EL MATERIALISMO

¿QUIÉN TIENE RAZÓN: EL IDEALISTA O EL MATERIALISTA?22

CAPITULO QUINTO

¿HAY UNA TERCERA FILOSOFÍA?

EL AGNOSTICISMO

PREGUNTAS DE CONTROL

Introducción

Capítulo primero

Capítulo segundo

Capítulo tercero

Capítulo cuarto

Capítulo quinto

SEGUNDA PARTE - EL MATERIALISMO FILOSÓFICO

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO SEGUNDO

LA MATERIA Y LOS MATERIALISTAS

¿QUÉ SIGNIFICA SER MATERIALISTA?

Primer aspecto de la cuestión

Segundo aspecto de la cuestión

CAPÍTULO TERCERO HISTORIA DEL MATERIALISMO

La antigüedad griega
El materialismo inglés
El materialismo en Francia
El materialismo del siglo XVIII

PREGUNTAS DE CONTROL

Capítulo primero
Capítulo segundo
Capítulo tercero
Deber escrito

TERCERA PARTE - ESTUDIO DE LA METAFÍSICA

CAPÍTULO ÚNICO EN QUÉ CONSISTE EL “MÉTODO METAFÍSICO”

Primer carácter: el principio de identidad
Segundo carácter: aislamiento de las cosas
Tercer carácter: divisiones eternas e infranqueables
Cuarto carácter: oposición de los contrarios

PREGUNTAS DE CONTROL

Deber escrito

CUARTA PARTE - ESTUDIO DE LA DIALÉCTICA

CAPÍTULO PRIMERO INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA DIALÉCTICA

CAPÍTULO SEGUNDO LAS LEYES DE LA DIALÉCTICA PRIMERA LEY:

CAPÍTULO TERCERO SEGUNDA LEY:

EL CAMBIO DIALÉCTICO

LA ACCIÓN RECÍPROCA

El descubrimiento de la célula viva y su desarrollo

El descubrimiento de la transformación de la energía

El descubrimiento de la evolución en el hombre y en los animales

CAPÍTULO CUARTO TERCERA LEY:

CAPÍTULO QUINTO CUARTA LEY: TRANSFORMACIÓN DE LA CANTIDAD EN CALIDAD

LA CONTRADICCIÓN

LEY DEL PROGRESO POR SALTOS

¿Cómo explicar la Historia?

La Historia es obra de los hombres

PREGUNTAS DE CONTROL

Capítulo primero

Capítulo segundo
Capítulo tercero
Capítulo cuarto
Capítulo quinto

QUINTA PARTE - EL MATERIALISMO HISTÓRICO

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO SEGUNDO

LAS FUERZAS MOTRICES DE LA HISTORIA

¿DE DÓNDE PROVIENEN LAS CLASES Y LAS CONDICIONES ECONÓMICAS?100

PREGUNTAS DE CONTROL

Capítulo primero
Capítulo segundo
Deber escrito

SEXTA PARTE - EL MATERIALISMO DIALÉCTICO Y LAS IDEOLOGÍAS

CAPÍTULO ÚNICO APLICACIÓN DEL MÉTODO DIALÉCTICO A LAS IDEOLOGÍAS

PREGUNTAS DE CONTROL

Deber de recapitulación general

ÍNDICE DE PALABRAS Y NOMBRES CITADOS

BIBLIOGRAFÍA